Un crimen invisible
Serie crimenes imperceptibles

Un crimen invisible

Serie crímenes imperceptibles

J. J. Fernández



Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

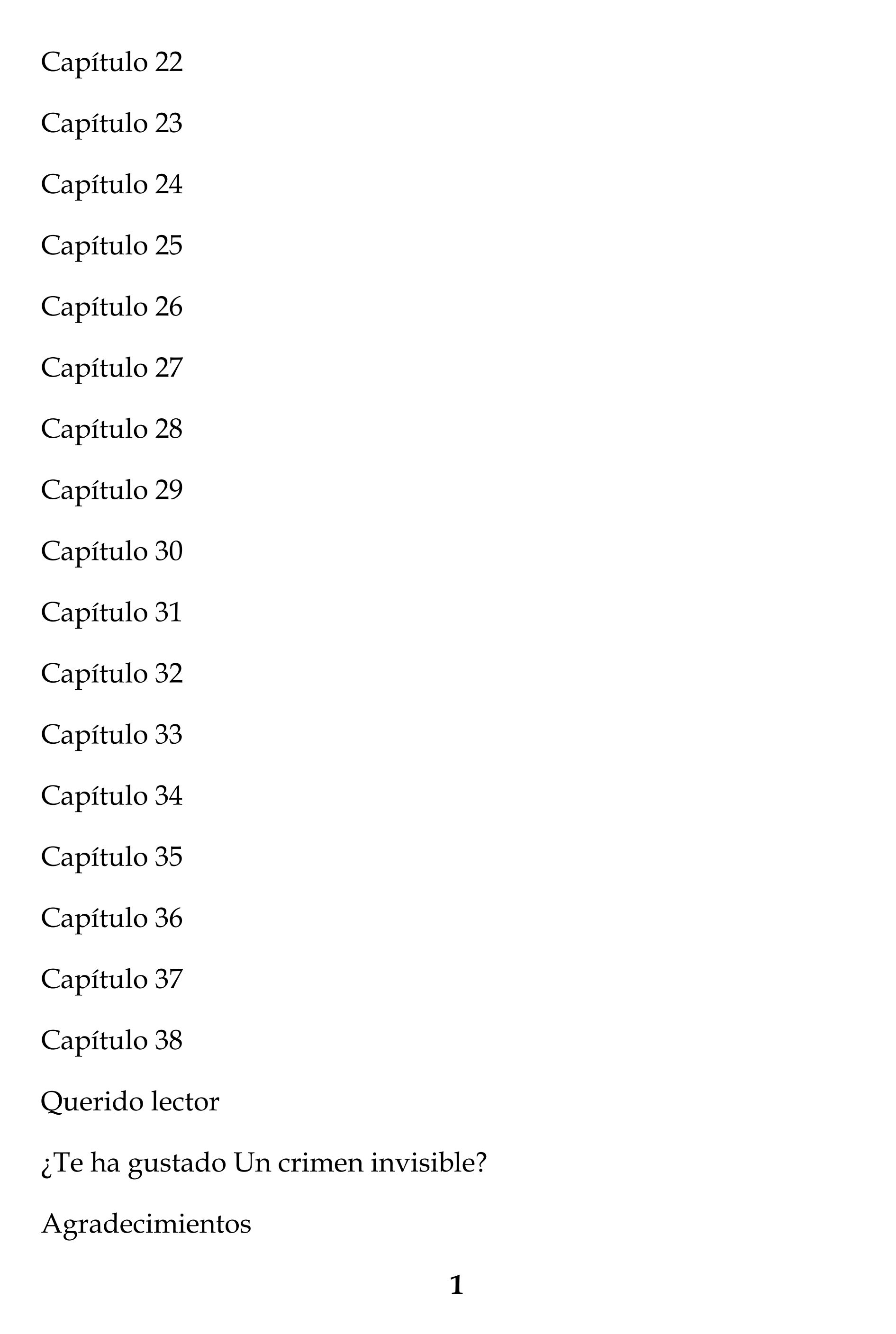
Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21


Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Querido lector

¿Te ha gustado Un crimen invisible?

Agradecimientos

1

Cuando todo el mundo echaba la siesta durante un caluroso día de

verano en un pueblo costero de Valencia, tres niños jugaban con su vida en las vías de un tren.

Era el duelo entre el niño bueno, el niño feo y el niño malo.

—Quien pase antes, pierde —dijo el niño malo cruzando los brazos. Giró la cabeza y estudió con mirada maliciosa a los otros dos niños, que estaban de pie, uno enfrente del otro, separados por las vías del tren. Se acercó al niño bueno y le susurró al oído: —Quien pase antes, pierde… o muere.

El niño bueno miró a su adversario y escondió un escalofrío mientras se ajustaba el cinturón del pantalón, que le había comprado su madre, una talla más grande, para cuando creciera. ¿Y si no crecía y moría antes? Sintió un golpe de calor.

El viento del poniente sopló con más fuerza y levantó el polvo del suelo.

El niño malo subió la barbilla y observó el horizonte. Los otros dos lo imitaron.

—Es el tren regional y no para en esta estación. Os quedan unos minutos.

—Cuanto antes acabemos, antes jugaremos al fútbol —dijo el niño feo, que tiró la pelota contra la tapia que tenía a sus espaldas y separaba, como un muro, el solar con las vías del tren, de la calle de la estación del pueblo. Escupió en el suelo imitando al malo malísimo de alguna película B de la sobremesa de la tarde y miró al niño bueno, con desprecio.

—¡Pasa, gallina!

El niño bueno no dijo nada. Le sudaban las manos. Pensó que, si el niño malo no estuviera a su lado, podría intentar salir corriendo. Absurdo. Eso le cabrearía más. La última vez que pilló una rabieta, le metió el estuche en la taza del váter del colegio. Era el más fuerte de la clase. Total, la profe ya le había dicho a su madre que los niños son niños hasta que se hacen mayores. Pensó que tenía que ser muy tonto, puesto que no entendió bien lo que la profe le había dicho a su madre.

De todas maneras, ella no le dijo nada a su padre para que no se cabrease más.

—¡Venga, pasa ya! —insistió el niño feo.

—No.

—Yo tampoco —le respondió cruzando los brazos y mostrando una sonrisa burlona mientras miraba el tren que se acercaba.

—Tenéis un par de minutos —recordó el niño malo.

—Yo no paso. Pasa el gallina.

—No soy un gallina. —Pero no había mucha convicción en la voz del niño bueno.

—Minuto y medio —añadió el niño malo.

—Eres un gallina. Un gallina y un marica. —El ruido del tren aumentaba—. ¡Marica! —dijo mientras movía las caderas burlándose del niño bueno.

La carcajada del niño malo puso más nervioso al niño bueno, que sintió más calor y sus mejillas se tiñeron de rojo. Agachó levemente la cabeza.

La voz del niño feo aumentaba.

—¡Eres un marica! ¡Todo el mundo lo sabe!

—No soy un marica. —Su voz sonaba a derrota. Quería irse a casa.

—¡Marica, marica, marica!

—¡Un minuto! —recordó el niño malo.

El niño bueno miró al tren que se acercaba y una gota de sudor le resbaló por la frente. Su respiración se aceleró.

El niño feo cruzó más los brazos y se mostró triunfante. No era tan fuerte como el niño malo, pero ahora el niño malo y el niño feo eran los mejores amigos. El niño feo le guiñó un ojo cómplice al niño malo y

se dirigió al niño bueno:

—Si pasas tú primero, no te llamaré marica.

—Pero es mentira.

El niño feo se encogió de hombros.

—Me da igual. —Torció la cabeza y también la boca, con una sonrisa de asco.

El niño bueno sintió una rabia que le bajó al estómago y se transformó en adrenalina.

Las vías se elevaban formando un montículo y creaban la percepción de que el niño feo pareciera más alto desde el otro lado de la vía. Se hizo un momento de silencio, roto solo por el traqueteo del tren que se acercaba inexorablemente. Faltaba menos de un minuto para que pasara por delante de ellos.

El niño bueno pensó que, si pasaba, perdía la apuesta. Sería un gallina. También sabía que, si no pasaba, perdía igualmente, ya que el niño feo y la pandilla del colegio nunca dejarían de insultarle llamándole marica.

Tragó fuerte, pero tenía la boca seca. Había una cosa cierta: no era un gallina. No quería ser un gallina. No iba a dejar que siguieran llamándole gallina. Se le iluminó una luz y tuvo una idea. Carraspeó.

—¿Si paso antes, no me llamarás marica?

—Nunca más.

El niño bueno miró al niño malo, que asintió mientras levantaba las manos.

—Yo tampoco —dijo, aunque la sonrisa aún no se había borrado de sus labios.

El niño bueno apretó fuerte la mandíbula y entrecerró los ojos sin dejar de mirar al niño feo. Rozó juguetón el metal de la vía con la punta del pie derecho. El sonido del tren rugía amenazante. Supo lo

que tenía que hacer. Se ajustó más el pantalón y notó las manos mojadas en sudor.

Segundos más tarde, el niño feo murió arrollado por el tren.

2

Veintiocho años después…

Jerónimo sabía que hay momentos que pueden marcar un antes y un después en la historia personal de cada uno, que nuestra corta existencia está llena de baches y giros impredecibles, de coincidencias y errores irreparables, que la vida y la muerte se dan a veces la mano. Pero lo que no sabía era que regresar a Valencia, su ciudad natal, sería uno de esos momentos cruciales en los que, para él, todo iba a cambiar para siempre.

A través de los altavoces, el comandante informó a los pasajeros de que estaban sobrevolando los Pirineos y entraban en España. Jerónimo sintió un cosquilleo en la cara y se rascó la barba de varios días. Hacía algo más de una hora que habían despegado del aeropuerto de Gatwick. Apoyó la cabeza sobre la ventanilla y dejó descansar la vista. Siempre había una razón para no volver a Valencia. Siempre había alguna excusa para no visitar a la familia. Pero ya no.

No tenía trabajo y tiraba de los ahorros. Estaba aburrido de esperar un proyecto de traducción que no llegaba. Tampoco tenía casa porque no podía pagarla. Había decidido no renovar el contrato de alquiler de un estudio en Clapham, un barrio *trendy* al oeste de Londres. Para rematar la entrada a la crisis de los cuarenta que a todos nos toca, acababa de darse una «pausa» en la relación con Erik, un periodista danés de ojos color aguamarina. Los últimos días, los había pasado en la casa de campo de su mejor amigo, en la campiña inglesa, lamiéndose las heridas.

En resumen, Jerónimo estaba jodido y sin excusas para quedarse en Londres.

Así que, cuando su hermano pequeño, Gabriel, le dio la noticia de que iba a ser tío, Jerónimo le prometió estar ahí para el nacimiento del bebé. Porque Jerónimo era un hombre de palabra y cumplía lo que prometía. O por lo menos, lo intentaba.

Abrió los ojos. Probó sin éxito a reclinar el asiento, tratando de estirar la espalda y extender las piernas. Sabía que era alto, pero dentro de ese asiento se sentía como un jugador de baloncesto. Parecía que los asientos de EasyJet habían encogido con los años. O incluso peor, que

él estaba más gordo. O más viejo. O las dos cosas.

Después de veinte años de exilio, en parte, voluntario, cada vez que volaba de vuelta a su ciudad natal, sentía como si estuviera dentro de una máquina del tiempo que le transportaba a la Valencia de finales de los noventa, al día en que se despidió de España y comenzó una nueva vida en el extranjero: primero en Dinamarca y luego, en Inglaterra.

«¿Dónde se habían ido todos estos años?», pensó. Apretó los labios y respiró hondo.

Guardó el libro de *Memorias de Adriano* dentro de la mochila de viaje y la colocó debajo del asiento. Todos estos años estaban ahí dentro. En su mochila cabía toda su vida: su portátil, un par de camisetas y unos vaqueros, ropa interior, un neceser y unas sandalias para pasear por la playa de la Malvarrosa.

El intenso ruido del motor se mezclaba con conversaciones, risas sueltas e incluso con los ronquidos de un señor mayor que estaba en el asiento de delante.

Dio un trago al café aguado de sobre que le había servido la azafata con sonrisa de maniquí, mientras le cobraba casi tres libras por esa aguachirle. Ni siquiera olía a café.

Al lado de Jerónimo, una chica muy joven, con melena despeinada y aro en la nariz, abrazaba una mochila de tela vaquera. Tenía los ojos cerrados y la música que salía a través de sus auriculares competía en ruido con los motores del avión.

—No tengas miedo —le dijo Jerónimo mostrando una sonrisa relajada.

Ella no reaccionó. Parecía lidiar una batalla interior, concentrada en esa música estridente.

Jerónimo se sentía inquieto. Abrió otra barrita energética de chocolate, que había comprado en la tienda de Boots en el aeropuerto de Gatwick, una de esas barritas que prometen una vida más sana. Le dio la vuelta al envoltorio y vio que las calorías eran las mismas que las de cualquier chocolate industrial que pudiera comprar en un

supermercado. Aunque este chocolate sabía más amargo.

Al lado de la joven, en el asiento que daba al pasillo, un niño inglés pelirrojo, de unos seis o siete años, jugaba con una tableta. Cambiaba de posición cada diez segundos al compás de una voz metálica, que le daba la enhorabuena por haber pasado de nivel.

Jerónimo arqueó una ceja. Cuando era joven no había tabletas, había balones de fútbol.

El niño ignoraba los comentarios cada vez más altos de su madre, que estaba sentada delante de él. Le insistía, con un marcado acento de Liverpool, que dejara de dar patadas al asiento y se pusiera el cinturón.

Desde la última fila, al lado de la ventanilla, Jerónimo podía ver el estrecho pasillo con un flujo continuo de pasajeros, que parecían disfrutar haciendo cola en los baños del avión.

Puso el café en el carrito y le dijo a la azafata, en inglés y con ironía:

—Quédate con la vuelta.

La azafata no respondió. Mantenía una sonrisa congelada mientras organizaba mecánicamente las compactas estanterías llenas de microbebidas.

Y entonces, algo curioso sucedió. El avión tembló fuerte un par de veces.

Jerónimo miró a su alrededor.

Las azafatas seguían con su trabajo de camareras. La chica sentada a su lado se había quedado dormida con los auriculares puestos. El revoltoso niño aún no había encontrado la postura más cómoda, mientras su tableta le anunciaba que había pasado al siguiente nivel. Su madre estaba en el asiento delantero y pasaba aburrida las hojas de una revista de moda.

Solo Jerónimo parecía percibir el peligro.

Segundos más tarde se produjo un temblor más fuerte.

Los pasajeros levantaron la barbilla unos centímetros, todos a la vez, buscando en el aire una respuesta. La chica abrió los ojos color café exageradamente grandes. Se iluminó el símbolo de «cinturones de seguridad», y por los altavoces se escuchó al comandante, con voz profesional y acento de la BBC:

—Señoras y señores, estamos atravesando una zona de turbulencias. No se preocupen. Aterrizaremos en Valencia solo con unos minutos de retraso. Por favor, abróchense los cinturones de seguridad. Gracias.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la joven a Jerónimo.

—Turbulencias…

La chica abrió la boca, pero no añadió nada. Su rostro se paralizó durante unos segundos.

—Y que no nos preocupemos.

Jerónimo desvió la vista hacia la azafata, que paró y comprobó que el niño guardaba su tableta y se ponía el cinturón de seguridad, a regañadientes, bajo la intensa mirada de su madre.

Él también se abrochó el cinturón.

Notaron unos temblores más fuertes y la chica se sobresaltó.

—No te vas a caer —le dijo Jerónimo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó ella mientras miraba a todos los lados como si buscase una señal que le dijera que todo iba a ir bien.

—Todo va a ir bien.

—No… —dijo ella.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo sabes tú que nos vamos a caer?

La chica fijó sus ojos color café en Jerónimo.

—¿Cómo puede funcionar una máquina tan complicada como el

avión y mantenerse en el aire, sin que una pieza, un engranaje o un tornillo nunca falle?

Jerónimo se tocó la barbilla.

—¿Cómo puede funcionar el cuerpo humano con millones de células, para que sigamos vivos sin que un pequeño coágulo en una vena nos mate? Si lo piensas bien…

—Si lo piensas bien, la idea es aterradora.

La chica tenía razón y eso incomodó a Jerónimo.

Las turbulencias continuaron. Esta vez, con mayor intensidad.

Muchas cosas sucedieron al mismo tiempo. El comandante se dirigió al personal de cabina. Su tono de voz había cambiado. Las azafatas acataron las órdenes con rapidez, se pusieron los cinturones y sus sonrisas desaparecieron.

La transmisión tenía un zumbido de fondo y se cortó en seco, cuando el avión entró en otra zona de turbulencias. Muchos pasajeros tensaron sus cuellos. La chica se agarró fuerte al asiento. Con cada sacudida que daba el avión, sus ojos miraban nerviosos a través de la ventanilla, como si buscase una salida.

Jerónimo acarició el anillo que tenía colgado al cuello en una cadena de plata, mientras pensaba en Erik. Pensó mucho en Erik. Miró el reloj. Faltaban veinte minutos para aterrizar. Estaban maniobrando el descenso.

En los minutos precedentes al desastre, el avión descendió dando fuertes sacudidas arrítmicas. En una de esas, la pantalla de la tableta se iluminó a través de las rejillas del bolsillo del asiento y una voz metálica, con acento americano y tono de presentador de circo dijo: *Enhorabuena*. *Has pasado al siguiente nivel*. *Récord batido*. El niño miró la tableta, confuso. Jerónimo miró al niño y sintió un golpe de sudor.

La boca del niño se abrió con asombro y sus ojos brillaron con excitación. Pero lo que no le gustó a Jerónimo fue que el niño juguetease con el broche del cinturón de seguridad.

De repente se produjo un temblor aún más fuerte. La voz metálica de la tableta se volvió más intensa. *Récord batido*. *Récord batido*. El niño alargó los brazos, pero no llegó a coger su preciado tesoro.

Jerónimo abrió más los ojos. Agudizó los sentidos. El miedo, por irracional que pareciese, preparaba al organismo para sobrevivir. Y Jerónimo sintió miedo.

Las turbulencias eran más intensas. Se oyó el lamento ahogado de un pasajero en la distancia. Todos estaban tensos en sus asientos.

La voz de la tableta sonaba como el canto de las sirenas en la Odisea de Ulises. *Récord batido*. *Récord batido*. *Récord batido*.

Nadie miraba al niño. Solo Jerónimo.

Y entonces ocurrió el desastre.

El niño soltó el cinturón rápidamente y agarró la tableta.

Los segundos se fragmentaron en décimas. Y en una décima de segundo, el avión se desplomó varios metros al estilo montaña rusa. Un par de bolsas del *duty free* cogieron velocidad disparadas hacia el techo de la cabina del avión. La fuerza de la gravedad había desaparecido. En esa misma décima de segundo, el niño levitó del asiento y el tiempo se paró.

Es curioso ver cómo reacciona el cerebro en situaciones extremas. Esa masa gris ya no razona. No piensa, no medita, no reflexiona. Es una fuerza motora que sobrevive por medio de reflejos a estímulos externos. En ese instante, el cerebro de Jerónimo tuvo los signos claros de un desesperado reflejo.

¿Excitación mediante un estímulo? Sí. Jerónimo vio al niño salir disparado de su asiento.

¿Respuesta de la médula? También. El cuerpo de Jerónimo se llenó de un golpe de adrenalina que inundó cada poro de su piel.

¿Respuesta motora? El brazo de Jerónimo rompió el aire y su mano atrapó como una tenaza la muñeca del niño y lo devolvió a su asiento.

¿Daños colaterales? La tableta se estrelló contra el techo, cayó en el pasillo y se hizo añicos.

El niño se quedó inmóvil.

Jerónimo se reclinó todo lo que pudo, le abrochó rápido el cinturón y le susurró:

—*It's ok*.

El niño estaba en estado de conmoción. Miraba al suelo. La chica miraba a Jerónimo, con la boca abierta y Jerónimo miraba al niño.

La pantalla de la tableta estaba rota. Ya no había sonido ni luces.

Todo se quedó en silencio. Un silencio incómodo. El silencio que precede a una catástrofe.

Pero la catástrofe no llegó.

Se abrieron las compuertas dejando preparadas las ruedas para el aterrizaje. Estas tocaron el suelo.

Acababan de aterrizar en Manises, el aeropuerto de Valencia.

Nadie aplaudió. Nadie dijo nada. Las sonrisas congeladas de las azafatas volvieron a aparecer en sus rostros. La madre se giró y vio a su hijo absolutamente quieto, por primera vez en el vuelo.

—*Thank you* —le dijo el niño a Jerónimo.

Jerónimo le regaló una sonrisa y le revolvió el pelo.

Se despidió de la joven y la animó a seguir viajando, porque, si le tienes miedo a la vida, la vida te puede coger manía.

Jerónimo fue el primer pasajero en bajar las escaleras del avión cargado con su mochila de viaje. La agarró con fuerza. El viento del poniente le dio la bienvenida y recordó que siempre que salía por la puerta del avión, la realidad se hacía presente. La ciudad había cambiado. La gente había cambiado. Jerónimo también había cambiado. El tiempo había pasado para todos, pero ese sentimiento de

culpa seguía ahí como una herida sin cicatrizar. Eso aún no había cambiado. Se dijo que esta vez sería diferente, pero… ¿cómo de diferente?

Bajó el último escalón y pisó el suelo de Valencia. La Valencia del 2018. Encendió el móvil y leyó el mensaje de su hermano Gabriel: «Es niño».

3

Jerónimo pasó por el control de pasaportes. Entró en el baño, se limpió la cara con una servilleta húmeda y se ajustó la mochila. «Mierda». Se había olvidado de comprar un regalo para el bebé. Tiró la servilleta a la papelera y aceleró el paso. Aún tenía tiempo de llegar a alguna tienda y comprar algo a su sobrinito.

Cruzó las puertas de salida. Familiares y amigos se reunían entre besos y abrazos. Desde la megafonía se anunciaba un vuelo con retraso a Tánger. Se echó a un lado cuando un grupo de británicas un poco desatadas y vestidas de conejito rosa pasaron orgullosas, celebrando una despedida de soltera.

Torció a la izquierda y se dirigió a la parada de taxis.

Antes de atravesar las puertas que daban a la calle, alguien le hizo señas con la mano. Jerónimo parpadeó varias veces. Se preguntó qué hacía su hermano mayor en el aeropuerto.

—¿Luis?

—El mismo.

—¿Qué haces aquí?

Luis levantó las manos como a quien le apuntan con un arma y mostró una sonrisa teatral.

—Darte un abrazo —dijo mientras mascaba fuerte un chicle de nicotina. Abrazó a su hermano pequeño y le dio un beso en la mejilla. El abrazo fue intenso, como intenso era el olor a tabaco rubio y perfume caro. Le dio unas palmadas en la cara—. Me he escapado de la oficina. ¿Te vienes fuera, para poder fumar un cigarro?

Jerónimo recordaba a Luis con menos ojeras. Quizás le había salido por dormir poco, o pensar demasiado. La última vez que vio a su hermano, el pelo rizado era más negro que blanco. Su estilo no había cambiado. Repeinado hacia atrás con un exceso de gomina, vestía un traje de empresa a destiempo y unos mocasines negros, relucientes. Luis podía llevar una camisa arrugada, pero sus zapatos estaban

siempre impolutos y hacían juego con el mismo maletín de piel negro que llevaba el día en que se encontraron por primera vez.

Eran hermanos solo de padre. Se conocieron en notaría en la firma de la repartición de la herencia, tras el fallecimiento de su padre, veinte años atrás.

La sorpresa fue mutua.

Su hermano vivía unos kilómetros al norte de la playa de la Malvarrosa, con una madre frustrada y amargada por la vida. Estaba a punto de mudarse con la que ahora era su exmujer. Otra mujer frustrada y amargada por la vida, según Luis.

Su padre lo reconoció como su hijo, pero nunca se casó con su madre. Se comprometió a pasar una manutención, aunque no estuvo en la vida de Luis. Su padre ya había formado una familia en la que Jerónimo ocupaba el puesto de primogénito.

La madre de Jerónimo y Gabriel nunca pudo perdonar a su marido, por ocultar la verdad y por otras muchas cosas. Siempre que hablaba por teléfono con Jerónimo, tenía que sacar el tema y repetirle que su vida había sido una mentira.

Probablemente, Jerónimo y Luis coincidieron en el mismo metro alguna vez, pasearon por las mismas calles e incluso, comieron en los mismos restaurantes de Valencia, pero nunca supieron que eran hermanos, porque su padre no quiso que se conocieran.

Con el tiempo y las visitas, los lazos de sangre entre los hermanos se ataron con más fuerza.

Miró a Luis con sorpresa.

—Iba a pasar mañana por tu oficina. ¿Y esa urgencia?

Luis trabajaba para un bufete de abogados en un viejo edificio de la calle San Vicente. Conocía todo lo bueno y lo malo de los negocios de la ciudad. El bufete había dado asesoramiento legal a jugadores de fútbol, empresarios valencianos y contratistas, en la zona de Benidorm. Incluso Luis se había encontrado algunas veces con Jerónimo en Londres, por viaje de negocios.

—Necesito un favor —dijo Luis—. Acompáñame afuera, me fumo un cigarro y te lo cuento. Cada cinco minutos avisaban que tu vuelo iba con retraso. No podía irme porque no quería que te escaparas. Mira —dijo con sonrisa cómica, agitando un paquete de cigarrillos—. Sí, es urgente.

Salieron a la calle, cruzaron y se quedaron en la entrada del aparcamiento. Luis encendió un cigarrillo y aspiró hondo.

—Deberías contemplar la idea de dejar el tabaco —dijo Jerónimo—. O cambiar de marca de chicles de nicotina.

—Fumo para olvidar que tú comes chocolate —contestó Luis con un guiño apuntando con el dedo a la barriga de su hermano—. Veo que la vida tampoco te trata mal del todo.

Jerónimo se encogió de hombros sin añadir nada más, pero su hermano no insistió y él no supo si sentir alivio o decepción.

—¿Cómo estás tú? —preguntó.

Luís tiró la ceniza al suelo.

—El médico me ha dicho que tengo que bajar el nivel de colesterol, la puta de mi ex me ha subido la manutención de Luisito… y mi novia, o como la quieras llamar, me ha dejado por un tío con una edad más adecuada que la mía.

—¿Más joven?

—Ella sí. El ricachón con el que sale ahora, no. Vamos, que soy demasiado joven para esperar una herencia en un futuro próximo, pero demasiado viejo para estar entre vírgenes.

—¿Y Luisito?

Luis apretó más fuerte el cigarrillo.

—Sigue de médicos. —Dio otra calada—. ¿Sabes, Jero?… Tengo un trabajo duro y mal pagado, hipoteca de una casa en la que ya no vivo, préstamo del coche, manutención, gimnasio y, hasta putas, si quiero. —Aplastó la colilla con la punta del pie. El humo gris difuminaba su

cara—. Luisito se va a poner bien. Por mis huevos que se va a poner bien.

Jerónimo echó la cabeza hacia atrás. Sus labios se separaron, pero antes de decir nada, su hermano se adelantó:

—¿Vas a ir a ver a Gabriel y Eva? —Su expresión se suavizó.

—Sí. —Tardó unos segundos en procesar la pregunta—. Sí, claro. Estaba de camino al hospital de La Fe, hasta que un extraño se puso en mi camino…

Luis hizo una mueca que podía pasar por sonrisa.

—Hay un cliente del bufete que necesita un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Es un cliente importante.

—¿Y qué clase de favor necesita ese cliente importante?

—Una traducción.

—¿Ahora?

Luis asintió.

—Pagará bien. Quiere que hables con alguien.

—Eso es una interpretación.

La traducción se hace sobre papel, delante de un ordenador. La interpretación es la traducción oral. A Jerónimo le gustaba más la interpretación que la traducción. Trabajando como intérprete, había visitado casi todos los países de Europa y había conocido a gente importante en política y negocios, aunque, por contrato, tenía que mantener la boca cerrada.

—Puedo pasar mañana por tu oficina —dijo mirando el reloj.

—No puede esperar.

Jerónimo frunció el ceño.

—¿Tan urgente es?

Luis se acercó más a Jerónimo.

—Deja que te lo cuente él.

Jerónimo ladeó la cabeza. Estuvo tentado de decir que no. Mejor mañana. Tocó el bolsillo del pantalón con su billetera dentro. Vacía. Solo tarjetas de crédito. Había que ser pragmático. Acababan de tocarle a la puerta ofreciéndole dinero fácil. Una interpretación. Perfecto.

—¿No demorará mucho tiempo y pagará bien?

Luis le guiñó un ojo, levantó la mano e hizo señales a un coche aparcado a unos veinte metros.

—Sígueme. Nos está esperando.

Jerónimo agarró la mochila y siguió el paso ligero de su hermano. Quiso preguntar más detalles, pero Luis se había puesto en marcha. Demasiado tarde para cambiar de opinión.

—¿Cómo sabías que iba a decir que sí?

Luis no respondió y siguió andando ligero hasta el coche.

—Si Gabriel se mosquea porque llego tarde —dijo Jerónimo—, te echaré a ti la culpa.

—Tú siempre llegas tarde, hermanito.

Jerónimo acababa de decir que sí a un trabajo de interpretación para un cliente importante. Es decir, un pez gordo. Y los peces gordos eran gordos porque se comían a los peces pequeños.

4

La puerta de un lujoso Mercedes blanco con lunas tintadas se abrió y bajó el chófer. Se acercó a Luis y le invitó a entrar.

—Manolo —saludó su hermano.

—Señor Luis —respondió el chófer asistiendo con la cabeza.

Jerónimo no estaba acostumbrado a ese protocolo señorial. Le parecía gracioso. Levantó la mano y exageró una sonrisa.

—Aquí Jerónimo.

El chofer asintió de nuevo sin decir nada.

Jerónimo pensó que quizás vestía demasiado casual para pertenecer a la realeza. Se imaginó que un pez gordo barrigón con olor a *whisky* y loción *Old Spice* lo estaría esperando. De esos que se reían de sus propios chistes machistas y fumaban puros cubanos.

Se inclinó y echó un vistazo al interior. Los asientos eran de cuero color crema, posicionados cara a cara y separados por una mesa plegable. Encima de la mesa había un portátil ultrafino, una agenda de piel con estampado de cocodrilo azul oscuro, una pluma Montblanc y un envase de batido de proteínas vacío. El interior parecía un despacho con ruedas. El aire acondicionado era tan frío como el cuero de los asientos. El divisor de privacidad, que separaba al chofer de los pasajeros, se elevó, dejándolos solos con el dueño de ese coche de lujo.

Jerónimo se había equivocado en sus expectativas. Aquel hombre era atractivo y más joven que él. Tenía una nariz aguileña que marcaba la expresión de un rostro ambicioso. Llevaba una barba milimétrica, como si se la hubieran dibujado con un rotulador negro, a juego con el color de sus ojos. Esa barba de diseño acentuaba una masculinidad metrosexualizada. Un polo verde menta apretaba un torso y unos bíceps de gimnasio.

—Este es Carles —dijo Luis—. Ha estado con nosotros unos años. Le damos consejo legal y llevamos la administración de su cadena de gimnasios, no solo aquí en Valencia y en Alicante, pronto abrirá en

Madrid. —Imitó una sonrisa de vendedor de coches—. Carles es uno de nuestros clientes más queridos en el bufete.

Jerónimo se preguntó si era posible “querer” a un cliente de un bufete de abogados.

—Me dijo tu hermano que podrías ayudarme —su voz era seria y directa. Se ajustó el cuello del polo y Jerónimo deslizó una mirada curiosa y vio que tenía el pecho depilado. La metrosexualidad estaba acabando con la esencia de los heterosexuales—. Te podemos hacer un pase gratis por un año.

Parpadeó varias veces. «Empezamos mal», pensó Jerónimo. ¿Tan gordo estaba? Se bajó la camiseta.

—Gracias, pero no vivo en Valencia. Vivo en Londres.

—Bonita ciudad.

Jerónimo torció la cabeza.

—Tiene su encanto. —Juntó las manos—. Mi hermano me ha dicho que necesitas a un intérprete.

Carles levantó las cejas y asintió varias veces. Sacó un talonario guardado en la agenda, garabateó unos números y extendió la mano ofreciéndole a Jerónimo un cheque.

—Aún no he dicho que sí. ¿Cuál es el trabajo, exactamente?

Carles se quedó con el cheque en el aire y la boca ligeramente abierta.

—Tu hermano Luis me ha dicho que hablas danés.

—Soy traductor oficial de inglés. El danés es un daño colateral.

—Su pareja es danesa —intervino Luis.

«Expareja», pensó Jerónimo, mientras tocaba el anillo colgado al cuello. O una relación en pausa indefinida.

Jerónimo conoció a Erik una noche en el Barrio de Soho de Londres. Primero se comunicaron en inglés y durante una conversación llena de flirteo e insinuaciones, le pidió a Erik que le dijera algo en danés, aparentando curiosidad. Él le recitó unos cuantos comentarios fuera de tono. Jerónimo empezó a reírse y no pudo seguir fingiendo. Erik quedó muy impresionado con la habilidad que tenía Jerónimo con el danés y Jerónimo quedó también impresionado, con otras habilidades que tenía Erik. El fin de semana siguiente, fueron juntos a una exhibición en el museo nacional británico de arte moderno, el Tate Modern, después almorzaron en un restaurante con vistas al río Támesis.

Erik trabajaba como periodista de investigación y colaboraba con varias agencias de información. Se llamaba a sí mismo un mercenario de la verdad. Vendía sus artículos de investigación al mejor postor. Había ganado un par de premios de periodismo en Dinamarca y su vida era bastante nómada. Después de un año de relación a distancia, Erik le dijo a Jerónimo que se iba a quedar una temporada a vivir en Londres y ver cómo iba la cosa entre ellos. Esa temporada se alargó hasta un año más, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el paso y probar a vivir juntos. *It's complicated.* Los dos eran grandes amantes de la soledad; no obstante, se echaban de menos cuando no estaban juntos. Era complicado, sí.

Jerónimo soltó el anillo y miró a Carles.

—No solo aprendí el danés en la cama. Estudié y viví muchos años en Copenhague.

Carles se alisó el pantalón de lino.

—Mi mujer es danesa. Se llama Connie. Connie Nielsen. Es de Roskilde. ¿Conoces la ciudad?

Jerónimo asintió. Pasó su primer año en Dinamarca viviendo en un pueblecito cerca de Roskilde, llamado Viby Sjælland. Allí trabajó repartiendo periódicos de madrugada durante la semana y lavando platos en un restaurante, durante el fin de semana. Por la cuenta que le traía, aprendió danés en un tiempo récord. Cuando le concedieron una plaza para estudiar en la Universidad de Copenhague, se mudó a la gran ciudad. Los recuerdos inundaban su mente.

—Viví por la zona, cuando me mudé a Dinamarca. Roskilde fue la capital del país en la Edad Media, luego, por motivos prácticos y de comercio con Suecia y Noruega, la capital se trasladó a Copenhague… —Luis y Carles se miraron. Jerónimo paró y pensó que mejor dejaba la guía turística para otro momento—. ¿Quieres que interprete para tu mujer?

—Más o menos.

—¿Y dónde está?

—Por eso te he traído —añadió Luis.

—No entiendo.

Miró la hora. Eva y Gabriel saldrían pronto del hospital.

Carles jugó con el cheque sobre su pierna mientras lo observaba y él miró a su hermano, con signo de interrogación.

—Pensé que sería mejor que lo supiera por ti —le dijo Luis a Carles.

—Gracias, Luis. No hay vergüenza ninguna. —Respiró hondo—. Hace dos días, mi mujer recogió a nuestra hija Laura de la guardería, pero cuando llegué a casa de la oficina, no estaban. La llamé muchas veces. Primero pensé que no tenía cobertura, luego que lo tenía apagado y… al final no supe qué pensar. —Paró unos segundos—. No pasaron la noche en casa. Al día siguiente llamé a la guardería y me dijeron que Connie volvió esa mañana, recogió a nuestra hija Laura y desaparecieron.

Jerónimo intentó darle sentido a toda esa información.

—¿Has llamado a la policía? —le preguntó.

—Y los hospitales, amigos, conocidos y vecinos. Nadie sabe nada. —Sacó un móvil y lo mantuvo en el aire—. Este es el móvil de mi mujer. Apareció en la cocina de un bar, al lado del estadio de Mestalla. —Calló y suspiró.

Luis continuó:

—El lavaplatos confesó que su novia lo encontró en la papelera de un aseo de señoras y se lo regaló.

Jerónimo arrugó la frente. Algo no encajaba.

—¿Es un bar que frecuentáis?

Carles negó con la cabeza.

—La novia trabaja como limpiadora y encontró el móvil en uno de los aseos de señoras del aeropuerto de Manises. Desbloqueé el móvil y este fue el último número al que llamó, después de recoger a nuestra hija de la guardería.

Luis bajó la mirada.

El aire acondicionado del coche le provocó un escalofrío a Jerónimo.

—¿Conoces su contraseña?

—Mi mujer y yo no tenemos secretos.

—Tampoco hay movimientos bancarios —añadió Luis sin levantar la mirada del suelo.

Carles alisó una arruga del pantalón.

—No. Si se llevó dinero, sería de casa. Siempre tenemos algo aquí y allá.

Jerónimo pensó que, al juzgar por el coche, podría ser una cantidad considerable.

—Mira —dijo Carles.

Se acercó más a la pantalla del móvil. El prefijo era de Dinamarca, +45 y los dígitos pertenecían a un teléfono fijo. Una llamada de tres minutos y cuarenta y dos segundos.

—Mi secretaria chapurrea el inglés igual que Luis, pero no sacamos nada en claro cuando llamaron. Sabemos que es el teléfono de un hotel

en Copenhague. —Hizo una pausa—. Tu hermano me ha dicho que tu danés es perfecto.

—No se me da mal.

—Y que eres muy persuasivo.

—Tampoco se me da mal.

Carles acercó más el cheque.

—Se nota que eres un chico listo. Cógelo.

La cantidad era excesiva.

—Te llevará diez minutos —insistió.

—¿Me pagarás todo eso por una llamada de diez minutos? —preguntó Jerónimo con sorpresa.

—Pagaré lo que sea por cualquier pista que me lleve hasta mi mujer y mi hija.

Había algo que no encajaba. Algo que no estaba claro. Aunque esa cantidad de dinero le vendría muy bien.

—¿Tenéis enemigos? —preguntó.

—Mi negocio es limpio.

—¿Problemas maritales?

—¿Además de persuasivo eres curioso?

—Mucho. —Sonrió.

Carles le devolvió la sonrisa a Jerónimo, pero era una sonrisa seria, de hombre de negocios.

—No. No tenemos problemas maritales.

—¿Y dices que la policía no te hace caso?

—La denuncia ha sido tramitada. Me han dicho que ya me llamarán —dijo haciendo una mueca frustrada.

Jerónimo se rascó la barba.

—¿Podríamos decir que la policía considera el caso como un asunto civil y no un asunto criminal?

Carles ni confirmó ni respondió a la pregunta. Luis se acercó a su hermano.

—Solo tienes que llamar y ver qué información sacas —le dijo y después le susurró—: hazlo por mí.

Sus miradas se cruzaron. ¿Hacerlo por su hermano?

—Luis, nadie desaparece, así como así. Habrá algún motivo para que no quiera ver a su marido.

Carles apretó fuerte la mandíbula, pero no insistió. Jerónimo miró el brazo moreno y sin vello, levantó la mirada hasta que se quedó unos segundos observando las facciones de la cara. Había algo familiar en su mirada.

La mujer desaparece con su hija y encuentran su móvil en el aseo del aeropuerto. Por otro lado, si hubiera querido separarse de su marido, podría haber optado por una solución menos dramática.

Carles repiqueteaba nervioso el cheque sobre la mesita, sin apartar los ojos de Jerónimo. Su torso y bíceps estaban tensos.

Jerónimo se preguntó por qué no habían buscado a otro traductor.

De todas maneras, necesitaba el dinero, pero no a costa de meterse en problemas maritales. O quizás la mujer y su hija estuvieran en peligro y necesitaban la ayuda de su marido. Sintió un cosquilleo en el estómago.

La voz de Carles rompió el silencio.

—¿Estamos perdiendo el tiempo?

Jerónimo negó con la cabeza. Decidió seguir su instinto.

—Te doy diez minutos.

En diez minutos se podían cometer muchos errores. Un precio aún más alto del que estaba escrito en ese cheque.

5

Carles hizo una llamada al número danés y puso el manos libres, aunque de poco se iban a enterar, pensó Jerónimo.

—*God aften, hotel Valdemar, du taler med Magnus* —la voz de un joven le daba las buenas tardes.

Relajó los músculos faciales, bajó la garganta y posicionó la lengua un poco hacia atrás. Cogió el móvil y moduló su cerebro al danés. Entraba en otro mundo. Una misma realidad, pero vista desde un prisma diferente. Jerónimo se sentía distinto cuando hablaba en otro idioma. Era otra versión de sí mismo.

—¿Ha dicho hotel Valdemar? —preguntó en danés.

—Correcto, hotel Valdemar. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy… Estoy buscando…

Jerónimo se bloqueó. Colgó.

Luis y Carles lo miraron sin entender.

—Sí, es un hotel —confirmó—. El chico tiene acento de Amager, una isla pequeñita que pega con la isla de Selandia, donde se encuentra Copenhague. El aeropuerto está en Amager…

—¿Y? —preguntó Carles entrecerrando sus ojos negros.

Jerónimo puso cara de disculpa. «Mejor no continuar con la guía turística», pensó. Sacó su móvil e hizo una búsqueda del hotel. Le mostró a Carles en la pantalla un punto en el mapa.

—El hotel está al lado de la estación central de Copenhague, en la calle de Istedgade.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Carles impaciente.

—¿Quizás esté visitando a sus padres en Roskilde?

—No se habla con sus padres —respondió Carles sacudiendo la

cabeza—. Nunca conocieron a mi hija Laura. —Se ajustó el cuello del polo e insistió—. Llama otra vez. Diles que quieres hablar con Connie y me pasas el móvil. —La voz de Carles era ahora autoritaria.

Jerónimo dudó unos segundos.

—Llama —repitió su hermano.

Tomó distancia. Se preguntó si Connie quería o no hablar con su marido. Se sentía como si le hubieran pagado para ser cómplice de una trampa a la mujer de Carles.

Carles notó su posición defensiva. Se frotó la cara y dejó escapar un suspiro. Inclinó un poco la cabeza y se acercó a Jerónimo. Cuando habló, su voz parecía más humana.

—Si le pasa algo a mi mujer y a mi hija, no me lo perdonaría nunca. ¿Lo entiendes?

Luis contuvo la respiración.

Jerónimo puso la mano en el pecho y presionó el anillo que tenía colgado al cuello sobre el corazón. Movió varias veces la cabeza de arriba abajo y relajó los músculos.

—Está bien.

Acercó la mano despacio y cogió el móvil de la mujer de Carles. No accionó el manos libres esta vez. Nadie dijo nada.

La misma voz le dio la bienvenida.

—Me llamo Jerónimo Jara Fuertes y llamo desde España. ¿Podría confirmarme si existe una reserva a nombre de Connie Nielsen?

—¿Quiere confirmar su reserva?

—Yo no hice la reserva. Si le doy el nombre de la persona, ¿podría confirmar si reservó una habitación?

—No entiendo.

Jerónimo respiró hondo y habló más despacio.

—Necesito saber si hay una reserva a nombre de Connie Nielsen.

El recepcionista no respondió inmediatamente.

—Mire, yo estoy en prácticas. Es que creo que eso no lo podemos hacer. Le paso con el recepcionista encargado. Un momento.

Luis y Carles miraban expectantes por una señal de Jerónimo y él apartó la mirada. Necesitaba concentrarse.

—¿Con quién hablo? —era la voz de un hombre más mayor.

—Me llamo Jerónimo Jara Fuertes. Llamo desde España y necesito que me confirme si tienen a una huésped con el nombre de Connie Nielsen alojada en su hotel.

—¿Y usted quién es?

—Su marido me ha pedido que os llame y confirme esta información.

—¿Aún no me ha dicho con quién hablo?

—Soy el intérprete. Su marido la está buscando. Este fue el último número al que llamó antes de desaparecer.

—¿Desaparecer? —El recepcionista elevó el tono de voz—. Si la mujer de su cliente ha desaparecido, debería de comunicárselo a la policía.

—La policía aquí en España ya está informada. Solo necesito que me confirme si Connie Nielsen está hospedada en su hotel. Su marido quiere hablar con ella.

—Es que eso… —El recepcionista dudó—. No podemos darle esa información. La política del hotel es proteger la privacidad de nuestros huéspedes, pero estaremos más que encantados de colaborar con la policía española.

Jerónimo pasó inconsciente el dedo por el panel de la puerta. Había

participado en la traducción e interpretación de casos donde el sospechoso se había fugado a otro país. La investigación policial solía depender exclusivamente de la comunicación entre jueces de diferentes países. Ese proceso podía ser largo.

—El procedimiento policial es lento y su marido está muy preocupado.

—Tenemos la misma política que en otros hoteles.

—Desapareció con su hija —dijo Jerónimo marcando más las palabras.

—Bueno, suena más a un problema marital…

Jerónimo también dudó.

—¿Y si no lo fuera? —intentó sonar convincente.

Después de una pausa, el recepcionista le contestó:

—Le repito que, sin orden policial no podemos dar ese tipo de información.

Jerónimo vio la alianza en la mano de Carles.

—Quiere comprobar que su mujer y su hija están vivas —insistió siendo consciente de que su voz sonaba alarmante.

Carles y Luis lo miraban con curiosidad.

—Me podría meter en un buen lío si no cumplo con las reglas que tenemos. —Jerónimo escuchó un murmullo de fondo al otro lado de la línea. El recepcionista hablaba con alguien. Luego su tono fue más neutral—: Mire, pasaré su petición a mi superior y se pondrá en contacto con usted lo antes posible.

Jerónimo colgó negando con la cabeza.

—Solo dan información a la policía.

Carles se frotó los ojos. Luis estaba concentrado mandando un

whatsapp.

Jerónimo pasó la mano por la tapicería del coche. Ese cuero parecía más caro que su propia piel. Entonces se le ocurrió algo.

—Tengo una idea —dijo mirando a Carles—. Quizás funcione. —Cogió el móvil e hizo la tercera llamada.

Al segundo tono escuchó la voz del recepcionista en prácticas. Jerónimo le interrumpió hablando muy deprisa.

—Hola Magnus. Por favor, no me cuelgues. No necesito que me digas si Connie Nielsen está hospedada en vuestro hotel, solo quiero que le pases el siguiente mensaje. ¿Podrías apuntarlo, por favor?

—Eh, sí… sí, claro. Tomo nota.

Los ojos de Jerónimo brillaron. El recepcionista iba a tomar nota de su mensaje para pasárselo a Connie. Bingo. La mujer de Carles estaba hospedada en el hotel. Colgó y miró a Carles, luego a Luis y a Carles, de nuevo. Su rostro le era familiar. No dijo nada. Pensó unos segundos. Tenía confirmación de que Connie se hospedaba en un hotel en Copenhague, pero no le había dicho nada a su marido. La cuestión era que, si su mujer hubiera querido hablar con él, ya se hubiera puesto en contacto. Simplemente, había decidido irse sin decirle nada a su marido ¿Por qué?

Fueran las razones que fueran, Jerónimo sintió que no tenía ningún derecho a entrometerse. Apretó los labios y fingió una expresión de fracaso.

—No está hospedada en el hotel. —Fue lo primero que se le ocurrió.

Carles se pasó las manos por la cara.

—¿Estás seguro? —insistió Luis.

Jerónimo movió la cabeza, nervioso, mirando la tapicería del coche.

Carles abrió con gesto de cansancio su agenda, sacó el talonario y cogió un boli.

—¿Irías a Dinamarca? —dijo garabateando unos números.

Los ojos de Jerónimo se abrieron tanto como su boca. Vio que Carles firmaba un segundo cheque de una cuantía mucho más alta. Negó con la cabeza hasta que salió su voz.

—No… Es decir, eso no estaba en el trato. —Paró unos segundos—. No, no iré.

Carles no dijo nada. Levantó la mirada con cara de derrota y alargó el brazo con el primer cheque que habían pactado.

—Gracias de todas maneras.

Luis observaba a su hermano en silencio mientras jugaba con su paquete de cigarrillos.

Jerónimo tenía la boca seca. Cogió el cheque y se sintió como un ladrón.

6

Jerónimo doblaba y desdoblaba el cheque, con la mirada perdida dentro de un taxi, de camino al hospital de la Fe. Llegaba tarde, aunque su hermano Gabriel y su mujer Eva aún no habían salido. Bueno, ahora saldrían tres. No tuvo tiempo de comprar ningún regalo a su sobrino, así que esperaba que su mera presencia fuera suficiente, se dijo con sarcasmo y sus labios formaron una sonrisa agria que terminó en un gruñido.

Carles había sido muy generoso con él. Quizás no debería de haber aceptado el cheque. Sabía que había hecho lo correcto, no diciéndole que su mujer estaba hospedada en el hotel. Si una madre se llevaba a su hija y no le decía nada al marido, tendría sus razones.

No solamente se sentía culpable por no haber sido sincero con Carles, también los hospitales le ponían de mal humor. Podría haber esperado y pasar por casa de Gabriel y Eva, pero les prometió, en especial a ella, estar con ellos en el nacimiento del bebé.

Guardó el cheque y bajó del taxi.

Los pasillos de los hospitales eran todos iguales. Si pasabas por uno, era como si hubieras pasado por todos. Paredes pálidas, iluminación fluorescente y camas aquí y allá con pacientes con goteros y caras de resignación. Celadores como muebles invisibles y enfermeras y doctores con paso ligero y expresión de no querer ser molestados. Lo único que distinguía a un pasillo de otro era el olor dominante que los envolvía. Los había con olor a lejía, a comida sosa o a medicamentos. Pero había un olor en particular, que persistía y era común a todos: el olor a enfermedad.

Desde el marco de la puerta de una habitación de hospital, Jerónimo observó a Eva sentada en la cama, dando el pecho a su recién nacido. Aquí olía más a vida y leche materna.

Eva le hablaba a su hijo entre susurros, mientras se balanceaba suavemente con una técnica innata, regalo de la madre naturaleza. Iba vestida con ropa de calle y a su lado había una cuna transportable con todo tipo de accesorios para bebés. Gabriel no estaba.

Hacía más de un año que Jerónimo se había encontrado con Eva y Gabriel en La Fiesta del Marisco en O Grove. Fingió un trabajo de traducción urgente en Londres y no pudo viajar con ellos de vuelta a Valencia, para pasar allí sus últimos días de vacaciones.

Se sacudió la culpa como el polvo que cubre los muebles de una casa vacía y se acercó hasta Eva, cuyo rostro cansado se iluminó cuando lo vio.

—¡Jero! Es verdad que has venido. —Eva le cogió la mano, mientras sostenía a su bebé con la otra. Jerónimo se inclinó un poco más—. Tu hermano y yo te hemos echado tanto de menos —dijo Eva mientras le acariciaba la mano.

Asintió nervioso.

Eva se puso de pie. Era la esencia de la genética mediterránea. Bajita, pero de cuerpo bien proporcionado, aunque la maternidad la había hecho engordar un poco. Eva supo disimularlo con una blusa blanca de algodón con estampado floral. Su pelo rizado lo tenía recogido en una coleta y pequeños mechones caían por ambos lados de su cara con forma de corazón. Sus ojos cándidos eran de color canela, a juego con la piel. Estaba espléndida, como nueva mamá. Jerónimo se quedó mirando los zapatos. Había una cosa de la que Eva no podía prescindir: los tacones altos.

—Estás preciosa —le dijo Jerónimo y le dio un beso en la mejilla.

Recordó la primera vez que Gabriel le presentó a Eva. Era una mujer muy joven que repetía lo que decía y con una alegría irritante, que Jerónimo acabó admirando como una cualidad que él mismo no sabía muy bien cómo cultivar.

—Cuando me dijo Gabriel que venías, no me lo creí. Mira, es precioso, ¿verdad? Toma, cógelo —insistió Eva.

Jerónimo estiró los brazos y con sumo cuidado, cogió en las palmas de sus manos a su sobrino que dormía plácidamente.

—Es tu tito Jero. Es traductor y habla varios idiomas.

Jerónimo quiso explicar a Eva que ser traductor implicaba hablar

otro idioma, pero se concentró mejor en su sobrino, que además era el hijo de su hermano.

—¿Y tu padre?

—Acaba de irse —respondió Eva.

Jerónimo tenía los ojos puestos en su sobrino.

—Es tan pequeñito —dijo con voz suave.

—Qué te lo has creído tú… Siete horas de parto. No quería salir. —Eva observó a Jerónimo—. No te conocía con esa barba.

—¿Quieres decir que estoy más viejo?

—Con que este hombrecito saque el color verde de tus ojos y tu coco, estaré satisfecha —dijo mirando a su bebé.

—Vaya, ¿también mi coco? Pides mucho. —Y le guiñó un ojo con brillo a esmeraldas—. ¿Y Gabriel?

Eva resopló dramáticamente.

—En el aparcamiento, cambiando una rueda. Un drama para llegar al hospital, que no te quiero ni contar.

—Se llama cansancio.

—Se llama que me quiero ir a casa. —Suspiró—. ¿Cómo ha ido el viaje?

Jerónimo pensó en las turbulencias, en Luis, en Carles, en la desaparición de Connie y en la llamada al hotel en Copenhague. Se encogió de hombros.

—Luis apareció de la nada con un cliente y… bueno, un rollo «que no te quiero ni contar». —Expandió una sonrisa y dejó al bebé en los brazos de su madre.

Eva rozó la mano de Jerónimo.

—Te echamos mucho de menos. Mucho.

Jerónimo se tragó la culpa.

—Dije que venía y aquí estoy.

Porque Jerónimo cumplía lo que prometía, o por lo menos lo intentaba.

A sus espaldas, escuchó la voz de su difunto padre, que lo llamaba.

—Jerónimo.

Se giró rápido al tiempo que tragó aire por la boca súbitamente. Era su hermano Gabriel. Se puso una mano en el pecho y vació los pulmones despacio.

—¿Todo bien? —le preguntó Gabriel, directo y parco en palabras.

Gabriel era casi tan alto como Jerónimo, pero de hombros más anchos. De cejas gruesas, frente amplia y mirada solitaria. Llevaba un pantalón azul marino de policía y una camiseta interior blanca manchada de grasa de coche. Se limpiaba con un trapo viejo, las manos fuertes como guantes de boxeo. Gotas de sudor le resbalaban sobre una mancha de aceite en la mejilla.

—¡Enhorabuena, papá! —Se acercó a su hermano y le dio un beso.

El pecho de Gabriel se hinchó y, tan pronto como apareció una sonrisa, desapareció. Ese gesto imperceptible era suficiente para saber que su hermano estaba contento de verlo y orgulloso de ser padre.

—No quiero mancharte de grasa. —Retrocedió un paso y Jerónimo lo imitó. Para Gabriel, mostrar sentimientos, no era que fuese una debilidad humana, era que no sabía muy bien cómo mostrarlos—. Estarás cansado —dijo mientras cargaba con la mochila de Jerónimo en una mano y con la otra la cuna de su bebé—. El coche está listo. Nos vamos. —Y salió por la puerta dando grandes zancadas.

* * *

La historia de Gabriel y Eva era el vivo ejemplo de que los polos opuestos se atraen. Un domingo de madrugada, Gabriel y su

compañero estaban de servicio por la zona de discotecas de verano de la costa. Eran novatos en la comisaría y no tenían los mejores turnos. Tampoco Gabriel tenía una familia de la que ocuparse. Media hora antes de que llegase su relevo , Gabriel paró un vehículo que maniobraba un giro completo, a pocos metros de una rotonda. Se acercó y una conductora joven con un coche demasiado caro le sonrió, nerviosa. Gabriel le tomó los datos y le hizo soplar por el tubo. La joven le dijo que ella no tomaba alcohol, que solo le gustaba salir con sus amigas y bailar. Bailar mucho. Le confesó entre sonrisas nerviosas que era una mala conductora. Gabriel dejó de tomar notas, se fijó en ella y surgió la chispa. Observó los ojos grandes color canela de la conductora y, en lugar de entregarle una multa, le pasó su número de teléfono.

En la primera cita, Gabriel quiso saber en qué trabajaba Eva y ella le dijo que era dependienta en una tienda de zapatos en la calle Colón. Un par de meses más tarde, en pleno enamoramiento, Eva le confesó que la empresa de calzado para la que trabajaba era de su padre. Esa chica alegre, inocente y con un sentido del humor contagioso era la hija de uno de los empresarios de calzado más importantes de la Comunidad Valenciana. Cuando Eva le contó a su padre sobre Gabriel, una bomba cayó y creó un agujero de separación entre estos dos hombres, con un denominador en común: el amor hacia Eva. Su padre tenía aspiraciones más altas para su hija, que la de casarse con un policía raso. Pero las únicas aspiraciones que tenía Eva eran ser mamá y ser feliz. En este orden.

—Te llevamos de camino a la casa del abuelo —le dijo Eva a Jerónimo.

La casa del abuelo materno de Jerónimo y Gabriel estaba en el barrio del Cabanyal. Cuando su madre murió, tres años atrás, los dos hermanos decidieron no vender la casa. Ahora que era padre, Gabriel quería venderla, librarse de gastos y sacar un dinero extra, pero Jerónimo no estaba preparado. Había mucho de él en esa casa como para decirle adiós.

Bajaron al aparcamiento. Eva se sentó detrás, vigilando que su bebé siguiera durmiendo. Jerónimo se sentó al lado de su hermano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Reventó la rueda. Además, el coche está ya viejo —respondió Gabriel con tono gruñón.

—¿Cuántos años tiene el coche?

—Me lo regaló papá, poco antes de irte tú de casa. ¿Diecinueve años?

Le molestaba que Gabriel situara los acontecimientos familiares con un antes y un después de su partida. Como si fuera un libro de historia, que contextualizaba una batalla antes o después de Jesucristo.

—Veinte. Papá murió hace veinte años, cuando yo me fui de casa —dijo Jerónimo marcando las últimas palabras.

—Es verdad —replicó Gabriel—. Fue en la misma época en la que te fuiste a Dinamarca.

Jerónimo sintió una punzada en la conciencia. Apretó los labios y tuvo presente que nunca se despidió de su padre. Le dijo a su hermano Gabriel que estuvo hospitalizado en Copenhague, aunque esa fue una mentira para no ir al entierro. La sola idea de estar en el velatorio, rodeado de familiares que no recordaba haber visto y que lo único que tenían en común era el apellido, le aterraba. Eso y algo más… de lo que no podía hablar.

—¿Y no quieres comprarte un coche nuevo?

Gabriel bufó. Ahora era él quien no quería que Jerónimo se entrometiera en su presente.

Intentó aflojar el cinturón de seguridad. Comunicarse con su hermano era como volver a montar en bici después de muchos años. Con la falta de práctica, se hacía más difícil mantener el equilibrio.

Eva intervino.

—Mi padre ya se lo ha dicho. Hace mucho.

Gabriel puso un poco de música.

—¿Tú estás bien?

Jerónimo acarició su mochila de viaje y asintió varias veces con la cabeza, mientras hacía una mueca que nunca llegó a ser sonrisa.

Miró a través de la ventanilla del coche. Valencia había sido una ciudad de naranjos en las calles y balcones con geranios, pero había sufrido una mutación urbana desde que él emigró. Era una metrópoli en continuo cambio. Los edificios eran más grandes y altos, mostrando una Valencia más segura de sí misma.

Pasaron por la ciudad de las Artes y las Ciencias, un complejo arquitectónico de construcciones imposibles sacadas de una película de ciencia ficción y esparcidas frente al mar. Eran monumentos del futuro: un museo de ciencias, un planetario con forma de ojo humano y un acuario con la mayor colección de fauna marina de Europa.

Cruzaron uno de los puentes del río Turia, ahora convertido en parque después de la riada de 1957, cuando se decidió desviar el cauce del Turia y así evitar futuras catástrofes naturales en el corazón de la ciudad.

—Luis apareció en el aeropuerto por sorpresa —dijo Jerónimo.

—¿Qué quería? —preguntó Gabriel.

—Luis siempre quiere algo, ¿verdad?

Su hermano no respondió.

Jerónimo les contó sobre el cliente, la mujer desaparecida y la llamada al hotel en Copenhague.

—Luis ha visto muchas películas y se cree que la vida real es igual —dijo Gabriel encogiéndose de hombros—. Solo sé lo que sabe todo el mundo, o sea, no mucho. El marido iba al colegio con nosotros y vino a comisaría hace unos días, para denunciar la desaparición de su mujer y su hija de cuatro años. Mis compañeros le tomaron los datos y lo pasaron a la unidad de desapariciones. Yo no estaba.

—¿Y? —preguntó Jerónimo, intrigado.

Gabriel giró al llegar a la rotonda y tomó la derecha.

—Se consideró baja prioridad.

—¿Por qué?

—Es una mujer adulta. Desaparición voluntaria.

—Eso es lo que yo también pensé… —dijo Jerónimo rascándose la barba.

—¿Y la hija? —preguntó Eva.

—Su madre se la llevó —contestó Gabriel confirmando lo obvio.

—Claro… —dijo Eva, mientras acariciaba a su recién nacido.

Llegaron al barrio del Cabanyal, que pertenecía al distrito de poblados marítimos y limitaba al norte con la famosa playa de la Malvarrosa. El Cabanyal era un barrio antiguo de pescadores y tuvo una ubicación ideal para los valencianos de las generaciones anteriores, que quisieron vivir entre la huerta y la playa. En esas calles aún se conservaban las casas de planta baja, con fachadas de colores vivos y los viejos apartamentos de playa.

Jerónimo reflexionó mientras bajaba la ventanilla y respiraba hondo. El olor a salitre era más fuerte cuando soplaba el viento de levante y se paseaba por la ciudad como si tuviera un derecho natural.

—¿Dices que lo conozco? —preguntó Jerónimo.

—Iba al cole con nosotros. Carles Arnau.

—No me suena nada ese nombre.

—El hermano pequeño de Josep.

Jerónimo sintió un pinchazo en el estómago. El olor a salitre cambió por momentos por el olor a polvo de unas vías de tren. Ahora entendía por qué el rostro de Carles le resultaba familiar. No había escuchado el nombre de Josep desde aquel fatídico día. El accidente cobró vida en su memoria y recordó la sangre de Josep en sus manos. La visión era tan clara que se miró las uñas.

—¿Jerónimo?

Parpadeó varias veces.

—¿Sí? —Levantó la mirada.

—¿Sabes de quién te hablo?

—Sí, perdona. He tenido un viaje largo.

—Jerónimo quiere irse a casa y descansar. Como todos. —Eva le acarició el brazo.

Él le sonrió.

—Tú eres la mamá que tiene que descansar y tomar fuerzas.

Hinchó los pulmones con el aire salado de la playa y se dijo que lo importante era el aquí y el ahora. Estar con su familia y su sobrino. Desconectar de Londres unos días y tomar una nueva perspectiva para su futuro. Borró los malos pensamientos del pasado. Estaban tan lejos, que era imposible tocarlos.

—¿Sabes? —Las manos grandes de Gabriel apretaban el volante—. Carles los tiene bien puestos. Murieron: su hermano, su padre y su madre. Y va y monta un negocio y tira para adelante.

«En tiempo récord», pensó Jerónimo.

—¿Has visto el coche de millonario que tiene? —le preguntó a su hermano.

Gabriel levantó más las cejas mientras miraba la carretera.

—Aprovechó la oportunidad y le salió bien el negocio.

Jerónimo dibujó una sonrisa burlona.

—También tiene un cuerpo de gimnasio.

Eva se rio del comentario, pero Gabriel lo ignoró y continuó.

—Carles insistió en que su mujer no desaparecería por voluntad

propia. No le gustó lo que le contamos y se puso un poco bruto.

—¿Cómo de bruto? —preguntó Jerónimo.

—Le metió una hostia a mi compañero y pasó la noche en el calabozo.

—No jodas.

Gabriel asintió con las cejas mientras paraba delante de un semáforo.

—No tenía antecedentes penales, ni denuncias. Pidió disculpas y salió al día siguiente, cuando la juez lo dejó libre.

La expresión de Jerónimo cambió. Decidió darle más detalles de su llamada a Dinamarca.

—Su mujer está hospedada en un hotel en Copenhague —dijo con voz seria y paró unos segundos—, pero él no lo sabe. —Eva se acercó más. Jerónimo se humedeció los labios con la lengua—. Tuve dudas en decírselo.

—Mejor no meterse —dijo Gabriel.

—Tuve mis dudas —repitió Jerónimo.

—¿De qué tenías dudas? —preguntó Eva apoyando la mano en su hombro.

—Pensé que, si su mujer quería comunicarse con él, que fuera ella la que diera el paso, ¿no?

—Hiciste bien —aseguró Eva.

Jerónimo puso su mano sobre la de Eva y le devolvió una sonrisa. Se despidió de ellos y de su sobrino y les prometió pasar a comer juntos al día siguiente.

Su próxima prioridad era darse una ducha y, luego, un paseo por la playa. Escuchó en su cabeza las palabras de Eva "hiciste bien" y se frotó el cuerpo mojado en espuma con más fuerza, mientras se repetía

que había hecho lo correcto.

7

La playa del Cabanyal estaba hecha de arena fina y aguas templadas. En el horizonte, reflejos de plata y oro chispeaban sobre un atardecer de otoño. La brisa salada olía a mar y las gaviotas paseaban por un cielo azul claro, sin nubes.

Jerónimo caminó por el largo paseo marítimo de palmeras y restaurantes con nombre de mujer. Bajaba la temporada de turistas y la tarde estaba tranquila. Habían sido unos días caóticos y las turbulencias en el avión habían puesto la guinda en el pastel.

Abrió la botella de agua, pero estaba vacía. La tiró a la papelera y sacó un paquete de chicles. Masticó y el sabor a menta expandió sus pulmones. Respiró profundamente, mirando el horizonte. Regresar a Valencia le inquietaba. Siempre había alguna excusa para no volver. Se perdió en sus pensamientos y… Uf… Esta vez sería diferente, se dijo. Esperaba que fuera diferente.

Tocó por encima de la tela de la camiseta, el anillo que llevaba colgado del cuello. Jerónimo no era consciente de cuántas veces al día hacía ese gesto. Era un anillo con runas vikingas que le regaló Erik. Por alguna extraña razón, lo llevaba colgado del cuello. Miró su WhatsApp y vio que estaba *online*, pero no le había llamado, ni escrito. Dudó si escribirle que se quedaba unos días en Valencia.

Se quitó las sandalias y se subió el pantalón. Metió los pies en la orilla y fue caminando, distraído en sus pensamientos.

Jerónimo no había renovado su contrato de arrendamiento en el estudio donde vivía y guardó todas sus cosas en un trastero de alquiler. Quería darle una sorpresa a Erik, pero la sorpresa se la llevó él, cuando Erik se quedó sin palabras ante la noticia. ¿No iban a vivir juntos? Los dos coincidieron en que esa era la idea y lo habían hablado; sin embargo, nunca concretaron nada. Ahora que los proyectos de traducción llegaban con menos regularidad, pensó que era una buena forma de matar dos pájaros de un tiro. Por una parte, compartirían gastos y por otra, tendrían una vida en común. Pero el tiro pensó en pegárselo a sí mismo, cuando Erik no reaccionó de la forma que le hubiera gustado.

Ahora estaba claro que la definición de «pronto» era diferente en la cabeza de cada uno de ellos. Jerónimo se sintió ofendido. Más que ofendido, dolido. ¿Se había equivocado? ¿Iba demasido deprisa? Habían pasado ya dos años de relación. Se acercaba a los cuarenta. ¿Cuánto tiempo más tendrían que esperar?

Total, que de la misma forma que Jerónimo salió de la casa de Erik sin haber probado el postre, decidió irse al McDonald's más cercano y meterse entre pecho y espalda un menú gigante. Más tarde se tomó unas cervezas en el pub Comptons en el Soho. Borró las llamadas perdidas de Erik y sacó un billete para el último tren a Oxford. Pasaría la noche en casa de su mejor amigo Christian. Cuando llegó a la estación, el subidón de ira, cerveza y McDonald's se le había pasado y tuvo un bajón. En mitad de la noche, Christian lo recogió en su coche y lo llevó a su casa, una cabaña inglesa, en el pueblo de Burford. Durmió la mona, al cuidado de su viejo amigo.

Christian era danés. Cuando tenía diez años, sus padres se mudaron a Londres, fascinados por los musicales del West End y buscaron trabajo en el mundo del espectáculo.

Trabajó como azafato para la compañía aérea de British Airways, durante muchos años. No había rincón en el planeta, en el que no hubiera puesto un pie. Después de jubilarse, se retiró a vivir a la campiña inglesa.

Su danés era tan bueno como su inglés. Tenía el cuerpo de un vikingo, la elegancia de un caballero inglés y la extraña costumbre de andar con las manos cogidas por la espalda, como si estuviera en un continuo estado de reflexión. Su pelo, todavía abundante y cuidadosamente peinado, era de un rubio plata.

Christian y Jerónimo se conocieron en una reunión social, después de la misa danesa de los domingos. Ir a misa luterana era una excusa para mantener los lazos con su país adoptivo, mientras vivía en Londres. Lo curioso del encuentro era que Jerónimo se había tropezado con Christian mucho tiempo atrás, en el primer vuelo que tomó, cuando se fue de España. Por coincidencias de la vida, se reencontraron años más tarde y se hicieron muy buenos amigos.

Al día siguiente de la borrachera, el olor a beicon y huevos fritos le produjo un cierto mareo.

—Quiero ponerme a dieta —dijo entrando en calzoncillos y camiseta al amplio comedor con cocina abierta.

Christian estaba cocinando, con un colorido delantal, regalo de un novio griego.

—*God morgen* —le dio los buenos días en danés—. ¿Y tienes que empezar justamente hoy? ¿Ahora cuando te estoy preparando unos huevos de aquí, de la granja y un beicon de los mejores cerdos de la comarca? *Really?* —Christian solía hablar con Jerónimo con un popurrí de danés e inglés como si los dos idiomas fueran uno solo.

—Para cerdos, te puedes pasar por el Soho.

Christian bajó la mirada hasta la cintura de Jerónimo.

—¿Quieres un batín?

Jerónimo no terminó de despertar hasta que bajó él mismo la mirada. Se acercó rápido hasta la barra de la cocina americana tapando el cuerpo de cintura para abajo y se sentó en el taburete.

La sonrisa pícara de Christian se acentuó un poco más.

—No te preocupes, las he visto más grandes —dijo y continuó cocinando, de espaldas a Jerónimo, que se puso rojo como un tomate. Christian siguió con la broma mientras le daba la vuelta al beicon—: Y más pequeñas también. Mucho más pequeñas. La mayoría de ellas más pequeñas. Sí, señor.

Jerónimo cruzó los brazos, apoyó la cabeza sobre la barra que hacía de encimera y cerró los ojos. Sentía que un camión le había pasado por encima. En cambio, Christian estaba de buen humor esa mañana.

—Despierta marinero, que hay mucha mar por delante hasta llegar a puerto.

Jerónimo sintió que algo le estaba lamiendo la pierna. Arrastró la cabeza por la mesa, hasta que puso un ojo en el suelo.

Bella lo miraba, mientras movía el rabo, alegre. Jerónimo la acarició. Bella era una perra Terrier de color café y nata. Estaba mayor, pero todavía tenía energía para salir al campo y pasear con su amo. A Christian le gustaba hablar con ella como si hablara con otra persona. Incluso a veces, Jerónimo creía que realmente había un diálogo entre Christian y Bella.

El sonido del plato golpeando contra la barra parecía muy intenso en una mañana de resaca.

—Come —dijo Christian—. Ya te pondrás a dieta cuando te quedes soltero.

—¿Y si ya lo estoy? —dijo Jerónimo oliendo el beicon con cierto reparo.

—Le he dicho a Erik que estás conmigo. Que no se preocupe.

Jerónimo abrió más los ojos.

—¿Has llamado a Erik?

—Me llamó él anoche. Le dije que te quedabas conmigo.

—Vaya…

—Suenas un poco decepcionado. Erik estaba muy preocupado cuando llamó.

—Vaya.

—Y ahora suenas irónico…

Jerónimo terminó de desayunar y dejó el plato en el lavaplatos.

Se sentó en el sofá y miró su correo electrónico. La empresa para la que trabajaba aún no le había mandado los archivos a traducir. ¿Qué proyecto sería esta vez? ¿Un manual de instrucciones de un nuevo tinte para hombres que todavía se sentían jóvenes por dentro? Con él, tendrían poco negocio. Las canas eran canas, y se iban a quedar ahí. No, no había ningún mensaje. Se le acababan los ahorros. El trabajo de traductor era cada vez más esporádico y la mano de obra, más barata.

Christian entró en el comedor, vestido con traje de chaqueta, corbata y una flor en la solapa. Un hombre con una elegancia que solo los años podían moldear. El olor a perfume caro se hacía notar en el aire.

—¿Te casas? —le preguntó Jerónimo.

—Tengo tarde de póker en el pub, con los vecinos del pueblo.

—No quiero pensar de qué te vestirías, si tuvieras una reunión con tu jefe.

Christian sonrió con cara de tener un recuerdo divertido.

—Nada. Cuando quedaba con mi jefe no llevaba nada. Incluso cuando nos pilló su mujer, seguía sin llevar nada.

Más tarde, Jerónimo dio un paseo con Bella por el río Windrush. Un estrecho río inglés de aguas tranquilas, bordeado por hierba húmeda y revuelta y pequeños árboles de ramas ensortijadas.

Después de varias horas de debatir consigo mismo, encendió el móvil. Erik no le había escrito. Claro, sabía que seguía vivo porque se lo chivó Christian. Tenía dos mensajes de su hermano Gabriel. El primero lo mandó ayer: “¿Qué vas a hacer?”; el segundo, esa misma tarde: “Eva ha roto aguas”.

Se agachó y metió la mano en el río. El agua estaba fría. Bella se acercó y parecía cansada. Volvieron a casa de Christian, Jerónimo cogió sus cosas y le dejó una nota:

«El marinero ha reflexionado y… ha decidido embarcar. Gracias

por todo».

* * *

Chapoteó con los pies en el agua de la orilla de la playa del Cabanyal y volvió al presente.

Tomó el móvil y llamó a su amigo Christian para decirle que estaba bien.

—*Jero! Where the fuck are you?* ¡Te he llamado un montón de veces! —La voz de Christian sonaba tan preocupada como irritada.

—Me has llamado tres veces. Te dejé una nota. Ahora estoy en Valencia.

—¿Qué haces en Valencia?

—¿Visitar a la familia? —dijo con ironía.

—¿Visitar a la familia?… —repitió Christian, incrédulo.

—*Yes*. Necesitaba espacio. Además, no quería que te chivaras a Erik.

—¿Chivarme? ¿Espacio? Te vas a un parque si quieres espacio. Te vas de paseo en bici. O te vas en tren y haces turismo por Oxford o Cambridge. Incluso puedes ir a la sauna de Vauxhall, si quieres que te echen otro tipo de viaje, pero no te metes en un avión y terminas en otro país.

—Es Valencia, mi tierra. Me he ido porque mi cuñada ha dado a luz.

—A mí no me engañas, jovencito. Te has ido porque no quieres ver a Erik.

—Erik no quiere verme a mí viviendo bajo el mismo techo.

—Él tiene otra versión. Por eso creo que sería mejor que lo aclaréis. Además, me llamó de nuevo.

—Lo sabía. A mí no.

Christian no dijo nada. Cuando habló, su voz era más cercana.

—¿Cuándo vuelves?

—Volveré pronto.

—Está bien. ¿Qué le digo a Erik cuando me llame?

Jerónimo alzó la mirada y contempló el horizonte. El mar tenía un azul más oscuro y la brisa con olor a sal era más intensa. Ya no estaba cabreado con Erik. Estaba cabreado consigo mismo. Sabía que tenía que haber hablado con él antes de dejar el estudio.

—No le digas nada. Ahora lo llamo yo.

Después de colgar, no llamó a Erik. Le mandó un mensaje.

«Estoy unos días en Valencia con la familia. Hablamos a la vuelta. ¿Ok?»

Hablaría con Erik cara a cara cuando volviera a Londres.

Segundos más tarde, Erik respondió: «Ok».

Media hora más tarde, cuando llegó a casa del abuelo, recibió el último mensaje de Erik.

«*Pas på dig selv*». Cuídate.

8

A la mañana siguiente, Jerónimo salió de la casa del abuelo, con un oso rojo de peluche del tamaño de un globo gigante, que tenía un corazón cosido en el vientre. Era un oso amoroso, de una serie de dibujos animados que veía cuando era niño. Lo encontró expuesto en el escaparate de una tienda de juguetes, cerca de la Plaza de España. Lo vio, le gustó y lo compró. Quizás el oso de peluche era demasiado grande para su sobrino, pero ya crecería.

Había quedado para comer con su hermano Gabriel y Eva. Se fue antes y caminó hasta uno de los bancos de la marina en la playa de la Malvarrosa. Puso al oso amoroso encima, mirando hacia el mar y se sentó al lado. Lo observó y le dijo «hola».

La brisa era cálida, las olas estaban tranquilas y la luz de Valencia tenía una claridad muy diferente a la de Londres o Copenhague. En el cielo, los aviones volaban más bajo. Se acercaban al aeropuerto de Manises y parecía que casi tocaban los veleros que paseaban por las aguas, en la distancia.

Se quitó las sandalias e hizo círculos con el dedo gordo del pie. El tacto de la arena entre los dedos le hacía cosquillas como un niño travieso.

Recordó las tumbonas flotantes y las pelotas de playa; las toallas húmedas y la arena que se pegaba a la piel untada en crema protectora, el táper, las neveras portátiles, pero sobre todo, la tortilla de patatas, los pimientos y las aceitunas.

Volver a Valencia era como abrir la caja de Pandora emocional, llena de vientos del pasado que despeinaban el presente. Pensó en sus padres. Si la muerte de su madre fue dulce y tranquila, la muerte de su padre fue amarga y trágica.

Una voz conocida trajo a Jerónimo al presente.

—Tú también pareces preocupado —dijo Carles, de pie al lado del banco—. ¿Puedo?

Antes de que Jerónimo aceptara, Carles se sentó con cuidado de no

arrugar sus pantalones, quedándose el oso amoroso entre ellos.

Carles llevaba gafas de sol y era curioso que la barba, que parecía haber sido dibujada con un rotulador negro, tenía exactamente la misma longitud que cuando se vieron la primera vez, hace unos días. ¿Le pedía el teléfono del barbero?

—Tu hermano Luis me dio la dirección de la casa de tu abuelo y te encontré aquí.

—Valencia no es tan grande como la gente cree.

Carles observó el enorme oso de peluche que los separaba.

—Mi hermano pequeño ha sido padre —dijo Jerónimo—, pero el oso no es para él, es para su bebé.

Carles sonrió sin sonreír. Una sonrisa difusa que desapareció rápido cuando miró la espuma de las olas acariciando la arena.

—El día antes de la desaparición de mi mujer y mi hija, comimos en ese restaurante de ahí y nos dimos un paseo justo por esta orilla.

Jerónimo acercó el oso hacia él.

—Si has venido para convencerme del viaje a Copenhague, ya te digo que es un no.

Carles levantó la mano como limpiando un malentendido.

—Mi vuelo sale mañana por la tarde. La empresa no puede estar sin mí. Lo estoy dejando todo preparado antes de mi viaje.

Jerónimo relajó los hombros.

—¿Sabe la policía algo más?

—Les conté sobre la llamada al hotel y pasaron por casa. Bueno —añadió marcando más las palabras—, insistí y pasaron por casa. Visita rutinaria. No encontraron nada que yo no supiera. Faltaba algo de ropa.

—¿No te parece raro?

—No. Puede que se la dejase en casa de alguna amiga, o que la tirase si estaba aburrida de ella. Cuando se fueron, guardé todas sus cosas. Entre los libros de texto en español, encontré artículos de periódico de la época en la que se mudó a España. —Se levantó y se ajustó la camisa—. Bueno, tengo que irme.

Jerónimo miró la hora. También tenía que irse pronto, o llegaría tarde.

—Los artículos de periódico son buenos para aprender un idioma.

Carles se quitó las gafas de sol y miró fijamente a Jerónimo. Sus ojos no solo estaban cansados, también estaban tristes.

—Eran todos del mismo tema. El famoso caso de la estafa inmobiliaria que llevó a más de uno a la cárcel.

Jerónimo negó con la cabeza.

—No sé. He pasado tanto tiempo fuera de España, que estoy desconectado de las noticias. —Se escondió detrás del oso de peluche—. Me quedé en las pesetas.

Carles no reaccionó al comentario de Jerónimo, en cambio, apretó la montura de las gafas. Su voz sonó frustrada:

—No soy tonto. La policía piensa que es una desaparición voluntaria, pero yo sé que no. Connie no se iría así por las buenas.

Jerónimo pensó que después de la llamada al hotel confirmando que Connie estaba alojada allí, él no podía estar más de acuerdo con la policía. No quería meterse en problemas maritales y no contradijo a Carles, que continuó hablando.

—Algo me dirán en el hotel cuando vaya. Tiene que haber una razón para que llamara al hotel. Una pista.

Jerónimo no se movió. Tuvo un presentimiento.

Ya de espaldas, Carles se dio la vuelta y sacó del bolsillo una vieja

tarjeta.

—Se me olvidaba. Mira, lo pone en danés: *far* y *mor*. Es la dirección de la casa de sus padres.

¿Por qué reservaría Connie habitación en un hotel? Jerónimo no pudo evitar acercarse. El código postal era de Roskilde y las palabras papá y mamá estaban tachadas varias veces. No había teléfono.

—Nunca conocí a sus padres —dijo Carles—. No se habla con ellos y yo no le pregunté por qué. —Guardó la tarjeta—. Quizás sea el momento de hacerles una visita.

Jerónimo también se levantó. Carles le estrechó la mano.

—A tu hermano pequeño no lo conocí, pero me acuerdo de ti.

Sintió un golpe en el estómago. Parpadeó como si le hubiera entrado arena en los ojos. Carles apretó un poco más fuerte.

—Eras amigo de mi hermano.

Jerónimo se deshizo de la mano. Dos emociones estrangulaban su conciencia: la tristeza y la culpabilidad. Tristeza por saber que Carles creció huérfano de hermano y culpabilidad por haber participado en ese destino.

—Íbamos al mismo colegio —dijo y fingió quitarle importancia.

—Jugabais juntos al fútbol.

—Chavales del barrio.

Antes de darse la vuelta, Carles insistió.

—¿Echas de menos a tus hermanos cuando estás en Londres?

Carles había dado en la diana tocando la fibra más sensible que Jerónimo podía tener en su ser. Intentó ajustar los hombros, pero no pudo.

—Echo de menos a mucha gente —respondió con voz débil.

—Yo también echo de menos al mío. Pienso en él cada día. —Carles se puso las gafas de sol en un intento de tapar su pena—. Debería estar prohibido que los hijos mueran antes que los padres. La vida es muy cruel a veces.

Jerónimo se quedó pensando unos momentos y se acercó a Carles como un imán. Estaban cara a cara. Quería saber algo que siempre se había preguntado.

—¿Cómo sobrevive?…

Carles pareció leer el pensamiento de Jerónimo y se adelantó a su pregunta.

—¿Cómo sobrevive una familia cuando uno de los hijos muere arrollado por un tren?

Un rubor subió por el rostro de Jerónimo.

—Perdona. Hablé antes de pensar…

Carles levantó la mano quitándole importancia. Se quitó las gafas y fijó su oscura mirada en los ojos verdes de Jerónimo.

—Mi padre murió de un ataque al corazón unos años más tarde. Ya estaba jodido, así que la muerte de Josep no ayudó mucho. Mi madre duró un poco más. Nunca creyó al malnacido de Alberto.

Alberto fue oficialmente el único niño que presenció la muerte de Josep.

—¿Y tú? —preguntó Jerónimo.

Carles se puso las gafas como si de un escudo se tratase y bajó la cabeza ligeramente.

—Eso daba igual. Josep no iba a volver. Cuando murió mi madre, me fui unos meses con un grupo de mochileros en un paquete de viaje de tres meses por la India. En el grupo estaba Connie. Todos estábamos escapando de algo y queríamos reencontrarnos con nosotros mismos, haciendo un largo viaje por la India exótica. —Una sonrisa bailó en sus labios y Jerónimo se sintió un poco más ligero—. A

la vuelta ya éramos tres. Tuve mucha suerte. El negocio me vino rodado y, hace unos años: boom… —terminó ahí la frase, se quitó las gafas y la sonrisa se hizo más grande y atractiva—. Se me dan bien los negocios. Sí, se me dan muy bien…

—Me alegro. —Añadió Jerónimo meneando la cabeza. Ahora entendía un poco mejor la historia de Carles. Empezaba a verlo más claro todo. Tenía enfrente a un hombre que había sobrevivido a tres muertes: la de su hermano mayor, su padre y, luego, la de su madre. Seguía de pie. Era alto, guapo y fuerte. Tendría una barba de juguete, ropa cara, unos músculos alimentados en un gimnasio y un coche (vaya que coche…), pero entendía sus razones. Carles era un hombre joven, que no estaba acostumbrado a que la vida le sonriera y, ahora que lo hacía, quería que todo el mundo lo supiese. Lo entendió. Realmente entendió el origen de esa arrogancia, si realmente era arrogancia. Hasta era posible que lo envidiaba un poco. Hasta le pareció sexi. ¿Tenía eso algo de malo? Torció una sonrisa cuando pensó que Carles estaría mejor si no se afeitase el pecho.

Carles cruzó los brazos y marcó la camisa con sus bíceps.

—Me es más fácil hablar con los gais. Sois como las mujeres. Sabéis escuchar.

«Y la acababa de cagar…» pensó Jerónimo y se pasó frustrado la mano por la cara.

—Sí, tenemos dos orejas.

Se acercó más a Carles.

—¿Y si tu mujer no quiere verte?

Carles apretó la mandíbula y los labios y clavó la mirada en Jerónimo. Sus ojos eran más negros. Sacó su móvil y acercó la pantalla hasta Jerónimo. El brazo estaba tenso.

—¿Ves a esta mujer? Mírala bien. Nos hicimos la foto la tarde antes de que desapareciera. ¿Tú crees que esta mujer tuviera planes de dejarme?

Jerónimo pegó los ojos a la foto y vio a Connie por primera vez. Era

realmente hermosa.

La familia estaba sentada en un banco. Carles tenía la espalda recta y llevaba el mismo modelo de camisa en azul claro. Hacía una mueca tonta con la cara. Connie se apoyaba ligeramente sobre el hombro de su marido. Su hija Laura estaba tumbada con la cabeza sobre el regazo de su madre y sus pequeñas manos apuntaban al cielo jugando con unos hilos de colores.

Connie y Laura eran versiones de un mismo molde, pero de generaciones distintas. Tenían cara de muñeca nórdica, con un pelo como hebras de oro sobre una piel color bronce.

Laura llevaba gafas y un parche en uno de sus ojos. Connie sonreía con unos dientes alineados y perfectos. No era exactamente una sonrisa de anuncio. No era una sonrisa falsa, era una sonrisa auténtica, una sonrisa de felicidad. Difícil de describir y también difícil de imitar. Esa sonrisa no se podía fingir. Estaba feliz al lado de su marido.

Jerónimo no apartó la vista de la foto, mientras Carles hablaba más rápido y más alto:

—No ha contactado a nadie. No hay registro. Apareció el móvil en la papelera de un aeropuerto. Algo pasó y lo voy a averiguar. Si se hubiese querido separar de mí, lo hubiera hecho de una forma un poco más inteligente. Connie se llevó a mi hija y huyó de alguien, no de mí.

Había algo cierto en la voz desesperada de ese hombre: cualquier mujer con un mínimo de sentido común no pasaba por la guardería a mitad del día para recoger a su hija, llamaba a un hotel en Copenhague y tiraba su móvil en la papelera de los aseos del aeropuerto. Si era cierto lo que decía Carles de que no había enemigos, ¿de quién huía Connie? Ni siquiera había avisado a su marido. No tenía sentido. Miró las olas y reflexionó unos segundos.

—¿Cuánto me pagarías por ir a Copenhague?

Carles levantó las cejas.

—Lo que tú digas. Lo que tú pienses que es aceptable. Pon tú una cifra —su voz temblaba por momentos.

Jerónimo hizo cálculos y le dio una cifra a Carles.

—Me parece bien. ¿Cuándo irías?

—Cambia el nombre de tu vuelo y mañana por la noche estaré allí.

—Perfecto.

—Casi perfecto.

—¿Y eso?

—Yo pongo las condiciones.

—¿Jugamos con reglas?

—Jugamos con mis reglas —marcó Jerónimo—. Si acepto el trabajo, yo pongo una condición.

—¿Y la condición es?

—Que… si tu mujer no quiere verte, respetaré su decisión y no te diré nada.

—¿Cómo sé que no me tomarás el pelo?

—Porque yo soy un hombre de palabra.

Carles le estrechó la mano otra vez. Jerónimo era grande y fuerte, pero Carles lo era más.

—Si fueras una tía, me pondrías.

A Jerónimo le brillaron los ojos.

—Y si tú fueras gay, también.

Carles abrió la boca, se quedó pensando, pero no dijo nada. Jerónimo le guiñó un ojo.

—Paso mañana por la oficina de Luis y recojo el billete y el cheque.

Jerónimo caminó hasta la estación de metro y pensó cómo decirles

a Gabriel y Eva que se iba a Dinamarca unos días por trabajo. Miró al oso de peluche gigante y se preguntó cuántos peluches necesitaría para aplacar la decepción de Gabriel.

9

Al día siguiente, todo pasó muy rápido. Llamó a Eva, se despidió por unos días y pasó por la oficina de Luis que le entregó un sobre con su nombre. No solo estaba el billete de vuelo, también encontró una foto de Connie, otra de su hija y un dibujo. Luis le dijo que lo pintó Laura en la guardería. Jerónimo desdobló la hoja con cuidado y contempló el dibujo en el que había garabateado, con rayas de colores, un caballero y un dragón decapitado. El caballero tenía una espada y un nombre: «papá».

Luis encendió un cigarrillo.

—Carles es un poco sentimental —le dijo desde la mesa de su despacho.

Jerónimo se quedó callado y lo guardó todo en la mochila. Antes de salir por la puerta, Luis lo llamó.

—Cuando encuentres a Connie, haz lo que quieras si decides no decirle nada a Carles, pero a mí, sí que me lo tienes que decir.

Salió a la calle San Vicente y en una esquina, mal aparcado, esperaba Gabriel en su coche.

—Gracias por llevarme al aeropuerto —le dijo Jerónimo.

—Eva insistió.

Jerónimo se encogió más en el asiento. Después de varios minutos, Gabriel habló.

—Te vas antes de llegar.

—A Eva no le importa —se defendió Jerónimo.

Gabriel lo castigó con su silencio durante unos minutos más. Estaba concentrado en la carretera y su mirada seria era también de enfado.

Jerónimo tomó aire.

—Gabi, serán unos días. Carles paga bien.

—Carles te está tomando el pelo. Su mujer se llevó a su hija y lo dejó tirado.

—Eso tú no lo sabes. Que sea ella la que me lo diga. Si no quiere verlo, no le diré nada. Ese es el trato.

—Tú crees que todos juegan con tus mismas reglas.

Jerónimo apretó el asa de la mochila.

—Pues tú también sigues las reglas al pie de la letra.

—Yo seguiré las reglas al pie de la letra, pero tú sigues las tuyas propias y Carles…

—¿Carles qué?

—Carles es como Luis. Solo siguen las reglas que están obligados a seguir para no meterse en líos. No juegan limpio.

—Luis nos quiere.

—Bah.

Jerónimo bajó del coche y le prometió a Gabriel que volvería en unos días. Que estarían en contacto. Porque Jerónimo era un hombre de palabra y cumplía lo que prometía. Eran las reglas de su propio juego.

10

Unas horas más tarde y rumbo al norte, Jerónimo aterrizaba en Kastrup, el aeropuerto de Copenhague. Esa noche vería a Connie y le pasaría el mensaje de Carles. Que fuera ella la que decidiera qué hacer. Bastante tenía él con Erik, como para meterse en problemas maritales ajenos. Y eso también incluiría a Luis. Jerónimo seguiría sus propias reglas.

Cuando salió del avión, el cielo encapotado y el fuerte viento del mar Báltico le dieron la bienvenida. Se subió la cremallera de la sudadera, agarró su mochila de viaje y siguió las luces indicadoras. Por alguna extraña razón, el frío le hacía sentirse más en contacto consigo mismo.

Dinamarca era el país más al sur de todos los países nórdicos. Un país pequeño, plano, muy oscuro en invierno y de luz cegadora en verano. Húmedo y frío. Con un puñado de algo más de cinco millones de daneses, era considerada la nación más feliz del mundo. De los años que Jerónimo vivió en Copenhague, no tuvo la suerte de encontrarse con tanta gente feliz, sobre todo cuando tenían que pagar casi la mitad de sus sueldos como impuestos al estado danés y celebrar muchas veces sus fiestas dentro de casa. A nadie se le había ocurrido añadir a esa estadística, que también poseía uno de los mayores niveles de consumo de alcohol.

Ese dato tampoco era una realidad que hubiera vivido Jerónimo. Tenía un cariño y un vínculo especial con este país que, más que un refugio para esconderse durante muchos años, había sido su hogar. Sus hermanos y su madre nunca entendieron por qué emigró de repente a este país tan diferente de España, y Jerónimo tampoco podía contárselo.

Tomó el tren Øresundstog, que venía de la ciudad sueca de Malmø, atravesando el puente Øresund, hasta la estación central de Copenhague, Hovedbanegård. Se sentó entre daneses y suecos. El danés era su segunda lengua, el sueco lo entendía a trozos como un español entendía a un italiano. Danés y sueco eran lenguas hermanas, pero con una musicalidad muy diferente. Si no, que le preguntasen a un sueco cuando intentaba mantener una conversación con un danés

con dos copas de más.

Llegó a la estación central de Copenhague, Hovedbandegård. Subió las escaleras eléctricas y contempló el reloj colgado en el centro del vestíbulo, icono de la estación y punto de encuentro de miles de daneses.

Giró a la izquierda, atravesó la estación y bajó las escaleras que daban a una de las entradas. Sonaba música clásica y si se hubiera quedado diez minutos más, hubiera oído la misma sinfonía repetida. La tocaban una y otra vez, como la mejor opción para ahuyentar a los mendigos que, asqueados, buscaban otro lugar para mendigar.

La acera estaba llena de bicis mal aparcadas y superpuestas o apoyadas unas en otras. Era el medio de transporte de los daneses por excelencia. Lloviera, nevase o hiciera viento, un danés nunca abandonaría a su caballo con ruedas.

Entró en la calle de Istedgade. Los edificios eran centenarios, pero bien conservados. De cinco alturas y construidos todos conforme al mismo plano arquitectónico. Ventanales con forma de cruz y fachadas lisas, pero de diferente color: crema, blanco, gris o marrón. La calle olía a fritos y comida para llevar. La luz de los escaparates era más fuerte que las tibias luces de las farolas. Había empezado a llover. Jerónimo aceleró el paso y bajó la calle hasta que encontró el hotel Valdemar a mano derecha.

Paró unos segundos. En la esquina había tres prostitutas negras con abrigos de colores llamativos. Daban pequeños pasos en círculo, mirando a todas partes, pero sin prestar atención a nada en concreto, mientras giraban coquetas un paraguas con los colores del arcoíris. Estas mujeres habían reemplazado a las prostitutas de origen asiático que estaban allí, la última vez que Jerónimo caminó por esta calle. Y esas, a su vez, también les habían quitado el puesto a otras que venían de la Europa del Este, a las que Jerónimo vio cuando pasó por primera vez por allí. Era triste ver esa imagen casi en blanco y negro en una noche fría y húmeda. La prostitución era un mercado como otro cualquiera, donde la oferta cambiaba en función de la demanda.

Se rascó la barba. El hotel en el que se hospedaba Connie con su hija no era uno de los más glamurosos de Copenhague. La pintura de

la fachada se desconchaba y encima de la entrada colgaban del marco banderitas americanas, noruegas y danesas, dando la bienvenida a los huéspedes. Extraña combinación.

La pared frontal de la recepción estaba literalmente empapelada con retratos de actores y actrices de la época dorada del cine americano y fotos firmadas por actores más contemporáneos del cine danés. La actriz danesa, Sofie Gråbøl, ocupaba un lugar especial. Un día, entró en el supermercado en que Jerónimo trabajaba en sus años universitarios y la saludó. Sofie fue la detective protagonista de una serie de crimen danesa, tan popular que los derechos de emisión fueron comprados por la BBC y la serie se emitió en los bloques de alta audiencia en el Reino Unido. Tuvo un éxito sin precedentes. Que un británico leyese subtítulos era como pretender que un vegetariano comiera carne.

Se acercó a recepción.

Un hombre mayor con cuerpo macizo pasaba las páginas del periódico Berlingske. Jerónimo se inclinó despacio. Su primer trabajo al llegar al país fue de repartidor de ese periódico casa a casa antes del amanecer. Una bici de segunda mano y un palmo de nieve en una urbanización perdida en el campo en la zona de Roskilde.

Le dio las buenas noches al recepcionista.

—*God aften*.

El recepcionista dejó el periódico a un lado. Era un hombre mayor de cara redonda y decorada con un mostacho teñido y unos ojos pequeños pero amables. Un peluquín demasiado oscuro para una piel tan blanca, le daba un aire de franciscano.

—Usted dirá.

Jerónimo puso el móvil encima de la recepción y le dijo con voz frustrada:

—Necesito ver a una huésped de su hotel. Su nombre es Connie Nielsen.

Fue lo primero que se le ocurrió.

El recepcionista lo miró y luego observó el móvil apagado. Antes de que hiciera preguntas, Jerónimo continuó.

—Aún no he cenado. —Sabía que no tenía mucho sentido.

El recepcionista abrió más sus pequeños ojos amables y asintió como si entendiera toda la situación. Jerónimo y Connie habían quedado supuestamente para cenar y el móvil no le funcionaba.

—¿Connie Nielsen?

—Sí, Connie Nielsen —confirmó Jerónimo sin mover un solo músculo de la cara.

El recepcionista tecleó en el ordenador usando el dedo índice, grueso como una salchicha danesa. Jerónimo respiró hondo. Tuvo suerte de que no le mencionara nada sobre la política de privacidad y todo ese rollo que el encargado le dijo la última vez por teléfono. No hubiera sabido qué responder.

—¿Connie Nielsen? ¿No es una actriz famosa?

Jerónimo miró la hora.

—Aún no la he visto en la televisión.

—No. En el cine. Una actriz de cine.

Se encogió de hombros. Le dolían los oídos del vuelo y tenía dolor de cabeza.

—C-o-n-n-i-e N-i-e-l-s-e-n… —Tecleó despacio letra por letra en el ordenador.

Si el recepcionista repetía una vez más el nombre, Jerónimo le arrancaría el peluquín.

—No —dijo seco.

—¿No qué? ¿No está? ¿No ha llegado todavía? ¿Se ha ido?

—No tenemos registro de ningún huésped con nombre de actriz

famosa. Cenará solo esta noche.

Jerónimo parpadeó.

—¿Está seguro?

El recepcionista asintió.

—Su compañero me confirmó que estaba aquí cuando llamé —su voz tenía un tinte de duda.

—Tiene que ser un malentendido —dijo el recepcionista.

La expresión de Jerónimo se agrió. Se preguntó cuántas veces había escuchado a un danés utilizar la palabra *misforståelse* (malentendido) para justificar una incompetencia o evadir una responsabilidad.

—Insisto en que hablé con su compañero por teléfono y me confirmó que Connie estaba aquí hospedada. —Giró la cabeza a los lados—. ¿Este es el hotel Valdemar?

El recepcionista abrió más sus pequeños ojos.

—¿Mi compañero le dijo tal cosa?

Jerónimo intentó recordar el nombre.

—¿Lars?

El recepcionista negó con la cabeza.

—¿Søren?

Y volvió a negar.

—¿Mikkel? ¿Viggo?

—¿Magnus?

—¡Sí! Magnus.

El recepcionista levantó despacio las manos y torció la cabeza.

—Magnus no trabaja hoy.

El entusiasmo pasó a la frustración.

—Me confirmó que Connie Nielsen estaba hospedada en el hotel.

—Suena usted como un fan obsesionado.

Jerónimo cruzó los brazos, irritado.

—¿Podemos solucionar el "misforståelse"?

El recepcionista forzó una sonrisa congelada, típica de su profesión y el mostacho pareció vibrar unos segundos.

—Deje que haga una llamada. —Descolgó el teléfono—. Magnus, hay aquí un caballero que quiere hablar contigo… No, no creo que el señor tenga que esperar a que termines de comer. Ni siquiera él ha cenado todavía. —Colgó—. Ahora viene. Está en prácticas. El hotel le da alojamiento…

Jerónimo bostezó.

—Parece cansado. Siéntese —le ofreció el recepcionista.

Se sentó. Pensó en Gabriel, en Eva y el niño.

Minutos más tarde bajó por las escaleras un chico alto y con la frente salpicada de granos. Tan alto que tenía la nuca un poco encorvada hacia delante, como si hubiera pegado un estirón demasiado rápido y todavía no estuviera acostumbrado al tamaño de su cuerpo de adulto. Llevaba una sudadera con las iniciales U. S. A. y unos pantalones de pijama. Al sonreír, mostró un aparato de ortodoncia.

Jerónimo se levantó.

—Vengo de España y hablé contigo hace un par de días. ¿Te acuerdas?

—¿Ha venido de España? —dijo con expresión boba.

—Pregunté por una huésped, Connie Nielsen. Me dijiste que no podrías confirmarme si estaba hospedada aquí y me pasaste la llamada a tu jefe.

—No me dejan dar información de los huéspedes.

—A mí tampoco —dijo el recepcionista mayor, que miró al techo y se quedó pensando unos segundos—. Connie Nielsen es el nombre de una actriz danesa famosa.

Jerónimo se concentró en el joven recepcionista.

—Te dije que tomaras nota y le dejases un mensaje a Connie y me dijiste que sí. Me dijiste que sí —repitió con más intensidad.

El joven miró al suelo y luego a Jerónimo:

—Y colgaste.

—Tenía prisa. ¿Es verdad que está aquí?

—No.

A Jerónimo le dolía la cabeza y estaba irritado, muy irritado.

—Me dijiste que le ibas a pasar mi mensaje a Connie Nielsen, ¿pero ella no está en el hotel?

—Estoy en prácticas. Estoy aprendiendo.

—¿A decir la verdad?

—El cliente siempre tiene la razón.

—No me jodas, Magnus. —Jerónimo se mordió el puño—. Perdón.

Las mejillas del joven subieron de color.

—Me puse nervioso y… no supe qué decir.

Jerónimo levantó la cabeza, se tapó la cara con las manos y respiró hondo. «Vaya viaje», se dijo. Mejor respirar que pegar un grito.

—¿Quiere un vaso de agua? —le preguntó el recepcionista mayor.

—Quiero un vaso de algo más fuerte —respondió Jerónimo con sarcasmo.

«La cosa se complica», pensó. Cogió el vaso que le ofreció el recepcionista y le dio un buen trago. Tosió. La garganta le ardía.

—Ginebra —confirmó el recepcionista mayor mientras cogía el vaso de vuelta—. Connie nunca se hospedó en nuestro hotel.

—Sí que llamó e hizo una reserva —añadió el joven recepcionista.

—¿Qué más? —carraspeó Jerónimo.

El joven metió las manos en la sudadera e inclinó más la cabeza.

—Bueno, no me acuerdo exactamente cuándo llamó. Le tomé los datos y reservó habitación para ella y su hija, para cinco noches.

—¿Te dijo algo más?

El joven negó nervioso. Se quedó pensando.

—Lo que siempre se pregunta. Le dije que si pagaba con tarjeta o en efectivo. Me dijo que pagaría en efectivo. También le pregunté la hora de llegada. No lo sabía. Dijo que volvería a llamar cuando supiera a qué hora aterrizaba en Kastrup.

—Y no volvió a llamar.

—¿Cómo lo sabe?

Jerónimo intentó tragar, pero tenía la garganta seca.

—Porque su móvil apareció en el cubo de basura del baño de mujeres del aeropuerto de Valencia.

Los dos recepcionistas abrieron más los ojos, pero no dijeron nada.

—¿Pueden traerme un vaso de agua, por favor? Necesito agua —pidió Jerónimo.

—Enseguida. —El recepcionista mayor se movió deprisa con pasos cortos y le trajo agua.

—¿No te dijo nada más? ¿Algún dato? Lo que sea —preguntó Jerónimo mientras sostenía una jarra de cerveza llena de agua.

Magnus miró a la nada.

—Recuerdo que seguí el protocolo.

—Y se os da muy bien seguir las normas del hotel… Perdona. Continúa por favor. —Y dio un largo trago al agua.

—Me preguntó con cuánto tiempo antes nos tenía que confirmar si quisiera quedarse más días en el hotel. Le dije que no podía asegurarle nada, pero que estábamos en temporada baja y que posiblemente no sería ningún problema.

—Déjeme que mire el libro de entradas —intervino el recepcionista mayor—. Quizás haya anotado a mano algo que no tengamos registrado en el fichero del ordenador.

Jerónimo apretó la jarra con agua; sin embargo, la esperanza duró poco, hasta que el recepcionista mayor negó con la cabeza y dijo:

—Solo está registrado el cuestionario que le hacemos al ayuntamiento para los turistas que visitan Copenhague.

—¿Y eso qué es?

—Tiene la opción de poner si la visita es por negocios o por placer.

—Me dijo que por placer. Visita familiar —añadió Magnus.

«Bingo», pensó Jerónimo. Ahora sabía dónde estaba Connie y su hija. Se bebió de un trago toda el agua mirando el fondo de la jarra y vio luz a través del cristal, como el final de un túnel.

Dejó la jarra encima de la recepción y dijo:

—¿Podría reservar una habitación para esta noche?

11

Jerónimo se registró en el hotel por una noche y fue a dar una vuelta. Estaba inquieto y tenía hambre. Había dejado de llover y solo quedaba una prostituta en la esquina. Ella lo miró, Jerónimo le sonrió y siguió caminando. Istedgade se hizo famosa a finales de los sesenta porque Dinamarca fue el primer país en el mundo en legalizar la pornografía y esta calle en comercializarla.

Pasó por el *sex shop* Plan E. Seguía teniendo el mismo aspecto de lugar viejo que hacía veinte años, cuando pasó por primera vez buscando trabajo. Un hombre maduro con ojos curiosos rondaba por la puerta. Pretendía esperar a alguien que no llegaba. Miró a Jerónimo y Jerónimo lo miró a él con expresión de heterosexual ofendido y coló. Espantó al hombre de ojos curiosos, que siguió andando en dirección contraria a la de Jerónimo.

A mitad de la calle llegó al restaurante Konya Kebab, una de las mejores shawarmerías de Copenhague. Entró, saludó, pero no le saludaron de vuelta por su nombre. Hacía tiempo que no iba por allí a comer. Pidió un *durum* de shawarma y lo devoró no solo por hambre, sino también por ansiedad.

Releyó el mensaje de Carles, pensando qué responder:

«¿Has hablado con Connie?».

Se limpió las manos con una servilleta.

«No están en el hotel».

Pasaron unos segundos.

Carles estaba respondiendo a su mensaje.

Paró.

Volvió a escribir, pero al final no hubo respuesta.

Contempló las brasas al rojo vivo. Connie llegó al aeropuerto de Manises con su hija, se deshizo del móvil y se metió en un avión con

destino a Copenhague. No quería dejar rastro de su huida. Carles afirmó que ni él ni su mujer tenían enemigos y además, que su matrimonio marchaba a las mil maravillas.

En el hotel le confirmaron que Connie había reservado habitación para ella y su hija para cinco días, con la intención de alargar su estancia, pero que nunca llegó.

La pregunta era, ¿de qué huía Connie?

Sacó la cartera. Doblado entre las tarjetas de crédito estaba el cheque de Carles. Si no había enemigos, ¿huía Connie de su marido? Observó la foto de familia que Carles le mandó. Se fijó en la sonrisa de Connie. Reflexionó. Su instinto le decía que no. No huía de su marido. Pero entonces, ¿qué motivo tan fuerte tenía de desaparecer? Además, si hubiera dejado a su marido para volver a su país, eso no explicaría que no llegase al hotel.

Jerónimo tomó una decisión.

«¿Quieres que visite a sus padres?».

Carles respondió inmediatamente.

«Quiero que muevas cielo y tierra».

Acto seguido, recibió una foto con la dirección de la casa de los padres de Connie. La amplió. Tenía escritas en danés las palabras de mamá y papá, *mor og far*, pero tachadas. ¿Estaría Connie con sus padres? Era la única pista que tenía.

Se ajustó la camiseta y se terminó la bebida. Antes de salir, pidió otro *durum* de shawarma para llevar y un refresco de cola. En la calle hacía frío. Había bajado la temperatura en menos de una hora. Volvió con paso ligero al hotel. Eran casi las once de la noche y tenía que descansar. El día siguiente, por la mañana saldría de camino a la ciudad de Roskilde para visitar a los padres de Connie. Sería lo más obvio que una hija se quedase con ellos y eso explicaría por qué nunca llegaron al hotel.

De vuelta buscó a la prostituta. La esquina estaba vacía. Miró la bolsa con el *durum* de shawarma. El olor a carne a la brasa ya no le

parecía tan apetecible. La tiró a un cubo de basura. Pasó la noche dando vueltas sobre un enorme colchón, demasiado blando para su espalda. Se hacía viejo. Sintió pesadez en el estómago, pero no solo por la comida. Estaba preocupado.

12

Jerónimo se levantó temprano y salió del hotel con dirección a la estación central. Visitaría a los padres de Connie en Roskilde. «¿Qué mejor lugar para encontrar refugio, que en casa de los padres?», pensó Jerónimo. Era su única pista.

Al final de la calle de Istedgade había una panadería en la esquina, antes de entrar en la estación central. Compró un café con leche, largo y se acercó a la vitrina. Sus ojos bailaron entre tanta bollería danesa. El *wienerbrød*, o pan de Viena, como lo llamaban curiosamente en danés, era el pastel típico de Dinamarca, con mil formas distintas. La dependiente miró a Jerónimo, impaciente, con las pinzas en la mano. No sabía cuál elegir de sus favoritos: el *chokoladebolle*, bollo con chocolate por encima y crema por dentro, o el *kanelsnegle*, un caracol de canela. Apuntó con el dedo a uno, pero terminó pidiendo los dos. El día podría ser largo y se prometió salir a correr unos kilómetros por la tarde.

El tren a Roskilde tardaba cuarenta minutos. Entró en el vagón y buscó un sitio tranquilo, aunque ahí la tranquilidad la tenía asegurada. Como buena práctica social, el danés siempre buscaba el asiento más alejado si no conocía a la gente con la que viajaba. Se podría pensar que eran unos hurones. Jerónimo sabía bien que era más una cuestión de timidez social y de mutuo respeto.

Se sentó al lado de la ventana y preparó su desayuno alto en cafeína, azúcares y grasas saturadas. Cuando llegó por casualidad a Dinamarca, pasó su primer año en un pueblecito cerca de Roskilde, llamado Viby Sjælland. Compartía habitación con un estudiante de intercambio. Una habitación pequeña y un estudiante ruidoso.

Sus primeros viajes en tren a la capital fueron por trabajo. Los domingos, muy temprano, limpiaba pubs en el centro de la ciudad. Dio un tragó al café y un mordisco al caracol de canela. Pensó que había cosas que perduraban en Copenhague. Otras que no. Ya fueran buenas o malas. El café no era el mismo que bebía hace años, pero estaba bueno. El pan vienés era aún mejor, pero el recuerdo no tanto.

El tren pasó por pueblos diminutos y granjas con más vacas y

cerdos que habitantes. Paró a medio camino por Høje Taastrup, donde a muchos daneses les gustaba pasar el fin de semana en Ikea. Hacían peregrinación siguiendo las flechas indicadoras por los pasillos de la macrotienda de muebles baratos y se daban una pausa a mitad de camino para almorzar bolas de carne en salsa, en el restaurante. Todos terminaban el itinerario comprando algún cacharro de diseño para la cocina o una lámpara de papel de arroz.

El tren paró en la estación de Roskilde y Jerónimo tuvo un cosquilleo. Intuía que estaba cerca de algo, pero no sabía bien de qué. Sacó el móvil y buscó la dirección de la casa de los padres de Connie con el GPS. Tardaría solo quince minutos. Se rascó la barba y se echó a caminar. Siguió el mapa y bajó la calle a la derecha, bordeando el parque de Østre Kirkegard. Olía a hierba húmeda, rosas, tulipanes y pensamientos. De fondo se oía el timbre de las bicis al pasar. Las nubes todavía no habían tapado el sol y el día se presentaba prometedor.

Cruzó la acera y levantó la vista. Allí estaba la casa de los padres de Connie, situada en una bonita calle del extrarradio de Roskilde. Tenía dos niveles, un pequeño jardín frontal y otro más extenso en la parte de atrás.

En el jardín había un arenero, en el que jugaba un niño en pañales y una niña de unos cinco años, con trenzas rubias. La niña le daba instrucciones al niño pequeño de cómo construir un castillo, mientras él le pegaba golpes alegres con la pala al cubo de arena.

El corazón se le aceleró cuando la vio. Se acercó más. Buscó en su móvil y cotejó la foto de Laura con la niña jugando en la arena. No tenía gafas, ni un parche en el ojo, como Laura. El parecido era solo en el color rubio del pelo. Sacó el dibujo que había hecho para su padre. Un dragón decapitado por un caballero. «Papá». Apretó los labios.

La niña paró y miró a Jerónimo con unos ojos grandes azul cristal. De la nada, como una leona escondida, apareció una mujer a través de la ventana. «Sería la madre», pensó Jerónimo. La saludó. No era Connie. Ella echó las cortinas. Él levantó el móvil y fotografió la casa. Visto y no visto, aquella mujer salió dando pasos largos.

—Usted no puede hacer fotos de mi casa —dijo mientras cogía a su hijo de los brazos. La hija mayor se enroscó en la pierna de su madre

observando curiosa a Jerónimo.

Se quedó quieto.

—Tiene una casa muy bonita —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Usted no es de aquí. —Retrocedió ligeramente con el niño en brazos.

—No. —Levantó las manos—. Soy de España.

La madre lo observó unos segundos y su postura se relajó.

—La catedral de Roskilde está en la otra parte —comentó, confundiéndolo con un turista.

Jerónimo estiró el brazo y le mostró el móvil con la foto de la dirección de la casa de los padres de Connie.

—Estoy buscando a la familia Nielsen. ¿Viven aquí?

La madre dejó a su hijo en el suelo e indicó a su hija que fuera a jugar en la arena con su hermano. Se acercó más a Jerónimo y releyó la dirección de la tarjeta.

—Yo soy la dueña de esta casa. ¿Es usted periodista?

—No. Estoy buscando a la hija de la familia Nielsen. Desapareció hace unos días.

—¿Detective?

Jerónimo sonrió con los ojos.

—Mas o menos. Traductor en paro.

La mujer relajó el rostro.

—De ahí su acento…

—Sí, de ahí mi acento.

Se acercó más a Jerónimo.

—¿En qué puedo ayudarle?

Dejó la mochila en el suelo.

—La hija de la familia Nielsen está casada con un español y su marido la está buscando. Desapareció con su hija de cuatro años, hace unos días. Solo tengo esta dirección de la casa de sus padres.

La mujer cogió el móvil y miró la pantalla.

—Tiene tachado «papá» y «mamá».

—Es una tarjeta vieja. —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Hay otra calle en Roskilde con el mismo nombre?

—No, que yo sepa. Nos mudamos a esta casa hace unos seis años.

Jerónimo chasqueó los dedos. Se le ocurrió una idea.

—¿Y los antiguos dueños?

La mujer respiró hondo, con la vista puesta en el suelo.

—Recuerdo que… bueno, no le puedo decir mucho. No sé dónde viven. ¿Quizás algún vecino le pueda decir algo?… —Le devolvió el móvil a Jerónimo y cruzó los brazos—. ¿O quizás la agencia que hizo el trámite de la venta de la casa? Esa sería la mejor opción.

—¿Se acuerda del nombre?

—Sí. La agencia se llama Hensrik, está enfrente de la tienda Seven-Eleven en la calle de la estación. ¿Sabe ir?

—Viví por la zona hace muchos años.

Se puso la mochila a las espaldas.

—¿Dice que tenían una hija? —preguntó la mujer.

Jerónimo asintió.

—Connie Nielsen. Tendría veintipocos años.

La mujer se pasó la mano por el pelo.

—No recuerdo a ninguna hija.

—¿Conoció a la familia?

—Solo hablé con la mujer cuando vinimos a ver la casa. —Se tocó los labios—. Era alta y delgada, un poco rara. Solía llevar una caja con polvos de maquillaje. Decía que era una actriz retirada o algo así.

—¿Solo ellos?

—Sí. Nos dijo que la casa se les había hecho muy grande y querían mudarse a una más pequeña, que solamente tuviera planta baja. Su pobre marido estaba en silla de ruedas.

Jerónimo se mordió el labio. Había algo que no encajaba.

La mujer lo miró intrigada.

—¿Está seguro de que busca a la familia Nielsen?

Jerónimo no supo qué responder.

13

Jerónimo caminó en dirección a la inmobiliaria. Cada paso se le hacía más pesado. Todo ese asunto tenía cada vez menos sentido.

Connie reservó habitación en un hotel en Copenhague, pero nunca llegó y la única pista que tenía era la dirección en una vieja tarjeta, con los nombres de «papá» y «mamá» tachados. ¿Tachados? ¿Por qué volver a Dinamarca si no quería ver a sus padres? Además, la casa perteneció a una familia sin hijos. ¿Era esa la antigua casa de los padres de Connie? No tenía sentido. ¿Dónde se escondían, ella y su hija?

Cerró los ojos, se frotó la cara y trató de reestructurar toda esa información. Y le dio vueltas y vueltas a la misma idea. No podía ser otra. Connie no dejó a su marido. Huía de algo. Un algo demasiado peligroso para involucrarle.

Tragó saliva. Esto no tenía muy buena pinta.

¿Qué le iba a decir a Carles?

El billete de vuelta a Valencia era para el día siguiente. Se lo pasó de una mano a la otra. Lo dejó en el aire. Lo miró otra vez y finalmente lo guardó.

Tomó una decisión con todas las consecuencias. No podía irse. Le había prometido a Carles encontrar a su mujer y a su hija.

Apagó el móvil. No le iba a mandar ninguna foto. No le iba a contactar hasta que no tuviera algo claro. Además, Carles no le podía ayudar. Estaba solo.

Llegó hasta la inmobiliaria Hensrik, un edificio blanco de dos plantas, con pequeños toldos, blancos también. En cada ventanal había la misma maceta con un cactus diferente.

Se dijo que tenía que jugar bien sus cartas y averiguar la nueva dirección de la familia Nielsen.

Antes de entrar, pasó en frente por la tienda Seven-Eleven y se

compró un batido de chocolate *cocio*. Era el mejor batido de chocolate del mundo. Esa marca no estaba en Londres y la calidad del batido de chocolate en España era para ponerse a llorar. Hacer batidos de chocolate con leche pasteurizada era un crimen. El batido venía en bote de cristal con el logo de la marca y la tapa amarilla. Pasó la mano por la mochila que tenía colgada a la espalda y notó las zapatillas de correr, limpiando así un poco la mala conciencia. Había que ser positivo y el batido de chocolate *cocio* era el mejor sustituto de algo que ya no practicaba tan a menudo: el positivismo.

Entró con el pie derecho.

Una mujer de mediana edad escribía en el ordenador.

Jerónimo le mostró una de sus mejores sonrisas y le dio los buenos días.

—*God morgen*.

La agente de la inmobiliaria paró y lo miró de arriba a abajo, con curiosidad.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

Aquella mujer tenía la piel bronceada por los rayos uva, tirando más a un tono zanahoria que moreno, el pelo teñido de oscuro y los labios pintados en ocre. Los ojos de danesa no los podía ocultar. Eran azules pálidos.

—Estoy buscando la dirección de unos propietarios —dijo Jerónimo—, que vendieron su casa a través de su agencia, hace unos años.

La sonrisa se transformó en confusión.

—¿Perdón?

—Los propietarios tenían una hija. Su marido la está buscando. El caso está denunciado por la policía en España y… quizás los padres podrían dar una pista del paradero de su hija.

La agente abrió la boca, pero no dijo nada.

Jerónimo continuó.

—La única pista que tengo es la dirección de su antigua casa. La de los padres. Vengo de hablar con la dueña, que me dijo que la venta se hizo a través de su agencia. ¿Podría conseguirme la dirección?

La agente levantó las manos como si quisiera desenmarañar una madeja de lana.

—¿Me lo puedes repetir?

Jerónimo se lo volvió a explicar, esta vez, más despacio.

—¿Y tú eres?

—Su marido me contrató.

—¿Detective? —preguntó con interés.

—No, traductor en paro.

Jerónimo tuvo un momento *déjà vu*.

—¿Y tu acento?

—Español.

La agente de la inmobiliaria se inclinó sobre la recepción, con cierta coquetería. Tenía expresión de haber escuchado una palabra mágica: español.

—Me encanta España. La gente, la comida, el clima, la sangría, el jamón… —Movía las manos en círculos con cada cumplido—. Iba a España con mi marido todos los veranos. Y también en Pascua. Bueno, mi exmarido. Nos quedábamos en la playa de Roque Roque…

—Roquetas de Mar —le corrigió Jerónimo. Otro momento *déjà vu*.

—Me encanta la paella.

—La paella es de Valencia, no de Almería.

—Me encanta —repitió mientras jugaba con los dedos.

Un par de *déjà vu*, un estereotipo y una confusión interregional gastronómica. ¿Qué mejor que sacar la guitarra española y ponerse a cantar?

Jerónimo sabía cómo jugar las cartas con los estereotipos. Presionó la barriga contra el mostrador y con la presión estiró la camiseta hacia abajo, mientras se acercaba más a la mujer. A ver qué danés competía con su genética mediterránea. Dejó que el verde de sus ojos brillara más.

—¿Si te cocino una paella, me das la dirección?

La recepcionista le sonrió ruborizada.

—Soy nueva, aunque no lo parece —dijo con ironía—, pero por ser español, déjame que pregunte. —Y le guiñó un ojo—. Por preguntar no pierdes nada.

Definitivamente, Jerónimo estaba preparado para sacar la guitarra y ponerse a cantar por bulerías.

La agente de la inmobiliaria se acercó a un agente más joven que ella y le susurró al oído como si hubiera algo más que confianza entre ellos.

El joven agente se levantó de la silla. Su altura imponía. Tenía barba rubia, escasa y mal recortada. Llevaba una camisa blanca remangada y del cuello le colgaba una réplica en miniatura del martillo de Thor. Un toque desenfadado, pero formal. Jerónimo se olvidó de la atractiva agente y se quedó mirando al joven vikingo, que le preguntó:

—¿Roquetas de Mar?

—Un poquito más al norte —respondió con sonrisa irónica, sin estar seguro de que el joven danés la hubiera entendido, a menos que tuviera un mapa de España y le explicara la broma.

—Los padres de mi novia tienen un apartamento allí.

—Hacen unas paellas fantásticas —añadió Jerónimo.

El agente de la inmobiliaria lo invitó a sentarse y le preguntó por la razón de su visita. Jerónimo le mostró el móvil con la foto de la tarjeta con la dirección de la casa.

—Su hija Connie está casada con un español. Hace varios días que desapareció con la hija de los dos. El marido me contrató para encontrarlas.

«Y no, no soy detective», pensó. «Soy traductor en paro».

El joven agente movió despacio la cabeza.

—Es que esa información…

—Lo sé. Es confidencial. Es política de la agencia. No estás autorizado. Tendrías que preguntarlo. —Puso las palmas encima de la mesa y se acercó más al joven vikingo—. El caso está denunciado ante la Policía en España. Ellos también tienen un proceso burocrático, pero eso no nos va a ayudar a encontrar a Connie y a su hija. —Cogió aire —. Su marido está cada vez más desesperado.

El joven agente bufó.

—¿Tan serio es?

Jerónimo cerró los ojos, apretó los labios y asintió. Sabía que estaba exagerando un poco.

—No sabemos si están vivas.

La boca del agente formó una «O». Ajustó la silla de la oficina y respiró hondo.

—Recuerdo que la madre era…

—Actriz retirada.

—¿Y el marido estaba en silla de ruedas?

—Exacto —la voz de Jerónimo subía el tono.

—Pero… No había ninguna hija.

—De todas maneras, me gustaría hablar con ellos.

El agente se quedó pensando, mientras daba pequeños golpes con el boli sobre la mesa.

—Está bien. Como eres amigo de Birgitte, te apunto la dirección.

Jerónimo miró a la mujer. Ella le guiñó un ojo otra vez. Él tragó saliva y le devolvió una sonrisa nerviosa.

El agente escribió en el reverso de la tarjeta de negocios la nueva dirección y la arrastró por la mesa hasta Jerónimo.

—Aquí tienes.

—¿Recuerdas algo más? Cualquier cosa, por insignificante que sea.

El agente meneó la cabeza.

—Recuerdo que la compraventa fue muy rápida y eso es bueno para la agencia, pero no para la familia.

—¿Por qué?

El agente jugó con el boli.

—Porque suele haber problemas económicos…

Le dio las gracias y salió por la puerta con una extraña sensación de que algo no encajaba. Se había olvidado de dar las gracias también a Birgitte.

Se quedó en Roskilde y buscó un hotel donde pasar la noche. Corrió varios kilómetros, como se había prometido y la sensación fue la misma. No tenía control de la situación. Volvió al hotel, se dio una ducha y cenó en el restaurante Bone's de la calle peatonal Algade.

—¿Espera a alguien? —le preguntó la camarera.

—No. Cenaré solo.

Pidió una hamburguesa *big boy* con beicon aromatizado a la manzana, sin cebolla, extra de pepinillos y queso *cheddar*. Mientras

comía, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Estaba seguro de que Connie y su hija llegaron a Dinamarca con la intención de ver a sus padres. Sin embargo, había algo más siniestro.

Llegó la camarera y le retiró el plato. Le preguntó si quería postre, pero Jerónimo estaba muy cansado. Se ajustó la camiseta y dijo amablemente que no.

Golpeó varias veces la tarjeta del agente de la inmobiliaria, mientras miraba a la nada. Se la acercó a la nariz. Olía a perfume. Pensó en el joven vikingo de barba rubia y mal recortada. Pero por mucho que quisiera engañarse, en quien pensaba era en Erik. Recordó que tenía el móvil apagado y lo usó como justificación para no dar señales de vida a nadie, incluido Erik.

Una chica de cuerpo pequeño, pero de aspecto fuerte, se acercó a la barra para recoger los platos sucios y meterlos en un cubo grande. Jerónimo la llamó. La joven pasó cargando el cubo. Le preguntó qué autobús iba hasta la dirección de la casa de los Nielsen y ella se lo explicó en un danés a trozos y acento eslavo. Jerónimo ya se imaginó que era extranjera. Le dio las gracias y le dejó un billete de cincuenta coronas de propina. Hace veinte años, era él quien fregaba los platos por las noches en ese restaurante y estudiaba danés, por el día, en la escuela de adultos.

Con cierto pudor, la joven le dijo que no era camarera.

—Los que lavan platos son aún más importantes en un restaurante que los camareros.

Volvió al hotel. Tenía que descansar y tener la mente no solamente despejada, sino también preparada para cualquier evento imprevisto. Intuía que al día siguiente, cuando hablara con la familia Nielsen, sabría si en el plan de huida de Connie, algo salió mal.

14

A la mañana siguiente, Jerónimo tomó el autobús dirección sur, a la escuela técnica de Roskilde. El trayecto duró unos diez minutos, luego continuó caminando otros quince, hasta llegar a la zona donde se celebraba el festival de música de Roskilde todos los veranos. Era una de las áreas menos atractivas para vivir, por su difícil comunicación con el centro y la masificación de jóvenes, música y alcohol en la zona, durante los fines de semana.

Llegó a la carretera principal y confirmó que estaba en la dirección correcta. Al otro lado había una sucesión de casas de planta baja prefabricadas, pegadas unas a otras. El frontal era de metal verde gris como la misma puerta y con un número y una letra. No había nombres.

Jerónimo se rascó la barba, cruzó y buscó la casa de la familia Nielsen. Respiró tres segundos y tocó a la puerta. Nadie abrió. Esperó un poco y tocó más fuerte. Tenía la garganta seca. Se había olvidado la botella de agua en la habitación del hotel. Miró a través de la ventana. Las cortinas estaban echadas. Observó alrededor si había algún vecino a quien preguntar. En la calle solo se oían los motores de los coches y camiones que pasaban con prisa.

Se sentó en el escalón y esperó.

En el suelo había un par de banderitas danesas pisoteadas: fondo rojo atravesado por una cruz blanca en posición horizontal. Los daneses celebraban los cumpleaños decorando todos sus eventos con banderas del país: manteles bordados con la bandera danesa, servilletas con el dibujo de la bandera o cócteles con una banderita pinchada en la aceituna. Incluso la tarta era de bizcocho con nata y fresas.

Le pareció escuchar que alguien, al otro lado de la puerta, movía la llave en la cerradura. Jerónimo se levantó rápido. ¿O lo había imaginado?

—¿Hola? —preguntó al otro lado de la puerta—. ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió. ¿Se lo imaginó? Dio una patada a las banderitas y se paseó de arriba abajo. Escuchó otra vez un ruido detrás de la puerta y detuvo sus pasos. No se lo estaba imaginando. Alguien lo observaba por la mirilla.

—¿Podría hablar con el señor o la señora Nielsen?

La puerta se entreabrió, con la cadena echada. La silueta de una mujer lo miró de arriba abajo. Olía a naftalina.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz hosca.

—Me llamo Jerónimo —dijo tambaleando los pies— y vengo de España. Estoy buscando a la familia Nielsen.

—¿Para qué?

—La familia Nielsen tiene una hija, Connie. Su marido la está buscando. ¿Es usted la madre?

La puerta se cerró en seco.

Jerónimo se acercó, con cautela.

—¿Sigue ahí? ¿Hola?

Pasaron unos instantes largos y sin respuesta. Alguien quitó la cadena y abrió la puerta completamente. Una mujer alta y delgada como una escoba lo miraba con desconfianza. Llevaba un batín oscuro y su pelo rubio ceniza caía despeinado sobre unos hombros de poca carne y mucho hueso.

Jerónimo levantó las manos y se presentó.

—Estoy buscando a la familia Nielsen.

La mujer dio un paso atrás y cruzó los brazos.

—¿Cómo sabe dónde vivimos?

—¿Es usted la señora Nielsen?

—Le vuelvo a preguntar: ¿cómo sabe dónde vivimos?

—La agencia inmobiliaria me dio su nueva dirección. Soy Jerónimo.

—Ya me ha dicho cómo se llama.

Su sonrisa se desvaneció y bajó nervioso las manos.

—Vengo de España y estoy buscando a su hija Connie. —La madre se tapó la boca. Jerónimo continuó—: ¿Puedo hablar con ella?

La mujer bajó la mano y apretó fuerte el pomo de la puerta.

—¿Por qué busca a Connie?

—Su marido me contrató. Hace unos días, ella y su hija Laura tomaron un avión de Valencia en dirección a Copenhague y… se perdió el rastro.

La mujer miró al suelo, pensativa, como si hiciera un cálculo mental. Abrió la boca, pero no dijo nada. Tragó. Cuando habló, su voz era un susurro.

—Connie no está aquí.

—¿Puedo pasar y hacerle algunas preguntas? —pidió con voz cercana.

La madre volvió en sí y miró a Jerónimo, que insistió:

—Si me deja pasar un momento, le podría explicar…

La madre se tomó unos segundos y finalmente se hizo a un lado.

Jerónimo pasó y notó que casi podía tocar el techo extendiendo los brazos. La casa no tenía pasillo y la puerta frontal daba a un plano abierto con un pequeño comedor cargado de muebles color caoba, demasiado caros para este tipo de vivienda prefabricada. La luz era tenue. Encima de los muebles había una interminable hilera de fotos enmarcadas. Un sofá de cuero negro, tipo Chesterfield, de brazos curvados, respaldo bajo y con botones repartidos de forma geométrica. Olía a rancio y a señorial. Lo que más le llamó la atención fue un árbol de Navidad en pleno octubre. Ella lo observó.

—Mi marido tiene ciertas… dificultades. Se pone nervioso cuando hay cambios en la casa. Así que todos los días celebramos la Navidad —explicó e hizo una mueca agria.

Al final del comedor había una puerta abierta que daba a otra habitación, de donde se oía la tertulia de un programa de televisión americano.

—Helle, ¿¡con quién hablas!? —gritó el marido desde la habitación.

—¡Se han equivocado! —le respondió mientras cruzaba el comedor y cerraba la puerta.

Se acercó a Jerónimo, que estaba de pie en la entrada.

—Es difícil dejar a mi marido solo más de diez minutos, cuando se despierta. La enfermera debería pasar todos los días, pero con el nuevo presupuesto del ayuntamiento, ahora viene un par de veces a la semana. Primero me llama para preguntarme si tiene que pasar. Yo siempre le doy la misma respuesta, que sí, así que no entiendo por qué lo hace. En fin. Toda tu vida pagando la mitad del sueldo en impuestos para esto... —Paró y se ajustó el batín—. No hay café ni té. Tengo que salir pronto a comprar.

—¿Agua? Solo será un momento.

Inclinó la cabeza.

—Siéntese, ahora se la traigo.

Jerónimo dejó la mochila a un lado y se acomodó en la esquina del lujoso sofá, con cuidado. Sintió que era demasiado rígido. Pasó una rápida mirada por las fotos, pero no encontró a Connie. Solo fotos de la señora Nielsen subida a un escenario o en el camerino antes de una actuación. Algunas en blanco y negro y otras en color. La mujer había sido muy guapa de joven. Le llamó la atención la única foto con dos niñas rubias sentadas en un columpio, una tarde de verano. Estaba seguro de que la foto fue tomada en los jardines del Tívoli, por la decoración.

La madre lo observó.

—Aquí tiene. —Le dio el agua y señaló la foto—. Son mis hijas Katrine y Connie.

Jerónimo apretó el vaso.

—Creí que Connie era hija única.

La madre negó nerviosa con la cabeza. Cogió el marco y lo miró de cerca. No dijo nada. Como si las palabras se hubieran quedado atragantadas en la garganta. Colocó la foto en su rincón, se sentó y se quedó absorta en su propia memoria.

—¿Es usted amigo de mi hija?

—No nos conocemos. El marido de Connie me contrató para encontrarla.

—¿Y cree que yo la tengo aquí retenida? —El comentario de la madre era irónico, pero también tenía cierta tristeza. Jerónimo no supo qué decir—. No sé nada de mi hija desde que se marchó sin decirnos adiós.

Recordó la tarjeta con las palabras «papá» y «mamá» tachadas. No se atrevió a preguntar por qué.

—Connie vino a Dinamarca a verlos.

—Lo dudo —le cortó.

—Eso fue lo que ella confirmó en el hotel cuando hizo la reserva: una visita familiar.

La madre negó con la cabeza.

—Se equivoca. Hace años que no vemos a Connie.

—No se me ocurre otra razón que no sea su familia, para volar de vuelta a Dinamarca.

Sus mejillas cambiaron de color. Se levantó y se acercó hasta la

ventana. No era la reacción que Jerónimo hubiera esperado de una madre. Continuó:

—Encontraron el móvil de Connie en los baños del aeropuerto de Valencia, en España, el día que voló a Dinamarca. Desapareció con su hija Laura —añadió e hizo una pausa—, su nieta.

La madre movía los dedos nerviosa, mientras miraba a través de la ventana.

—¿Cuándo pasó lo que me está contando?

—Hace cinco días exactamente. —Dejó el vaso encima de la mesa de café y se levantó—. No tenga miedo. He venido solo.

La madre corrió la cortina y se dio la vuelta.

—Hace años que no he visto a mi hija. —Se dirigió a la puerta—. Ha perdido el tiempo en venir aquí desde tan lejos.

—Cualquier ayuda…

—Le repito que no he visto a Connie desde que se fue sin decirnos adiós —dijo con voz resentida y abrió la puerta.

Jerónimo no se movió. Sabía que era la única oportunidad que tenía de encontrar alguna pista.

—Connie y Laura podrían estar en peligro.

La madre clavó la mirada en los ojos de Jerónimo.

—Mi hija, hace muchos años que renegó de su padre y de su madre.

—Le creo y siento mucho la situación. ¿No quiere volver a verla?

La madre se mordió el labio inferior.

—No tiene derecho a remover el pasado. Váyase, por favor.

—No me ha respondido a la pregunta.

Era casi tan alta como Jerónimo, pero de una delgadez preocupante. Cruzó los brazos y puso recta la espalda.

—Ni tengo por qué. Ya le he dicho todo lo que sé. Váyase.

Cogió la mochila y se dirigió a la puerta.

—¡Helle!

La mujer reaccionó a la llamada.

—Mi marido me necesita.

Jerónimo pensó rápido.

—¿Y su otra hija? Katrine. Quizás Connie esté con su hermana.

—Eso es imposible.

—¿Dónde vive?

Se puso blanca. Se tomó unos segundos antes de hablar, mientras apretaba nerviosa el nudo de su batín.

—Llegó al sitio equivocado. De verdad que no sé nada. Tengo que atender a mi marido. Váyase, por favor. —La voz del marido volvió a repetirse en el aire—. Le he dicho que se vaya.

Jerónimo hizo ademán de moverse, intentando alargar el tiempo.

—¿No tiene Connie ninguna amiga? ¿Alguien con quien pueda estar en estos momentos?

—Connie no tiene amigas. Y quiero que se vaya de esta casa —insistió la mujer levantando la voz.

Jerónimo puso una tarjeta al lado de la foto con las niñas en los columpios y salió por la puerta.

—Me quedaré unos días en este hotel y detrás tiene mi número de móvil, por si se le ocurriese algo y decidiera contactarme. Estoy seguro de que a Connie le gustaría volver a ver a su madre.

La señora Nielsen apretó el nudo del batín, pero más fuerte los labios.

Jerónimo bajó el escalón y se dio la vuelta.

—Mire, estoy aquí para encontrar a Connie. Si no quiere ver a su marido, tendrá sus razones. Solo quiero confirmar que ella y su hija están vivas. Que tenga un buen día.

Y la madre respondió cerrando la puerta de golpe.

15

Jerónimo volvió a la habitación del hotel. No ha contactado a nadie durante todo el día. Cogió el móvil y lo puso a cargar. Se lo pasó de una mano a la otra y finalmente marcó el número de Carles.

—Tengo noticias y no todas son buenas. Hablé con la madre de Connie. No sabe dónde está su hija. No la ha visto en años. Ni siquiera sabía que tuviera una nieta. ¿Esas cosas no las habláis en casa?

—Está loca y el padre es un bruto.

Un poco rara sí que era la mujer, pensó Jerónimo.

—¿Y la hermana?

—¿Qué hermana?

—Tienes una cuñada que se llama Katrine. —La comunicación se cortó por momentos—. ¿Carles?

—Eso no lo sabía —su voz sonaba confusa.

—No, Carles. Eso tampoco lo sabías.

Pensó que había algo que la madre ocultaba, aunque no estaba seguro y mejor no preocupar a Carles.

—¿Necesitas dinero?

—Necesito volver a Valencia, comerme una paella y echarme unas risas en compañía de mi cuñada. Es muy graciosa contando chistes.

—La policía me llamó. Están revisando la denuncia y pronto me darán más información. Tu hermano Luis insistió mucho en que me ayudarías.

—¿Y qué es lo que he estado haciendo? —dijo Jerónimo frustrado, pero sabía que Carles tenía razón.

—Busca a la hermana. Connie estará con ella.

Jerónimo no dijo nada. Dejó escapar un largo resoplido. Carles insistió:

—Si no está con la hermana, vuelves. ¿Te parece justo?

«¿Justo?», pensó Jerónimo.

—¿Y si no la encuentro?

—La encontrarás. Tengo fe en ti. —Ese comentario le chirrió en los oídos a Jerónimo—. Por favor, encuentra a mi mujer y a mi hija.

—¿Y si no quiere verte?

—Ese problema lo trataremos en su momento.

—Carles…

—Quiero saber que no les ha pasado nada —levantó la voz, desesperado.

Jerónimo miró al techo.

—Un día más y vuelvo.

«Un día más», se dijo. Se tumbó en la cama boca arriba con los brazos detrás de la nuca y mirando en el vacío.

* * *

Más tarde, Jerónimo salió del hotel y dio un largo paseo por los alrededores del parque nacional de Sjkoldungernes Land. Iba a oscurecer pronto. A la vuelta, pensó que se había ganado una buena cena como la de ayer en el restaurante Bone's, esta vez con postre incluido. El chocolate lo ponía de buen humor.

El móvil vibró.

Incoming call.

Alguien llamaba con número oculto.

—¿Sí?

No respondió nadie.

Jerónimo moduló al inglés.

—*Hello, who is it?*

Había alguien al otro lado de la línea. ¿La madre de Connie? Probó en danés.

—*Hvem er det?*

—¿Jerónimo Jara Fuertes? —preguntó una voz de hombre, en español.

—¿Quién es?

Después de un momento de silencio, la voz preguntó:

—¿El mismo Jerónimo Jara Fuertes?

¿Alguien le estaba gastando una broma?

—Él mismo. Ding-dong. Enhorabuena, ha ganado usted un oso de peluche. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Vaya, vaya… Qué mayor te has hecho, pequeño Jerónimo.

Un zumbido en el oído le avisó de un peligro inminente. Reconocía esa voz. Tenía el mismo tono grave e intimidador que recordaba, pero aumentado por los años como si hubiera cogido solera con el tiempo. Paró de andar.

—¿Con quién hablo? —pregunto Jerónimo. Su tono de voz había cambiado.

—¿No te acuerdas de mí? Solíamos jugar al fútbol en la calle de la estación cuando éramos niños.

¿Cuando éramos niños? El corazón se aceleró. Sintió un pelotazo en la cara. Acercó los dedos hasta los labios y comprobó que no había sangre, que solo era un mal recuerdo. Una pesadilla.

—Alberto…

—Ding-dong, ding-dong…

El corazón de Jerónimo se le salía del pecho y la sangre golpeaba las sienes a la velocidad de un tren sin frenos. La muerte de Josep cobró vida en su memoria. Una bici pasó y tocó el timbre. Jerónimo se apartó por inercia. Tragó hasta que encontró su voz.

—¿Quién te ha dado mi número de teléfono?

—Pregunté por ahí. —La voz de Alberto era grave y tranquila—. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? Yo sí.

Jerónimo apretó más fuerte el móvil. Abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Parecía que hubiera pasado toda una vida desde aquel verano. Era la hora de la siesta, las telenovelas venezolanas y los largos y soñolientos monólogos del periodista Jesús Hermida rellenando huecos en una televisión de sobremesa, aburrida y de solo dos canales nacionales. Josep se escapó de la siesta para ir a jugar fútbol y nunca volvió a casa para la merienda.

—La última vez que nos vimos, pequeño Jerónimo, saliste corriendo como un cobarde.

—La última vez que nos vimos, alguien murió.

—Fue un accidente.

—Una mierda.

—La mierda me la comí yo. Tú desapareciste.

Jerónimo sintió un puño oprimiéndole el pecho. Si se hubiera quedado en casa aquel día, nunca hubiera pasado aquella tragedia. El miedo y las amenazas no le dieron otra opción.

—Sigues siendo él mismo matón de colegio.

—No soy el mismo. Pagué por mis errores. Tú no.

Sus rodillas se doblaron.

—¿Qué quieres?

—Ahora empezamos a entendernos. ¿Has estado alguna vez en la cárcel? No, no lo creo. Un chico tan bueno y formal como tú, que viaja, habla idiomas y come pollas, nunca rompe platos. ¿Sigues estando tan orgulloso de ser maricón?

Jerónimo apretó más fuerte el móvil y se tragó la rabia.

—Dime qué quieres de mí.

—Quiero encontrar a la rata que arruinó mi vida con mentiras.

Jerónimo empezó a sudar. La adrenalina bañó su cuerpo y sus sentidos se agudizaron. Ahora entendía la razón de la llamada de Alberto y tuvo miedo.

—Hace años que no vivo en España. No tengo nada que ver con tus asuntos sucios.

La voz de Alberto se hacía más grande o quizás era Jerónimo que se hacía más pequeño. Luchó para librarse de esa sensación.

—Escúchame bien. Yo fui la cabeza de turco de políticos comprados y empresarios corruptos. Acusado de robar un dinero que nunca toqué y unos hilos que nunca moví. Soy inocente. ¿Me oyes bien? Inocente. El falso testimonio de esa zorra y unos falsos documentos fueron la razón de muchos años de cárcel. Años buscando a esa rata. Ahora sé quién es.

—No sé de qué rata me estás hablando. —Esperaba que Alberto no pudiera oler su miedo.

—Sí que lo sabes, si no qué coño haces visitando la casa de sus padres.

Jerónimo pegó la espalda al muro como un acto reflejo y miró a los lados. Todo se movía demasiado rápido. Las ramas de los árboles se balanceaban demasiado rápido. Los coches iban demasiado rápidos. La gente andaba demasiado rápido. Pasó la mano por la frente y se secó las gotas de sudor.

—¿Para qué me llamas?

—Quiero avisarte de que esta vez se hará justicia. Van a caer cabezas y no habrá perdón para los mentirosos.

Y colgó.

El corazón de Jerónimo latía al ritmo de una ametralladora. Las manos le sudaban. Abrió la boca para coger aire. Parecía como si el mundo que le rodeaba se fragmentara y las imágenes del pasado se hicieran más presentes que la realidad misma. Revivió los últimos segundos con vida de Josep y sintió dolor en el pecho. Culpa de haber presenciado la muerte de aquel niño.

Se frotó los ojos. Se dio unas palmadas en la cara. Un golpe de adrenalina anuló el mareo. Los músculos de sus piernas se tensaron, preparados para escapar y corrió raudo de vuelta al hotel. Cuando llegó, se encerró en su habitación.

Josep murió una tarde de verano, hacía casi treinta años. Solo hubo un testigo de aquella tragedia: Alberto. Le contó a la policía que había contemplado el accidente desde la tapia.

La calle y la estación estaban separadas por una tapia de ladrillo gris llena de grafitis y agujeros. Los grafitis los hacían los estudiantes de formación profesional durante las noches de borrachera y los agujeros, los niños que jugaban a escalar la tapia.

Cada vez que el balón se colaba en las vías, uno de ellos saltaba a hurtadillas y lo recogía. Por suerte, pasaba muy pocas veces.

Alberto contó a la policía que esa vez le tocó a Josep. Saltó la tapia y recogió el balón justo cuando un tren regional pasaba. Todo sucedió muy rápido. Al maquinista no le dio tiempo a ver qué ocurría y aunque hubiese visto a Josep, le hubiera sido imposible parar el tren. Extraña coincidencia.

No hubo otros testigos que dieran una versión diferente de la historia. Alberto mantuvo la misma versión de lo que pasó y todo quedó ahí. Él siempre estuvo en la tapia y la intención de Josep fue recoger el balón. Hacía un sol de justicia aquella tarde, aunque no

hubo mucha justicia cuando terminó el día.

La noticia de la muerte de Josep causó sensación, tanto local como nacional y amenizó la sobremesa durante un tiempo.

La familia buscó un culpable a quien responsabilizar de la muerte de su hijo. Era como si buscando un culpable, la muerte de Josep tuviera más sentido y así se pudiera seguir adelante en la vida. El maquinista quedó absuelto, la compañía de trenes también. El ayuntamiento cubrió la parte superior de la tapia con alambrada. Nadie fue a la cárcel.

La madre siempre dijo que su hijo nunca hubiera saltado a las vías y menos con un tren en marcha, si no hubiese sido porque Alberto lo incitó. A pesar de haber encontrado a un culpable a quien acusar, la familia nunca salió adelante.

Nadie supo realmente por qué Josep cayó en las vías justo cuando el tren pasó, como tampoco nadie supo que Jerónimo también fue testigo de esa tragedia. Nadie tenía que saberlo.

Llamó a Carles y se dio cuenta de que las manos le temblaban. Carles no respondió. Lo intentó de nuevo y le dejó un mensaje. Tenía que hablar con él urgentemente.

Se sentó a esperar. Aguantó un minuto antes de levantarse y caminar por la habitación con los nervios a flor de piel. El estrés le daba hambre. Abrió el paquete de galletas artesanales que guardaba como regalo para Eva. Comió una galleta. Luego otra. Y luego se dio cuenta de que el paquete estaba vacío. No tenía hambre. Tenía nervios. Se duchó. Se tumbó en la cama con la toalla. Había pasado más de una hora y cinco llamadas perdidas, pero Carles no respondía.

Le escribió un mensaje por el WhatsApp.

«Alberto Martí me ha llamado. ¿Lo conoces? Está buscando a tu mujer».

Segundos más tarde, el mensaje había sido recibido y leído, pero Carles no lo contactó.

Jerónimo lo intentó por última vez.

«Yo también estoy ahora en peligro».

Este último mensaje no entró en el hilo de la conversación. O Carles no tenía cobertura, o había apagado el móvil.

Miró al techo como una pantalla de cine y reconstruyó la historia.

La mujer de Carles reservó habitación para ella y su hija en un hotel de Copenhague. Correcto. Confirmado por el hotel.

Luego salió de casa con algo de ropa y dinero y recogió a su hija de la guardería a mitad del día. También correcto. Confirmado por Carles y por la guardería.

Llegó al aeropuerto, se montó en el avión y aquí se perdió la pista.

Respiró hondo.

Antes de salir de Valencia, Jerónimo tenía claro que la desaparición de Connie fue voluntaria. La visitaría en el hotel confirmaría sus razones y convencería a Carles de lo que él ya sospechaba: que la intención de Connie era terminar la relación con su marido. Carles tendría que aceptar que había pasado a pertenecer al grupo de la estadística de separaciones maritales antes de los cuarenta. «Bienvenido al club», pensó Jerónimo.

Eso no explicaba por qué había aparecido el móvil de Connie en los baños del aeropuerto de Manises.

La madre de Connie no había visto a su hija en muchos años y tampoco quería saber nada, ni de ella ni de su nieta. «Más o menos», pensó Jerónimo. Había verdad en las palabras de la madre, pero una mentira entre verdades era menos obvia.

La llamada de Alberto lo cambió todo. Connie no huía de su marido, Connie escapaba de Alberto. El denominador común de su desaparición. El denominador común de otra tragedia.

¿En qué lío estaba metida Connie? ¿Por qué no respondía Carles a sus llamadas? Su móvil seguía desconectado

16

Rumió una hora más hasta que llegó a la conclusión de llamar a su hermano Luis. Fue él quien lo metió en toda esta historia.

Luis estaba ocupado con la fisioterapeuta y sus problemas de espalda. Jerónimo le contó sobre el hotel, la visita a casa de los padres de Connie y la llamada de Alberto.

—Fue al mismo colegio que Gabriel y yo cuando éramos niños —añadió Jerónimo.

—¿Quién más lo sabe?

—¿Que iba al mismo colegio o que me ha llamado?

—Jero, despierta, coño. Cuando llamaste, sabía que era importante y tuve un *coitus interruptus* con la masajista. Alberto te ha llamado amenazándote. ¿Quién más lo sabe?

—Solo tú —dijo angustiado—. Debería volver a Londres.

—Está bien. Vamos por partes. A ese Alberto lo conozco yo, el ayuntamiento de Valencia y el juez que lo puso en prisión. Se metió en un pollo hace años. Tú no estabas aquí.

—¿Sabes los cargos?

—La Audiencia Provincial de Valencia le condenó por delito de cohecho. Perdió todos los recursos hasta llegar al Tribunal Supremo. ¿Te has perdido?

—¿Cómo sabes todos esos detalles?

—Tengo compañeros que trabajaron con el caso. Fue muy sonado aquí en Valencia y en toda España.

—¿Me lo puedes explicar para que un mortal como yo lo entienda?

—Alberto estuvo implicado en una trama que se dedicaba a amañar contratos de obras públicas por la zona del Levante. Por arte

de magia, año tras año, siempre ganaba los concursos de adjudicación. Ya podían recurrir las otras empresas que participaban, que se podían comer dos mierdas. Los recursos siempre se desestimaron… Hasta que se descubrió el pastel. Lo suyo fue una condena ejemplar. Más de cinco años en prisión, hasta que le concedieron la condicional hace unos meses.

—¿Cómo que «hace unos meses»?

—Sí, hace unos meses.

Jerónimo tuvo un escalofrío.

—¿Qué relación tiene Connie con el encarcelamiento de Alberto?

Buscó el último paquete de galletas artesanales y se prometió que compraría más antes de volver a España.

—¿Estás comiendo? —preguntó Luis.

—Y tú estarás fumando. ¿Crees que su marido sabe sobre la conexión de Connie con Alberto?

—Estoy seguro de que no.

—No entiendo por qué. Si tenía miedo de que Alberto saliera libre, ¿por qué no le dijo nada a su marido?

—No lo sé.

—¿Alguna sugerencia?

—No.

El silencio se alargó.

—¿Luis?

—Te he dicho que no.

Jerónimo se tumbó en la cama vestido y se tapó con la sábana, incluso la cabeza. Se encogió en forma de huevo. Era demasiado simplista creer que la condena de Alberto estaba basada en el simple

testimonio de Connie.

—Dejaré todo en manos de la policía y regresaré a Londres.

—¿No piensas en Gabriel y Eva?

—Estaré con ellos unos días antes de volver a casa.

—Y te vas sin encontrar a Connie y a su hija.

Jerónimo sintió que le habían dado una bofetada. Esperó. Pero al ver que Luis no añadía nada más, preguntó:

—¿Y yo?

—Carles te está pagando mucho. Nada ha cambiado para ti. Solo tienes que encontrar a Connie y convencerla de que vuelva a España y pida protección policial. Además, ¿has pensado si realmente es inteligente volver a Valencia justo ahora, después de la llamada de Alberto?

Jerónimo no supo qué responder.

—¿Y si no la encuentro?

—Jero, estás en una posición de ventaja. Hablas el idioma, te mueves bien. Encuéntrala, a ella y a su hija. Además, tienes un encanto personal.

—¿Un encanto personal? —preguntó pasmado.

—Sobrevivirás.

Había una línea muy fina entre el sentido del humor de Luis y la frialdad.

—Carles tiene que saberlo —dijo Jerónimo.

—Hablaré con él. Encuentra a Connie antes de que la encuentre Alberto.

—No le cuentes nada a Gabriel de que me llamó.

—Mis labios están sellados.

—Lo digo en serio. No quiero preocuparlos.

—Cuenta conmigo.

Y colgó.

El problema no era solamente encontrar a Connie y a su hija antes que Alberto. Carles no podía saber que Jerónimo fue testigo de la muerte de su hermano. Ni él, ni nadie.

Echó de menos Londres, su estudio, a Erik, su vida. Volver a Valencia estaba siempre ligado a alguna tragedia.

Solo le quedada una última pista. Dar con el paradero de la hermana de Connie, Katrine.

17

El reloj marcaba más de las nueve de la noche. Una hora muy tardía para cenar en Dinamarca, un día entre semana. El restaurante Bone's de Roskilde seguía abierto hasta las diez, aunque no había nadie cenando.

Detrás de la barra, una camarera con cola de caballo color miel y expresión ausente estaba ocupada con dos cosas: mandando mensajes con el móvil y haciendo globos con el chicle. Todo lo que tenía de guapa, lo tenía de seria.

—Siento molestar. ¿Tenéis la cocina abierta?

El globo del chicle explotó. La camarera guardó el móvil y asintió.

—¿Está bien ahí? —Jerónimo señaló al lado de la ventana.

Sin decir nada, lo acompañó, con un trapo húmedo y la carta de menús.

—Bonita decoración.

La camarera movió los músculos de la cara en una pequeña sonrisa y mostró signos de ser humana, además de danesa.

Jerónimo se ajustó la silla, mientras ella limpiaba la mesa.

—Te has dejado esta esquina.

La camarera paró, lo miró y explotó un gran globo con el chicle.

—Svetlana no está.

Jerónimo ladeó la cabeza en duda mientras ella sacaba una pequeña libreta de su delantal y preparaba el boli para tomar nota.

—Es la lavaplatos a quien le diste propina ayer. ¿Una *big boy* con beicon, sin cebolla, extra de pepinillos y queso cheddar?

Jerónimo esbozó una sonrisa.

—Me has leído el pensamiento. Acompáñalo con una cerveza Tuborg.

—¿Grande?

—Lo has vuelto a hacer.

La camarera le guiñó un ojo y volvió con la jarra.

Jerónimo meditó durante unos minutos sobre la foto de familia que le había mandado Carles. El olor a la hamburguesa lo despertó.

La camarera dejó el plato y cogió la jarra vacía de cerveza.

—¿Otra? —Jerónimo balanceaba la cabeza en duda—. ¿Pequeña?

—Eres una auténtica mentalista.

La camarera se rio como si le hubieran hecho cosquillas. Jerónimo le enseñó la foto de Connie.

—¿Puedes leer el pensamiento de esta mujer?

—¿Es tu novia?

—No, pero la estoy buscando.

La camarera se acercó más.

—No estoy segura. Sí y no —dijo la camarera haciendo un globo con el chicle.

—¿Es una adivinanza?

—Parece más mayor en la foto.

—Se llama Connie Nielsen —dijo Jerónimo—. Es de aquí de Roskilde.

—¿Eres detective?

—¿Te sirve traductor en paro?

La camarera se encogió de hombros.

—¿Por qué la buscas?

—Desapareció de España con su hija. Su marido me contrató para encontrarlas.

La camarera pensó unos segundos mientras masticaba el chicle y daba vueltas al trapo de cocina.

—Mi hermana mayor y ella iban juntas al instituto hace muchos años.

Jerónimo tuvo un hormigueo en las piernas.

—¿Las has visto estos días, por casualidad?

La camarera negó con la cabeza.

—¿De qué más te acuerdas?

—Vivía un par de calles más abajo de mi casa. Sé lo que sabe la gente de mi barrio.

—¿Y qué sabe la gente de tu barrio?

—Que Connie se fue de viaje hace años y nunca volvió.

—¿Conoces a la madre?

—Una vieja amargada.

—Eso me pareció.

—¿Has hablado con ella?

Jerónimo asintió.

—No le hizo mucha ilusión saber que su hija podría estar en Roskilde de visita.

La camarera se enrolló el trapo de cocina en una mano, como un guante de boxeo.

—Es todo lo que sé. Tengo que seguir trabajando.

Jerónimo miró alrededor.

—Soy el único cliente. —El color de las mejillas de la camarera cambió y se quedó callada—. Hay algo que su madre no me contó, ¿verdad?

La camarera miró la hamburguesa, pero a Jerónimo le daba igual comerla fría.

—¿No me lo puedes decir? —Puso un billete de cien coronas de propina encima de la mesa—. ¿Qué sabe la gente de tu barrio?

La camarera miró el billete, pero no dijo nada. Jerónimo insistió.

—Connie y su hija desaparecieron de Valencia camino a Copenhague. Su marido piensa que están en peligro. Yo siempre creí que simplemente quería divorciarse de él. —Jerónimo alzó la cabeza y la observó con más interés—. Ahora yo también pienso que están en peligro.

La camarera tragó y cogió el billete.

—Lo que te voy a contar no creo que te sirva de mucho. —Se lamió los labios—. Antes de irse al extranjero, Connie estuvo ingresada en un hospital durante unos meses. Fue grave.

El hormigueo le subió ahora hasta el estómago.

—¿Y su hermana?

—Katrine era la única que iba a visitarla.

—¿Sabes cómo puedo contactarla?

Negó despacio con la cabeza mientras retorcía el trapo de cocina y su mirada mostraba sorpresa.

—¿Alguna amiga? —insistió—. ¿Alguien con quien Connie estuviera ahora?

La camarera apretó más el trapo de cocina, como si así pudiera estrangular su propia lengua.

—¿Quién has dicho que eres?

—Detective.

Ella dio un paso hacia atrás.

—¿No eras traductor?

—Las dos cosas. ¿Alguien que pueda darme alguna información?

La camarera miró al suelo.

—¿No sabes más, o no me quieres contar más?

Parecía asustada.

—Está bien, está bien. —Levantó las manos y bajó su tono de voz. —¿Sabes el nombre del hospital? La gente de tu barrio lo sabe, ¿no?

La camarera mascó el chicle un par de veces. Sacó el bloc de notas y apuntó un nombre. Arrancó el papel y lo puso en la mesa, al lado de la hamburguesa.

—Gracias. —Jerónimo cogió la nota—. Su madre no me dijo nada.

—Su madre está loca como Connie. —Se dio la vuelta y desapareció detrás de la barra.

Psykiastrisk Afdeling M.

Departamento M de Psiquiatría.

Jerónimo releyó el nombre del hospital sin mover un solo músculo del cuerpo durante unos segundos y lentamente mordió la hamburguesa. Estaba fría. Comió solo la mitad y dio un trago a la cerveza. Cogió un puñado de patatas fritas y después se limpió las manos con una servilleta. Dejó el plato a un lado. Tampoco habría postre esta noche.

Por una parte, Alberto buscaba a Connie para vengarse de falsas

acusaciones y su encarcelamiento; y por la otra parte, Connie huyó con su hija a Dinamarca para esconderse de las amenazas de Alberto. No le dijo nada a la policía ni a su marido. No se quedó en el hotel, tampoco visitó a sus padres.

Connie tuvo que haber cambiado de planes a última hora. ¿Por qué? Faltaba una pieza en el rompecabezas.

Hizo una búsqueda rápida en su móvil. El departamento M de Psiquiatría estaba cerca del hospital de Sankt Hans, a unos seis kilómetros de la antigua casa de los padres de Connie y a cuatro del centro de Roskilde.

¿Tenía algo que ver el ingreso de Connie en un hospital de salud mental? La historia no era tan simple. Había que darle la vuelta. Jerónimo añadió esta nueva información a la desaparición: Connie, previamente ingresada en un centro psiquiátrico, era perseguida por Alberto, un empresario corrupto.

Jerónimo pensó que la única opción que le quedaba era encontrar a Katrine, la hermana mayor. Si la encontrase, quizás encontrase a Connie.

O por lo menos sabría que si Connie no estaba con su hermana, cabría la posibilidad de que nunca volase a Copenhague. Y si nunca voló a Copenhague…

Se acercó la hamburguesa. Su madre le había enseñado a no tirar la comida. Le dio otro mordisco y le supo tan buena como la que había comido la noche anterior.

El departamento de psiquiatría lo abrían a las ocho de la mañana.

Esto no se lo contaría a Carles. Todavía no. Tampoco le había llamado de vuelta. Otra incoherencia en esta historia.

Se tomó el último trago de la cerveza y dejó otra generosa propina encima de la mesa, pero no vio a la camarera. Mañana tendría otro día muy largo.

18

El taxi aparcó delante del Departamento M de Psiquiatría, un edificio marrón, sombrío, de tres plantas y un sótano con ventanales con forma de cruz invertida e hileras de pequeños barrotes. El sol estaba despertando y el frío de la noche todavía se sentía. La idea de entrar en el hospital le ponía de mal humor.

Preguntó a los dos guardas por recepción y le indicaron a la derecha. Atravesó un pasillo dividido por puertas dobles y cámaras de seguridad en cada esquina del techo, a cada pocos metros.

Desde una de las habitaciones, alguien golpeaba con los puños la pared y en otra, una voz de niña tarareaba una canción. Olía a sudor. Jerónimo continuó caminando con la cabeza gacha y dio los buenos días a una pareja de médicos absortos en una conversación. Se cruzó con un par de pacientes con bandas en las muñecas de diferentes colores. Caminaban con zapatillas sin cordones y llevaban unas bandejas con comida sosa y cubiertos de plástico. Estaban hablando, cada uno consigo mismo.

Llegó a recepción. A ambos lados del mostrador había colgados un par de cuadros abstractos con tonos oscuros y formas extrañas. Parecían salidas del lienzo de un pintor loco, que hubiera retratado sus peores pesadillas.

Se inclinó hacia delante. Encima del mostrador había un difusor de varillas perfumadas a jazmín.

—¿Le puedo ayudar?

Una enfermera entrada en años y kilos se quitó unas gafas rosas de cadena y miró con ojos grandes y amables a Jerónimo, desde su silla. Parecía la versión madura de Peggy, sacada de la serie de los teleñecos.

—Estoy buscando información sobre una paciente —dijo Jerónimo.

La enfermera se puso las gafas y abrió un libro de visitas.

—Las horas de visita se tienen que concertar de antemano y en caso

de no ser pariente directo, debe tener autorización del médico, previo acuerdo con el familiar que está a cargo del paciente.

Jerónimo puso los ojos en blanco.

—¿Eso también se aplica a los doctores? —preguntó con ironía.

La enfermera lo miró por encima de la montura de las gafas, sin entender muy bien.

—¿Cómo dice?

—Me gustaría hablar con los doctores que atendieron a un expaciente del centro.

Las gafas colgaron del pecho de la enfermera.

—Usted no es de aquí.

—Soy español

—¿Y habla danés?

—Ya ve que sí.

La enfermera asintió con un pequeño gruñido. Jerónimo le enseñó la foto de Connie.

—Busco a los doctores que trataron a esta paciente.

La enfermera se puso las gafas otra vez y se inclinó.

—¿Y ya no es paciente nuestra?

—No.

—¿Por qué la busca?

—Vive en España y su marido me contrató para encontrarla. Desapareció hace casi una semana con la hija de ambos. —La enfermera gruñó con algo de cinismo. Jerónimo se adelantó—. No, no es lo que piensa. No ha dejado a su marido. Tenemos razones para creer que fue una desaparición forzada.

—¿Detective?

Jerónimo tomó una respiración profunda.

—Traductor en paro.

—¿Me toma usted el pelo?

—El marido denunció el caso ante la policía española. Yo solo intento agilizar la investigación.

Se levantó del asiento.

—Está bien. ¿Cómo quería que la llamaran?

—¿A qué se refiere?

—Los pacientes tienen derecho a elegir su nombre.

Jerónimo dudó.

—¿Connie?

—No sé si sabrá que el nombre de Connie es tan común como el beicon en este país.

—Nielsen de apellido.

—Lo acaba de rematar. —Cruzó los brazos—. Un apellido tan común como…

—Me hago una idea —dijo Jerónimo—. Estaría ingresada hace unos seis o siete años durante una larga temporada.

—Defina una larga temporada —dijo mientras miraba más de cerca la foto de Connie.

—Unos meses, supongo.

—Eso no es una larga temporada.

Jerónimo respiró hondo y sintió que se desinflaba como un globo.

—¿Tan desesperado está?

—Alguien más la está buscando.

La enfermera copió el rostro serio de Jerónimo.

—Dice que se llama Connie Nielsen y pasó unos meses ingresada hace seis o siete años. ¿Qué edad tendría?

—Supongo que poco más de veinte años.

—¿Diagnóstico?

—Ni idea.

Jugó con la cadena de sus gafas rosas.

—Algo serio, si no, no hubiera estado con nosotros.

—¿Entonces?

—Mire, soy veterana en este hospital y recibimos cientos de pacientes anualmente. No sabría decirle con la información que me está dando. Cambiamos el sistema de datos hace un par de años y sería como buscar una aguja en un pajar.

—Ya…

La enfermera movió las aletas de la nariz. Pensó unos segundos y su expresión cambió. Se puso las gafas.

—Espere. —Cogió el teléfono—. ¿Dónde está el cascarrabias del doctor Knudsen? Gracias. —Y colgó—. Con la poca información que me da, la única persona que quizás pueda ayudarle es el doctor Knudsen.

—¿El cascarrabias?

—No le gusta que lo molesten durante el desayuno. Está jubilado, pero sigue trabajando como voluntario cuando le viene en gana.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Lo hará. Almuerza muy temprano en uno de los bancos, en el jardín, al lado del quiosco Søhus. Viejo, con barba blanca, gafas de montura fina y con una petaca al lado del plato.

—¿Una petaca con alcohol?

La enfermera se encogió de hombros y gruñó al estilo Peggy.

—Gracias —dijo Jerónimo—. ¿Algún consejo?

—El doctor Knudsen tiene un sentido del humor muy particular.

—Me lo pone fácil…

19

El centro psiquiátrico de Sankt Hans tenía un jardín con un pequeño lago en el centro. Al lado del lago, un pequeño quiosco llamado Søhus, o «casa del lago» vendía cafés y tartas a los visitantes. Jerónimo se compró un pastel de manzana, echó un vistazo al parque y encontró al doctor Knudsen sentado unos metros más abajo, al otro lado del pequeño lago. Se acercó:

—¿Puedo sentarme?

El doctor observó a Jerónimo con mirada analítica a través de unas gafas de montura fina y sin decir nada, movió la cabeza hacia los bancos vacíos de alrededor. Tenía una barba blanca como la nieve.

—Necesito hablar con usted —insistió Jerónimo.

El doctor sujetaba una bandeja en su regazo con un táper abierto. Dentro había dos piezas de *smørrebrød*. Un almuerzo danés compuesto por una rodaja de pan de centeno o *rugbrød* con mantequilla, *smør*, con diferentes ingredientes encima. Una de las piezas tenía arenque marinado con cebolla fresca y la otra, paté con rodajas de pepino.

Empezó a comer sin levantar la vista del plato.

—¿Qué quiere? —preguntó con una voz fría.

—Estoy buscando información de una antigua paciente del centro —explicó Jerónimo, mientras se acercaba más al banco.

—Aun no le he invitado a sentarse. ¿De dónde es usted, joven?

—De España, pero viví muchos años en Copenhague.

—¿Le gusta el frío?

—Me gusta la soledad —dijo mientras se rascaba la barba.

El doctor asintió con la cabeza, dando por válida la respuesta de Jerónimo y como si de un ritual se tratara, continuó comiendo.

—Un español en Copenhague.

Jerónimo apoyó la mano en el banco, impaciente.

—¿Quiere que le baile flamenco?

El doctor Knudsen se limpió con la servilleta.

—Quiero que se guarde su humor infantil para sus amigos más queridos. Por la forma en la que sujeta el banco, parece usted un poco desesperado. ¿Cómo se llama la paciente a la que busca?

Jerónimo se metió la mano en el bolsillo.

—Connie. Se llama Connie Nielsen.

—¿Ha visto *Gladiator*?

—Se parecen mucho, pero no es esa Connie —respondió con la mirada fija en el doctor—. Puede guardarse su humor senil para sus conocidos y pacientes más queridos.

El doctor levantó una ceja y continuó comiendo. Su tranquilidad ponía nervioso a Jerónimo.

—Doctor Knudsen, siento molestarle en su hora de almuerzo, pero si sabe algo de Connie, por favor, necesito saberlo. —Sus palabras salían disparadas como balas de una metralleta—. Hace una semana, Connie y su hija de cuatro años tomaron un vuelo de Valencia a Copenhague y se perdió su rastro. Ni el hotel donde hizo la reserva, ni su madre saben nada. No han dado señales de vida. La única posibilidad que me queda es encontrar a su hermana. Quizás ella sepa algo. —Tomó una pausa y respiró—. Alguien más está buscando a Connie.

El doctor escuchó atento a Jerónimo. Puso el táper a un lado, abrió la petaca y llenó el tercio de un vaso. El líquido era transparente como el agua.

—Siéntese. ¿Le apetece *Gammel Dansk*?

Gammel Dansk era una bebida con propiedades digestivas

elaborada con hierbas y especias, altamente alcohólica, sobre todo a esa hora de la mañana.

Jerónimo negó con la cabeza. Se sentó al lado del doctor, contemplando el pequeño lago de aguas oscuras y ramas de árbol secas.

—Pues lo va a necesitar —dijo el doctor y, acto seguido, se bebió el vaso de un trago—. Lo que le voy a contar es confidencial, pero teniendo en cuenta las circunstancias… En fin —Paró unos segundos —. Connie ingresó en este centro la primera vez, cuando tenía diecisiete años. Intentó quitarse la vida cortándose las venas. Le dimos el alta, pero lo volvió a intentar una segunda vez a los veintitrés años.

Jerónimo arrugó la cara.

—¿Por qué le dieron el alta?

El doctor negó con la cabeza.

—Nunca le dimos el alta. —Se puso de pie—. Acompáñeme a mi despacho. Quizás lo que le cuente le pueda servir para encontrar a Connie. ¿Me ayuda?

Jerónimo cogió la bandeja y acompañó al doctor hasta su despacho.

El despacho del doctor Knudsen era una galería desordenada de libros, documentos y tazas de café sucias. Levantó de su silla de oficina a un gato persa de nariz chata y pelo grisáceo y lo puso en el suelo.

—No quiero que las limpiadoras entren a desorganizarme la oficina. Usted verá mucho caos aquí, pero es un caos ordenado. Sea tan amable de sentarse.

El danés podía ser tan directo que, por absurdo que pareciese, no existía la expresión: «por favor». La forma educada era «*være venligt at*…», es decir, «sea tan amable de…».

Jerónimo quitó unos tomos de psicología de la silla, se sentó y dejó el pastel de manzana encima del escritorio del doctor.

Entre tanto desorden, el doctor escarbó en los archivos de una de

las cabinas y sacó una vieja carpeta marrón. Después cerró con llave y puso el documento sobre el escritorio.

Olía a sótano húmedo. El gato se acercó al pastel de manzana, pero Jerónimo interpuso una mano y el animal terminó en el regazo de su amo.

—Aquí está —dijo el doctor.

—¿Ha dicho que nunca le dieron el alta?

—No, nunca le dimos el alta. La joven Connie se escapó. —Levantó la mano como si hiciera un juego de prestidigitación.

—Esa afición no ha cambiado con los años.

—Eso parece —dijo el doctor levantando las cejas.

—¿Qué padecía? —preguntó Jerónimo.

—La paciente Connie Nielsen sufría de trastorno bipolar o cambios de ánimo intensos e incontrolables.

Abrió los ojos y se rascó la barba.

—Eso me suena a que también explicaría mucho la situación actual.

—O no. —Puso el gato persa en su regazo y lo acarició—. Connie era muy joven. El diagnóstico era preliminar. No tuvimos tiempo de completar todos los exámenes puesto que, bueno…

—Se escapó —añadió Jerónimo parodiando el gesto del doctor Knudsen.

Él asintió con sonrisa torcida.

—Fue traída de vuelta más bien a la fuerza y continuamos con los exámenes pertinentes.

—¿Sabe de alguna amiga con la que pueda estar?

—Connie era poco social.

—¿Tendrá contacto con su hermana Katrine?

—Eso es imposible —dijo el doctor acariciando al gato.

—¿Tampoco se hablaba con ella?

—Oh, sí. Venía muy a menudo y le daba ánimos a Connie. Para Katrine era triste ver a su hermana en ese estado depresivo. Sobre todo, porque recuerdo que ella tenía planes de boda… —Miró en la distancia y siguió acariciando al gato de forma mecánica.

—¿Y qué pasó?

—Connie se escapó dos veces durante su segundo ingreso en el hospital. Katrine la trajo de vuelta la primera vez, pero no la última. —Paró unos segundos y lo miró—: Doy por descontado que ya ha visitado a los padres.

Jerónimo se acomodó en la silla.

—Fue una visita breve. Hablé con la madre y confirmó que llevaba muchos años sin ver a su hija. Pero lo que más me sorprendió fue que tampoco tenía ganas de volver a verla. Me cuesta creer que una madre no quiera saber de su hija.

—El padre enfermó meses después. ¿Sigue vivo?

—Sí —respondió Jerónimo—, pero no hablé con él. La madre me echó de su casa a los diez minutos. —Reflexionó—. ¿Ha dicho que Katrine no pudo traer a su hermana de vuelta la segunda vez?

—Correcto —dijo el doctor acomodándose en la silla. El gato saltó del regazo de su dueño al suelo.

Jerónimo puso recta la espalda.

—¿Cómo puedo contactar con Katrine?

El doctor negó.

—¿Una dirección? —insistió con tono de súplica.

—Le he dicho que es imposible. —Se acercó más—. Katrine descansa en el cementerio de Roskilde. Murió en un accidente de tráfico.

Los hombros de Jerónimo cayeron unos centímetros. Bajó la vista al suelo y se levantó de golpe. Acababa de juntar una pieza más al rompecabezas. Miró a la nada y contuvo el aire. Sus labios formaron un círculo, pero no le salieron las palabras.

El doctor sacó una botella de *Gammel Dansk* del cajón de la oficina. Amontonó unos papeles a un lado e hizo espacio para la botella y un vaso pequeño de cristal. Lo levantó en el aire.

—Cristal de Bohemia. Perteneció a Freud. Bueno, eso es lo que me contaron cuando me lo vendieron en un mercado en Viena. —Llenó el pequeño vaso—. Me dicen que está prohibido tomar alcohol en el hospital. Por eso me voy al parque durante el almuerzo. Reglas absurdas. Como muchas en este país. Creo que hoy podemos hacer una excepción. —Y vació el vaso de un trago. Respiró hondo—. Mucho mejor así.

Jerónimo se sentó lentamente. Sospechaba lo que el doctor le iba a contar.

—La segunda vez que Connie se escapó, Katrine llamó para confirmar que estaba con ella. Le ofrecimos una ambulancia, pero dijo que su hermana ya estaba demasiado alterada como para que también viniera más gente. Ella misma la traería de vuelta en su coche.

—¿Cree que discutieron? —le preguntó al doctor; no obstante, ya sabía la respuesta.

—Lo más probable —asintió—. La policía nos informó que Katrine se salió de la carretera. Era Navidad y nevó esos días. —El doctor se bebió el segundo vaso—. Connie salió ilesa.

Jerónimo se puso la mano en la boca.

—¿Me sirve un buen trago?

—Claro. Antes rehusó.

—Antes no sabía que hubo un accidente y una muerte.

—Los padres nunca perdonaron a Connie —continuó el doctor—. Aquí tiene.

Jerónimo cogió el vaso y dio un trago. Tosió. Perdió la voz unos segundos.

—¿Esa es la razón de que la madre no quiera ver a Connie?

—Esa es la razón de que el padre no perdone a su propia hija. Empeoró tras la muerte de Katrine y la madre tuvo que encargarse de su cuidado. Perdió el trabajo y vendieron la casa. Connie desapareció y entiendo que terminó en España.

—Hasta ahora.

Se hizo un largo silencio.

—¿Puedo preguntarle cómo está tan seguro de que Connie está en Dinamarca?

Jerónimo se quedó pensando y luego negó con la cabeza.

—Después de lo que me ha contado, creo que estoy menos seguro de todo. —Suspiró—. ¿Cree que el padre ha perdonado a su hija?

El doctor guardó la botella.

—Cuanto más grande es la herida, más difícil es cerrarla. Y sin perdón, la herida nunca sana.

Jerónimo desvió la mirada. Pensó en Alberto y en la muerte de Josep. Había un cierto paralelismo con su pasado. De alguna forma entendía al padre.

Le dio las gracias al doctor. De vuelta al hotel, se acordó que se dejó la tarta de manzana encima del escritorio del doctor. Esa noche un gato tendría una gran indigestión.

20

Jerónimo volvió a llamar a Carles varias veces, pero lo dejó por imposible. Luis tampoco lo había contactado y eso significaba que no había noticias. Quería mantener a su hermano Gabriel al margen. Estaba demasiado ocupado con su recién nacido y, además, había sido él quien no quería que aceptara el trabajo.

En la recepción del hotel le dijeron que alguien lo estaba esperando. Primero pensó que se habían equivocado. Ni siquiera Luis sabía dónde se alojaba. Luego recordó la llamada de Alberto y se pasó la mano por la garganta. Quiso subir rápido a la habitación, coger todas sus cosas y desaparecer.

—¿Está segura? —le preguntó a la recepcionista mientras golpeaba nervioso el suelo con el pie.

—No me quiso decir su nombre —respondió señalando al fondo.

Sus cejas se juntaron. Giró despacio la cabeza con la espalda recta mientras apoyaba las manos sobre el mostrador de recepción haciendo presión. Estaba en un lugar público, se repetía en su cabeza. Había gente que entraba y salía. Cámaras de seguridad. Enfocó la vista y vio en la esquina a una mujer muy delgada y alta como una columna, con aire de aristócrata. Relajó el rostro. Era Helle, la madre de Connie.

La mujer hizo una señal tímida. Se mordió el labio inferior y entrecruzó las manos, jugando con un anillo demasiado ancho para unos dedos largos y delgados. Un moño que en otra época hubiese sido rubio, era ahora cano por los años, pero lo que más llamaba la atención era un maquillaje que no correspondía a su edad.

—Necesito que me ayude —dijo con voz desesperada.

Jerónimo fue incapaz de moverse durante unos segundos.

—¿Quiere que busquemos un sitio tranquilo donde sentarnos y hablar?

—La enfermera le está echando un ojo a mi marido. Voy justa de tiempo. No tengo más que treinta minutos antes de volver a casa.

Jerónimo y Helle salieron del hotel en dirección al café Emmerys. Esta vez, sí que se comería una tarta de manzana con extra de crema fresca.

La madre pidió un té Earl Grey.

—Solía quedar en este café cuando esperaba a mis compañeros para ir a trabajar al teatro real de Copenhague. Hace ya mucho tiempo de esto, y esta cafetería tenía otro nombre y otros muebles.

—¿Cuándo dejó su trabajo?

—Nunca fue un trabajo. Voluntaria como extra en las grandes funciones de aquella época. Fue mi pasión hasta que conocí a Jørgen y… bueno, intenté tomarme en serio mi carrera, pero Katrine vino al mundo y todo cambió para mí. —Bufó recordando el pasado—. La familia y las artes nunca son compatibles. Y quien diga que sí, miente. Cuando tienes una pasión, pagas un precio muy alto si quieres triunfar. El precio que pagas es la soledad. Conocí a otras actrices mayores que yo, que terminaron viejas, solas y amargadas. Así que dejé la pasión y me dediqué a la familia. Pero me he dado cuenta de que yo también he terminado como ellas…

Giró el anillo de casada. El rostro no solamente tenía un maquillaje demasiado blanco, también había pintado algo de resentimiento en su forma de mirar.

Jerónimo fue a la barra y volvió con una bandeja.

—Aquí tiene el té, Señora Nielsen.

—Gracias. Por favor, llámeme Helle.

—Helle, hablé con el doctor que trató a su hija Connie.

La madre echó un terrón de azúcar y movió el té sin mirar a Jerónimo.

—Ahora lo sabe todo.

—Le acompaño en el sentimiento.

Helle paró y apretó la cucharita con los dedos. Miró a través de la ventana a la gente que pasaba y dio un sorbo al té.

—Aquel invierno tuvimos nieve de dos palmos aquí en Roskilde. Connie llamó desde el hospital para que la recogiéramos. Decía que le habían dado el alta. Katrine pasó por casa con las invitaciones de boda e insistió en ir ella y darle la noticia, pero nunca volvió. La policía tocó a la puerta y nos informó del accidente. —Dejó el té a un lado. La mano le temblaba.

—Lo siento muchísimo.

—Connie estuvo unas horas en urgencias. Salió ilesa. Tuvieron que sedar a mi marido. Maldecía a su propia hija: «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, malnacida?». —Apretó los labios.

Jerónimo se inclinó hacia delante, pero no supo qué decir.

—Está bien —dijo la madre. Como si la historia, al ser contada, pesara menos en el pecho. —Nunca volví a ver a mi hija Connie. Desapareció de mi vida. Lo intenté. De verdad que lo intenté. Connie no quiso vernos nunca más. Mi marido tuvo un derrame cerebral y se quedó postrado en una silla de ruedas. Sobran actrices de teatro viejas. Vendimos la casa y el resto ya se lo imagina.

Una lágrima manchada de rímel resbaló por su mejilla. Sacó un pañuelo del bolso y se la secó con mucho cuidado para no estropear el maquillaje.

Jerónimo no supo cómo consolarla.

La madre bajó la mirada y removió el té con la cucharita como removía sus memorias.

—¿Por qué se fue de la casa de sus padres?

Jerónimo dudó.

—Me fui.

—¿Así porque sí?

—Bueno, Valencia se me hizo pequeña y la relación con mi familia no era buena. —Calló unos segundos y también él miró a través de la ventana la gente que pasaba—. Hice algo de lo que no pude perdonarme.

—¿Y se ha perdonado?

Se rascó la barba.

—No. No lo creo.

—Yo tampoco.

Jerónimo pasó un trozo de tarta de manzana sobre la crema y la saboreó.

—Tengo una vida en Londres. La mujer de mi hermano pequeño ha tenido un hijo precioso y fui a Valencia para pasar unos días con la familia. Uno de los clientes del bufete de abogados de mi hermano mayor me ofreció bastante dinero, si encontraba alguna pista del paradero de su mujer y su hija, aquí en Dinamarca.

—Y seguimos esperándolas —susurró la madre.

Jerónimo asintió varias veces.

—Pensé que era un problema marital. Connie dejó a su marido y se llevó a su hija de vuelta a Dinamarca. Solo vine para confirmar si realmente no quería volver con él y respetar su decisión. ¿Y no se han visto? —le preguntó a la madre.

—Ya le dije que no. Su padre está muy mal. No quiere morir sin pedirle perdón a su hija por todos estos años de silencio y resentimiento. Quiere cerrar heridas. ¿Me entiende?

—Demasiado bien. No hay peor herida que la que nunca cicatriza.

La madre guardó el pañuelo.

—Hay algo que no le he contado.

Jerónimo ya lo intuía.

—¿Cuándo la llamó Connie?

—Tampoco me llamó.

—¿Pero le ha contactado?

—Por eso estoy aquí. Cuando se fue, pensé en sus palabras. Parece un buen hombre. Es cierto, Connie me avisó de que venía. Después de todos estos años, mi hija vuelve a casa. Y vuelve con mi nieta. ¿Sabe que nunca la he visto? —Sus ojos brillaban, pero su sonrisa era triste—. Se parece tanto a Connie de niña… —Suspiró—. Esperé y seguí esperando. No tengo su teléfono ni su dirección en España, así que cuando usted se presentó preguntando por ella, supe que le tenía que haber pasado algo. —Miró a Jerónimo que contenía la respiración—. Y ahora que iba a reencontrarme con mi hija y conocer a mi nieta, la vuelvo a perder. Es como condenar a un inocente por un crimen que no ha cometido y castigarlo dos veces. —Sacó un sobre del bolso—. Aquí tiene. Léala si quiere. No creo que le sirva de mucho.

Dentro del sobre había una foto de Laura. La carta estaba escrita a mano.

Kaere mor,

…

Querida mamá,

Cuando leas esta carta, estaré de camino de vuelta a casa.

Espero que papá me haya perdonado por la muerte de Katrine. Yo también sufrí mucho su pérdida.

Os echo mucho de menos. Tengo tanto que contaros…

Hace unos años conocí a gente con poder aquí en España y me engañaron con promesas y dinero. Un hombre inocente terminó en la cárcel por mi culpa. Viajé por la India buscando paz interior y volví a España, mi nuevo hogar, con la cosita más preciosa de este mundo, mi niña. Se llama Laura, como la abuela.

Hace unas semanas, el pasado tocó a la puerta y tuve miedo de que me

quitasen a mi hija. Un miedo aterrador. Ni siquiera mi pobre marido podía ayudarme. Y el miedo me hizo pensar en ti y lo que había sido todos estos años sufrir por la pérdida de tus hijas.

Viendo a Laura crecer, entendí que la mayor pena para una madre es perder a sus hijos.

Mamá, ya no soy la misma, pero los remordimientos no me dejan vivir.

Siento todos estos años de ausencia. Lo siento con toda mi alma.

Pronto iré a verte con Laura y te lo contaré todo.

Tu hija Connie

Jerónimo dio la vuelta a la carta y buscó algún detalle. No había fecha.

—¿Cómo sabía su dirección?

La madre se encogió de hombros.

—La recibí hace una semana.

Jerónimo hizo un cálculo mental. Connie tendría que haberla mandado unos días antes de su desaparición.

Releyó la carta.

«*…tuve miedo de que me quitasen a mi hija*».

—¿Por qué tenía miedo de que le quitasen a su hija?

—No lo sé. —La madre juntó las manos moteadas y arrugadas por la edad, en un gesto de súplica—. Por favor, encuéntrelas.

Jerónimo se preguntó si debía contarle que Alberto, ese «hombre inocente», buscaba a su hija para vengarse, lo había amenazado por teléfono y estaba siguiendo sus pasos, tanto que sabía que Jerónimo había estado en casa de los padres.

Se le ocurrieron dos opciones y las dos apuntaban al mismo sitio.

Si Connie se escondía en Dinamarca, en algún momento contactaría con su madre. En ese caso, lo más inteligente sería quedarse por allí y proteger a Connie antes de que apareciese Alberto. Pero si estuviera escondida en España, lo más inteligente también sería quedarse en Dinamarca y despistar a Alberto, haciéndole creer que Connie también se encontraba allí.

Hizo una foto a la carta con el móvil y sintió un hormigueo en el pecho. Empezaba la cuenta atrás.

—Le prometo hacer todo lo que esté en mi mano.

Porque Jerónimo cumplía lo que prometía o por lo menos lo intentaba.

Una hora más tarde, sonó su móvil. Era su hermano Gabriel.

21

—¿Gabriel? ¿Todo bien?

—Jero, ¿sigues en Copenhague? —la voz de su hermano sonaba preocupada.

—Estoy en Roskilde.

—¿Eso es Copenhague?

—Más o menos. Dinamarca.

Jerónimo presintió cuál iba a ser su siguiente pregunta.

—¿Cuándo vuelves a Valencia?

Pensó su mejor respuesta y solo se le ocurrió decir:

—Pronto.

Le contó a Gabriel la visita al hospital psiquiátrico, el encuentro con la madre y la carta de Connie, pero omitió la llamada de teléfono de Alberto. No quería preocupar a su hermano más de lo necesario. Había tomado la decisión de quedarse hasta que hubiera noticias de Connie.

—Esa mujer no está estable —dijo Gabriel—. Llevas casi una semana fuera. Deja que la policía se ocupe. Te puedes caer de culo.

—Creo que eso ya lo he hecho alguna que otra vez.

—Eva piensa que eres muy gracioso. Yo no. Vuelve a Valencia.

—¿Eva y el niño están bien?

—Estamos bien. Cambio pañales y duermo poco.

—A eso lo llamo ser papá. —Ajustó el móvil e inspiró—. Gabi, escucha, ahora no puedo volver. Prometí a Carles encontrar a su mujer y siento que estoy muy cerca.

—Eva me pidió que hablase contigo. Quiere que vuelvas a Valencia. Está preocupada por ti.

—¿Eva? —Carraspeó—. Sé cuidar de mí mismo.

—¿Y qué le digo?

—Dile que hablaste conmigo y que estoy bien. —El silencio de Gabriel le hizo sospechar que había algo más detrás de su llamada—. Hay algo que no me estás contando —le dijo a su hermano.

—¿Es que no puedes escuchar a la familia por una vez? —preguntó Gabriel, con tono enfadado.

Jerónimo ya no tenía sospecha. Conocía a su hermano y no sabía disimular.

—Está bien. Dame una razón.

—No puedo.

—O no quieres.

Gabriel se quedó callado. Jerónimo insistió:

—Necesito que me des una razón para volver. Una razón que me explique por qué tengo que dejar de buscar a esa mujer y a su hija.

La voz de Gabriel sonó otra vez más gruñona que enfadada.

—Vuelve, Jero. Tienes que volver, porque… si te pasa algo, Eva se pondría muy triste.

—Gabi, no es el momento.

—Nunca es el momento.

Jerónimo pensó en Alberto.

—Solo te puedo decir que esto va más allá de la desaparición de una madre y una hija. Pero te prometo que te lo contaré cuando todo termine.

—Si no termina antes contigo.

Jerónimo apretó el móvil.

—Por favor, Gabi. No me lo pongas más difícil.

—¿Qué le digo a Eva?

—Dile que tienes un hermano mayor muy cabezón y que muchas veces se equivoca, pero hay algo cierto. —Paró unos segundos—. Siempre pienso en vosotros.

—Deja de jugar a los detectives. Hazme caso. Vuelve a Valencia. Esto puede ser más peligroso de lo que tú te crees.

Jerónimo paró antes de entrar en el hotel y puso la espalda rígida.

—Gabi, te conozco demasiado bien para saber que hay algo que no me estás contando.

Esperó una respuesta de su hermano.

—Sabes que no puedo hablar de mi trabajo.

«¿Su trabajo?», se preguntó Jerónimo y su corazón se aceleró.

—Llevo días perdido como un pulpo en un garaje. ¿Habéis encontrado a Connie y a su hija? —dijo atropelladamente.

—No puedo decir nada de un caso policial. ¿Entiendes? Sería suficiente con decirte que podrías estar en peligro.

Jerónimo levantó la vista y entró en la recepción. Se sentó en el sillón pegado a la pared, desde donde podía ver a los huéspedes entrar y salir.

—¿Podría estar en peligro o estoy realmente en peligro? —preguntó frustrado por el tono enigmático de su hermano—. ¿Qué sabes?

—No me líes —dudó Gabriel como si quisiera comerse sus palabras—, que no puedo decir nada. Ni siquiera saben que te estoy llamando. Eva me insistió.

Ahora era Jerónimo quien estaba enfadado.

—Gabi, me llamas para exigirme que vuelva a Valencia y metes a Eva de por medio. Deja tú de jugar a los detectives. Se lo prometí a Carles. ¿Vale? Si no tienes nada más que decirme, hablaremos cuando vuelva. Fin de la conversación.

Y colgó.

Mordió el puño para sofocar un grito, pero enseguida se sintió mal por haber colgado a su hermano. Sabía que lo hacía con sus mejores intenciones. Antes de llamarlo de vuelta y disculparse, Gabriel se adelantó y dejó caer la primera bomba.

—No vas a encontrar a Connie en Dinamarca.

A Jerónimo se le cortó la respiración.

—¿Ha aparecido? Está en Valencia, ¿verdad? Gabi, tengo que saberlo.

—No me chilles.

—Gabi, por favor. Necesito saberlo.

Gabriel estaba al otro lado de la línea, pero no decía nada. Jerónimo escuchó un largo suspiro.

—Me estoy jugando mi trabajo. Es información confidencial y no debería decirte nada.

—Pero me lo dirás. ¿Verdad que sí? Porfa… —le pidió, con una voz de niño.

—Déjate de mariconadas. Eres cabezón como papá. Esto es lo que sé: han comprobado el día y la hora en la que Connie y su hija tomaron el vuelo a Copenhague. Nunca embarcaron. ¿Lo entiendes?

—¿Estás seguro? —dijo mientras sentía algo revolotear en el pecho.

—Un compañero me dejó revisar la documentación que nos enviaron de la compañía aérea. Nos confirmaron que Connie recogió los billetes del mostrador, pero nunca facturaron maletas ni se montaron en el avión. Por lo menos, no en ese. Faltaban dos pasajeros cuando el avión despegó. Suele pasar y la compañía no le dio importancia hasta que los contactamos. Te lo repito: el vuelo despegó sin Connie y su hija.

—Me ha quedado claro. —Jerónimo pensó en otras opciones—. ¿Cogería otro vuelo para despistar?

—Connie nunca voló a Copenhague. —El tono de Gabriel era ahora cansado.

—¿Podría la policía verificar las cámaras de circuito interno?

—Jerónimo, eres increíble —respondió Gabriel frustrado—. Esta mañana, el juez nos dio autorización. Más tarde, me pasarán una copia del circuito cerrado. Deja que la policía haga su trabajo.

—Estupendo. ¿Sabe Carles que Connie nunca tomó ese avión?

—Aún no.

—¿Y no se lo vais a contar a su marido tampoco?

—Lo hemos intentado.

—¿Y eso qué quiere decir? Yo no he conseguido hablar con él desde ayer.

Aquí paró Gabriel otra vez y eso no era una buena señal.

—Carles está en el hospital, inconsciente.

Cayó la segunda bomba. Jerónimo pensó en Alberto y en la llamada de teléfono. Demasiada coincidencia.

—¿Qué le ha pasado?

—Tuvo un accidente de coche al salir del garaje. El médico del hospital nos ha confirmado que se pondrá bien, pero que necesita reposo.

Jerónimo se rascó la barba y pensó en Alberto.

—¿Crees que tiene algo que ver con la desaparición de su mujer? Siempre dijo que no tenía enemigos. ¿Sabes de alguien que pudiera estar detrás de Carles? —preguntó dando rodeos.

—No lo sé.

—No lo sabes o no me lo quieres decir.

—Jero, no lo sé —respondió Gabriel levantando la voz—. Cuando Carles se despierte, que nos lo cuente. ¿Vuelves a Valencia?

—No —se le escapó a Jerónimo.

¿O quizás sí?

Gabriel insistió.

—Volverás, porque te voy a enseñar el vídeo de circuito cerrado.

Jerónimo se sorprendió de la estratagema de su hermano Gabriel.

—¿Me lo puedes mandar como archivo?

—Estás loco. Son evidencias de la policía.

—Eso se llama chantaje emocional. Lo pensaré.

Y colgó. Estaba confuso. Se tomó unos minutos.

La reserva del hotel y la carta que escribió Connie a su madre dejaban clara su intención de coger a su hija y presentarse en Roskilde. Pero nunca voló a Dinamarca. Connie desaparecida y Carles en el hospital, inconsciente. La cosa estaba jodida. Toda esta historia olía a Alberto.

Unas horas más tarde, llamó a la compañía aérea y después le mandó un mensaje a su hermano.

«Gabi, aterrizaré en Valencia mañana por la mañana».

«Allí estaré. He visto el vídeo. Apaga el móvil. No hables con nadie. Con nadie. Apágalo ahora. Promételo».

Jerónimo se mordió el labio inferior. Gabriel había usado la palabra mágica «promételo».

«Lo hago por Eva».

Apagó el móvil y se sintió más aislado que nunca.

22

Durante el vuelo Copenhague-Valencia con escala en Madrid, Jerónimo sacó el libro que le había regalado Erik: *Memorias de Adriano*, pero no consiguió concentrarse en la lectura y se quedó dormido por el cansancio y el estrés. Fue un sueño intranquilo que lo mareó más que relajarlo. El avión aterrizó a la hora prevista.

Pasó por el control de pasaportes. En la cola estuvo tentado de encender el móvil y llamar a Luis, o contarle las últimas noticias a su amigo Christian, pero le prometió a Gabriel no encenderlo hasta encontrarse con él. Se agarró más fuerte a la mochila, como si así pudiera seguir de pie más tiempo. Estaba cansado, mareado por el viaje y bastante irritado. Guardó el pasaporte y sacó el móvil por inercia. Paró. Recordó las palabras de su hermano Gabriel: «Apaga el móvil». ¿Estaba de broma? ¿Qué había visto Gabriel en el vídeo de circuito cerrado?

Pasó por la puerta de salidas y buscó a su hermano con la mirada. En una mano tenía la mochila y en la otra el móvil. Si no aparecía en los próximos segundos, encendía el maldito móvil y cogería un taxi para llegar a la casa del abuelo. Estaba cansado de tanto misterio. Le dolían los oídos y aunque no había comido, tampoco tenía hambre. Quizás esa era una buena señal. Perder unos kilos.

Contó hasta tres y entonces alguien le tocó el hombro por detrás y saltó.

—Estoy de servicio —dijo su hermano Gabriel, poniendo su mano encima de la de Jerónimo, que sujetaba el móvil.

Echó una mirada de arriba abajo al uniforme de policía nacional de su hermano, con cierta molestia.

—Yo no. Y estoy cansado y de mala leche. Así que espero que lo que me tengas que contar sea muy importante. Extremadamente importante.

—¿Has encendido el móvil?

—Estoy muy tentado.

—No lo hagas.

—¿Y la razón?

Gabriel clavó la mirada en Jerónimo y sus manos grandes lo cogieron por los hombros.

—Te vienes conmigo. Tu vida corre peligro.

Jerónimo abrió la boca, formó una sonrisa tonta y solo pudo decir:

—Ah… siendo así…

Se pegó a su hermano que siguió caminando. Atravesaron las puertas y salieron a la calle.

—¿Algo nuevo de Connie? —preguntó Jerónimo.

—No.

—¿Cómo está Carles?

—En observación. Alguien colisionó con él por detrás cuando sacaba el coche del garaje. No se había puesto el cinturón y se golpeó la cabeza con el volante.

Jerónimo tragó.

—Lo quieren asustar.

—¿No has encendido el móvil? —le preguntó Gabriel. Jerónimo negó con la cabeza, exasperado. —¿Cuándo hablaste con Luis por última vez?

Jerónimo se tocó la barbilla y recordó que se había comido las galletas artesanas que compró para Eva, cuando habló con Luis.

—Hace un par de días. ¿A dónde vamos?

—A coger un taxi. —Y levantó la mano.

—¿Un taxi? ¿Y tu coche?

Gabriel arrugó la frente.

—En el taller. Esta mañana me di cuenta de que tenía las ruedas pinchadas.

Jerónimo abrió los ojos.

—¿Más de una?

—Las dos traseras.

—¿No te parece raro? —dijo ladeando la cabeza.

Gabriel miró a su hermano unos segundos, pero no respondió a la pregunta.

—Vamos a la cafetería que está al lado de la comisaría. Uno de los jefes de la policía quiere hablar contigo.

Jerónimo se detuvo y levantó la palma de la mano, haciendo un círculo en el aire.

—Para un momento. No tengo ganas de tomar café con nadie. Quiero ir a la casa del abuelo.

—Quiere verte de forma extraoficial y que le cuentes sobre Connie, Carles y Dinamarca. —Jerónimo pensó en Alberto, pero no dijo nada. Gabriel continuó con el plan—. Eva quiere que te quedes con ella en la casa de campo de su padre. —Se rascó la nariz y bajó la mirada—. Si te apetece.

—Claro que me apetece.

—Vale. —Y continuó andando.

—No, espera. No vale. Me apetece estar con Eva y el niño, pero no quiero ver a tu jefe.

—Lo hemos hecho pensando en ti.

Jerónimo enarcó una ceja.

—Muy amable por vuestra parte —dijo con sarcasmo.

El taxista se bajó del coche.

—Así es mejor —insistió Gabriel—. Una reunión informal. Solo él, tú y yo.

Se le escapó una carcajada seca.

—¿Solo él, tú y yo? ¿Y si me niego?

—No lo hagas todo más difícil.

Jerónimo cruzó los brazos, clavó una mirada en su hermano y esperó una respuesta.

—¿Y si me niego? —repitió.

Gabriel miró el pie de Jerónimo repiqueteando en el suelo.

—Obstrucción a la autoridad. Esto es serio, Jero.

—Vaya… —dijo mientras pensaba que había caído en alguna trampa.

El taxista los estaba observando sin atreverse a decir nada.

Jerónimo le pasó la mochila a su hermano, que la agarró por inercia.

—Tengo que ir al baño. —Pasó por el lado del taxista, que estaba entretenido viendo la discusión y le dijo—: El poli no es mi novio, es mi hermano pequeño y es un tocapelotas. Ahora vuelvo.

Gabriel se puso rojo como un tomate.

Jerónimo entró en el baño y se echó agua en la cara para atenuar los nervios. Se miró al espejo. Madurito canoso con barba. Torció una sonrisa y se bajó la camiseta un poco más. ¿Se compraba ropa de una talla más grande? No. Tenía que correr y cerrar la boca. Apoyó los puños sobre el lavabo. Hizo presión. El pobre Carles estaba ahora en el hospital.

Si no fue Alberto quién interfirió en el intento fallido de fuga de

Connie, ¿quién impidió que cogiera ese vuelo?

Algo falló en el plan de Alberto. Algo falló en el plan de Connie.

Salió del baño. Era hora de negociar. Volvió a la parada de taxis.

—Acepto. Le contaré a tu jefe todo lo que sé de Connie, Carles y Dinamarca. No iré a Londres. Todavía no. Me hace mucha ilusión ser yo el que desaparece. Voy a pasar unos días con Eva y mi sobrino en el aire fresco del campo.

Gabriel escuchó a Jerónimo atentamente con los ojos entrecerrados y sus cejas más marcadas.

—Pero… —añadió Gabriel.

—Pero yo también tengo una condición.

—¿Qué es?

—Quiero ver el vídeo ahora.

Su hermano bufó.

—¿No puedes esperar a que hablemos con mi jefe, primero?

—No.

—Eres terco como papá.

—Y suave como mamá. —Sus pestañas revoloteaban y una pluma se cayó al suelo.

Gabriel cerró fuerte las manos y dio un paso adelante.

—No le dirás nada a mi jefe. —Se acercó más a su hermano—. Ni a Eva. ¿Me has entendido? —Su voz era dura como sus puños.

Jerónimo asintió.

Gabriel insistió.

—A nadie.

—Te lo prometo por Snoopy.

—No me toques los huevos, Jero —levantó la voz.

—Eso sería incesto.

—¡Jerónimo!

Jerónimo echó el cuello hacia atrás. Había tocado el límite de la paciencia de su hermano. Borró una sonrisa tonta y dijo, serio:

—Está bien. ¿Vale? Lo entiendo. No diré nada.

Gabriel negó ligeramente con la cabeza.

—No te va a gustar lo que vas a ver.

El corazón de Jerónimo paró unos segundos. Se sentaron en el taxi. Gabriel puso su móvil en posición vertical y se lo pasó a Jerónimo.

—Aquí tienes el vídeo.

—¿Saben que lo tienes guardado en tu móvil?

—Ni siquiera saben que sé de su existencia.

Jerónimo pegó los ojos al vídeo. Era un circuito cerrado con la imagen en blanco y negro. Marcaba la fecha y la hora del día que desapareció Connie con su hija. Era fácil reconocerla entre la gente que iba y venía con maletas, abrazos de despedida y besos de reencuentro. Connie era alta y de pelo claro. Tenía cogida de la mano a su hija y estaban haciendo cola para pasar el control de seguridad. La niña llevaba una mochila pequeña con orejas de ratón. Sería la que solía llevar cuando iba a la guardería. La mochila de Connie no era mucho más grande. La cola continuó. Alguien se les acercó por la espalda. Un hombre. Gabriel tenía sus manos sobre las rodillas y las apretaba como un pasajero en un vuelo con turbulencias, mientras sus ojos bailaban de Jerónimo a la pantalla del móvil.

—No le dirás nada a nadie. Tiene que haber alguna explicación.

Jerónimo respiró hondo.

Golpearon el cristal del coche y los dos hermanos dieron un respingo. Era el taxista desde la calle.

—Perdone —le dijo a Gabriel a través de la ventanilla.

Gabriel bajó el cristal.

—¿Qué pasa?

—Tengo jodido el sistema para abrir el maletero. ¿Le importa levantarlo con la mano desde fuera, cuando yo le dé al sistema desde el cuadro de mandos?

—Voy. —Abrió la puerta y cuando salió del coche le dijo a su hermano—. Ahora te lo cuento todo.

Jerónimo no levantó la vista de la pantalla. Vio a un hombre vestido con traje de chaqueta. Parecía un ejecutivo. No era muy alto. Movía los brazos, nervioso, mientras le decía algo a Connie. Pensó en Carles. Mintió y sí que tuvieron una pelea. El hombre intentó agarrarla del brazo, pero ella se soltó dando un paso hacia atrás. Cogió a Laura y continuó la cola. Parece que se conocían. Jerónimo pegó más los ojos a la pantalla. Estaban secos. Parpadeó varias veces. La figura se giró y el corazón de Jerónimo cayó en picado. El hombre que intentaba sacar a Connie de la cola del control de seguridad era su hermano Luis.

23

El tiempo se ralentizó poco a poco hasta pararse.

Y se paró.

Quieto.

Estático en la nada. Y de la nada flotaba un nombre. Un nombre que se repetía en la mente de Jerónimo: Luis.

Fue Luis quien le convenció para buscar a Connie. Fue Luis quien insistió en que se quedara en Dinamarca, a pesar de las amenazas de Alberto. Fue Luis quien intentó retener a Connie antes de coger un avión a Copenhague.

Cuando Jerónimo cobró conciencia, despertó para entrar en una nueva pesadilla.

El tiempo tomó velocidad y en segundos, la vida de Jerónimo corría un peligro mortal.

Todo pasó muy rápido.

Gabriel le cogió la mochila de viaje y bajó del coche. Metió los dedos dentro del maletero para hacer presión y desbloquear el sistema. Cuando se distrajo guardando la mochila, dos gorilas entraron por ambas puertas del taxi, e inmovilizaron a Jerónimo por los brazos.

El taxista arrancó.

Habían caído en una trampa.

Intentó moverse, pero no pudo.

Intentó gritar y pedir ayuda, pero tampoco pudo. Le taparon la boca con cinta adhesiva.

Intentó ver lo que pasaba, pero fue imposible. Eso fue lo peor. Le cubrieron la cabeza con una capucha y todo se volvió negro.

Solo escuchó dos cosas: el motor del taxi que aceleraba a toda

velocidad y su corazón que aceleraba aún más rápido.

Casi no podía respirar. Se ahogó. La última imagen que se quedó grabada en su memoria fue el asiento de su hermano ocupado por una masa de músculos con gorra y gafas de sol.

Unas manos fuertes lo agarraban por los brazos y una tercera le dobló la nuca para que se agachara. Que nadie lo viera. Que no levantaran sospechas. El móvil de su hermano se cayó al suelo. El taxi siguió acelerando. Le faltaba el oxígeno y todo se volvió negro.

Nadie dijo nada.

Minutos más tarde pararon. Sacaron a Jerónimo como un muñeco de trapo y lo arrastraron unos metros. ¿Iba a morir? ¿Así? Había llegado su hora y tuvo miedo. Tuvo tremendas ganas de mear. Una mano le cogía de la cabeza y lo agachaba. Lo estaban metiendo en otro coche. Eran profesionales. No querían que nadie siguiera su rastro. El coche arrancó. Al parecer, lo querían vivo.

Por algún capricho de su conciencia, su mente viajó al día que tomó el avión con dirección a Valencia para ver a su familia y a su sobrino recién nacido. Atrás dejaba una relación con un danés que no terminaba de germinar. Cada día había pisado un peldaño más abajo, hacia los infiernos. Toda esta historia empezó con su hermano, quien lo puso en contacto con Carles y la desaparición de su mujer.

Luis siempre tuvo claro que Connie escapó a Copenhague. Ahora Jerónimo sabía que era porque Luis estuvo allí discutiendo con Connie mientras ella esperaba en la cola para pasar el control de seguridad. Connie debió despistar a Luís. Carles, desesperado por encontrar a su mujer e influenciado por los consejos de Luis, insistió tanto, que Jerónimo acordó ir a Copenhague y encontrar a la mujer, siempre y cuando ella estuviera de acuerdo con hablar con su marido. Un trabajo fácil: confirmar que Connie y su hija estaban bien. Después de la llamada de Alberto, quedaba claro que Connie no huía de su marido. Sintió la bilis subir por el esófago, como veneno. Intentó tragar, pero tenía la garganta seca.

¿Qué hacía Luis discutiendo con Connie, el día de su desaparición? ¿De qué hablaron? ¿Qué le dijo para que cambiara sus planes y nunca

volara para encontrarse con su familia? Y si no cogió ese vuelo, ¿dónde estaban ahora Connie y su hija? ¿Seguían vivas?

El golpe de adrenalina pasó a un miedo absoluto.

Intentó controlar la respiración, pero solo salían unos gemidos.

—Cállate o te mato —dijo una voz grave.

Sintió la presión de un metal en el costado y tuvo un escalofrío. No se movió.

¿Y si Connie había sido raptada por la misma gente que lo tenía retenido? ¿Sería Luis capaz de matarlo a él, su propio hermano?

Lo conoció el día de la repartición de la herencia de su padre, pero este no les había dicho nada. Nunca los presentó y se llevó las razones a la tumba.

¿Por qué buscaba Luis a Connie? Recordó las palabras de su hermano: «es un favor», «yo solo soy un mandado». ¿Un mandado? Una luz se encendió. En eso no mentía Luis. No era exactamente él quien buscaba a Connie. Tenía que haber alguna relación con el bufete.

Connie sabía que todos la estaban buscando: su marido, Alberto y el bufete donde trabajaba Luis.

Había algo claro: en el momento en el que a Alberto le dieron la condicional, alguien del bufete estuvo muy interesado en contactar con Connie. Una alarma saltó y Alberto encontró lo que buscaba: la «rata» que había declarado en su contra. Tenía que estar equivocado, porque si todo esto era cierto, la historia de la desaparición de Connie y su hija era más macabra de lo que había pensado. Tuvo ganas de vomitar.

El coche paró. Había perdido la noción del tiempo. Lo llevaron a rastras hasta un lugar donde lo sentaron y le ataron las manos. La temperatura cambió. Sintió frío.

Si oponía resistencia, lo podían matar, pero si no hacía nada, también.

Fuera quien fuese la persona que lo había raptado, descubriría

pronto quién estaba detrás de los motivos de la desaparición de Connie. No iba a ceder tan fácilmente. Se escapó de Valencia hacia veinte años, se escondió durante una temporada y cuando salió convertido en un traductor profesional, viajó por casi todos los países de Europa y parte del continente americano. Se había codeado con diplomáticos, políticos y empresarios. Había visto las reglas del juego y había visto ganar y perder. No se movió, como sus raptores querían. Se quedaría así hasta que pudiera atacar.

Todo estaba claro: Connie cambió los planes de volar a Copenhague cuando apareció Luis. Ahora había que saber por qué y no iba a perder la partida.

Le quitaron la capucha y la venda de los ojos. La luz era intensa y todo parecía borroso. Jerónimo parpadeó varias veces y ajustó la vista. Vio a sus raptores. Uno al lado del otro. Tenían la misma estatura y el mismo tamaño grande de orangután enfadado. Parecían idénticos. Jerónimo estaba mareado. ¿Veía doble? Llevaban medias en la cabeza, que les desfiguraban el rostro. Pero vestían con camisetas de colores distintos. Eran hermanos.

—Pin y Pon… —murmuró y se rio de su propio chiste.

—¿Qué ha dicho? —dijo uno de ellos con voz tosca, ajustándose la media en la cara.

Jerónimo movió la cabeza hacia atrás y pidió agua. Tenía la garganta seca.

—Ha dicho que quiere agua —dijo el otro.

Uno de los hermanos llenó un vaso y se lo puso en los labios. Jerónimo bebió con avidez. Observó el lugar. Estaban en una pequeña bodega de vinos. Paredes de cemento cargados de hileras de botellas y luces tenues en las esquinas. Olía a agrio y a sótano húmedo.

Jerónimo tiritó. Estaba mojado en sudor. Movió las muñecas. Tenía las manos bien atadas. Intentó abrirlas y cerrarlas para que la sangre circulase.

No había ventanas. Solo un par de sillas, una mesita y muchas

botellas de vino, algunas con la etiqueta raída por los años. Gotas de sudor le caían por la frente. Cerró y abrió los ojos varias veces.

El otro orangután le apretó el hombro y presionó el nervio. Le hizo gracia escuchar a Jerónimo gritar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jerónimo entre jadeos.

El orangután miró a su hermano y soltaron unas carcajadas.

—Está bien —dijo Jerónimo—. A ti con la camiseta blanca sucia, te voy a llamar Pin; a tu hermano de camiseta gris vieja, Pon. Sois Pin y Pon.

Los hermanos se miraron sin entender. Uno de ellos comprobó la hora. Jerónimo intuyó que estaban esperando a alguien.

—Quítate la media para que te vea bien la cara.

El orangután gruñó con desprecio. Jerónimo continuó provocándolos.

—Las medias se ponen en las piernas y solo las llevan las mujeres.

—Va de gracioso el marica este —dijo el orangután Pin.

Jerónimo escuchó atento su voz y continuó hablando.

—Me estoy meando.

El orangután Pon lo miró con cara de pocos amigos.

—Te aguantas.

—No puedo.

—Cierra la boca.

—Es que…

—¡Que cierres la boca, te he dicho!

Repitió las palabras en su mente. Ahora estaba familiarizado con la

voz de los dos hermanos.

—Estamos en la playa. Lo puedo oler. Hemos dado vueltas, pero estamos muy cerca de la costa. Mi hermano habrá avisado y la policía llegará de un momento a otro. Os pueden seguir con el sistema del GPS del móvil.

No estaba seguro de lo último, pero se lo inventó.

—Nuestro jefe está de camino. Quiere hablar contigo —dijo el orangután Pon.

—Dile a vuestro jefe que se vaya a la mierda.

El orangután Pon le metió un guantazo. Jerónimo apretó los dientes. Se mareó y sintió sabor a sangre.

—El jefe insiste y tú haces lo que se te dice.

—Yo también insisto. Dile que se vaya a la gran mierda.

Antes de terminar la frase, le había pegado otro guantazo, que le hizo zumbar el oído durante unos segundos. Este le dolió más. La última vez que le dieron una torta, fue en un bar gay en Berlín y no fue precisamente por ser gay, sino por defender una chica que, por cierto, era lesbiana. Bueno, todo quedaba en casa.

—Dijo el jefe que no lo toques —dijo el orangután Pin.

—Un poco tarde —consiguió decir Jerónimo mientras movía los músculos de la cara y un hilo de sangre corría de la comisura de la boca—. Mira, habéis hecho vuestro trabajo. Me trajisteis, pero a mí no me interesa. Así que quiero irme.

Los dos gorilas se miraron, cruzaron los brazos al mismo tiempo y empezaron a reírse. Sus risas hacían eco en la pequeña bodega.

—¿Quieres otra hostia, listillo? —dijo el orangután Pon.

Jerónimo negó con la cabeza gacha. Mejor se callaba.

—No le pegues. —Levantó la mano su hermano—. Dijo el jefe que

se encargará él de que este marica desaparezca. —Y le tapó la boca con cinta.

Jerónimo tuvo un escalofrío. ¿Hacerle desaparecer? Su hermano Gabriel lo estaría buscando con todo el regimiento de la policía de Valencia. ¿Podría aguantar? ¿Y si no lo encontraban?

La puerta se abrió y entró alguien que lo observó.

Jerónimo puso la espalda recta y sintió que quería levantarse y correr.

Era un hombre de estatura mediana, con el rostro enjuto, pelo color pimienta y unas gafas sin montura sobre una nariz larga, pero en consonancia con las facciones de la cara, que le daban un aire intelectual, o como mínimo interesante. Llevaba una camisa blanca de lino y pantalones a juego. Parecía un marido atractivo cuarentón, de estar por casa. Incluso tenía cara de buena persona. Hizo una señal con la frente y los dos gorilas desaparecieron de la oficina. ¿Quién era ese hombre? ¿Luis trabajaba para él? ¿Qué quería?

Jerónimo irguió más la espalda.

El hombre se acercó y puso su dedo índice sobre sus labios, mientras le quitaba la cinta aislante con la otra mano.

—Sh… —Sus ojos eran duros, de color ceniza.

Jerónimo intentó sacar pecho y clavó su mirada en el adversario. Cuando habló, escupió las palabras:

—No sé cómo convencisteis a Luis para que hiciera lo que hizo, conmigo lo tendréis más difícil.

El hombre sacó un pañuelo de papel del bolsillo y le secó la sangre del labio.

—Vaya, vaya, pequeño Jerónimo, como pasa el tiempo…

Jerónimo sintió como si le pasaran una espada fría por la columna. Miró más detenidamente al hombre que tenía enfrente y fue ahí cuando empezó a sudar.

—Alberto…

24

Jerónimo tembló. La voz desenterró recuerdos de la infancia que pareciese que nunca habían existido, de tanto esconderlos en la memoria del olvido. Tuvo miedo. Nervios y mareo se daban la mano.

—Vaya, vaya, pequeño Jerónimo… —repitió Alberto.

La voz era aún más grave de lo que recordaba. La misma voz de la llamada de teléfono en Roskilde y la misma que lo acosó de niño.

Después de casi treinta años estaba delante de Alberto, el matón de la escuela. Aunque no lo hubiera reconocido. No era el recuerdo que tenía de él. No era tan alto como lo recordaba, pero esto podía ser porque él también había crecido.

Apretó los puños. Tenía muy claro que aquellos años ya pasaron y que no iba a mostrarle ninguna debilidad.

—Tenemos que hablar —dijo Alberto.

«Y hablaremos», pensó Jerónimo. Largo y tendido. Hasta que alguien viniera a rescatarlo o se le ocurriese como escapar.

Alberto dio la espalda a Jerónimo y con gestos calmados, buscó en la bodega una botella, en concreto. Todas tenían el mismo tamaño, pero con formas diferentes y de algunas colgaban etiquetas raídas.

—Dicen que da buena suerte beber una copa de vino del año en que naciste. ¿Eres un año más joven que yo? —preguntó Alberto.

—Dos años más joven. Repetiste curso dos veces. Yo tenía once años, tú tenías trece.

Alberto paró unos segundos y miró a Jerónimo de reojo.

—Es cierto. Fueron tiempos difíciles para todos.

Puso la botella y una copa encima de la mesa rústica y sacó una bolsa de cacahuetes y un sacacorchos del pequeño cajón.

—El vino fue la obsesión de mi padre. Quería fermentar un vino para comercializarlo. Vinos valencianos. De aquí de la tierra. No tienen nada que envidiar a un Rioja… y menos aún a los franceses o italianos. ¿Sabes por qué los vinos franceses son más populares que los españoles? Porque los franceses son buenos en el marketing y saben cómo vender sus vinos. —Olió el corcho—. Nuestra calidad es igual o mejor.

—¿Me has traído aquí para darme una charla sobre enología y estrategias de marketing?

Alberto lo miró a los ojos, mientras dejaba despacio la copa de vino sobre la mesa. Era un hombre atractivo. Percibía a Alberto de una forma muy diferente a como recordaba a ese matón de escuela y por lo tanto creaba una disonancia cognitiva en su cerebro. ¿Quién era ese hombre?

—He abierto la botella para ti también. ¿Quieres?

Jerónimo le siguió el juego.

—Me tendrás que desatar.

Alberto se levantó, llenó otra copa y después le desató las manos. Jerónimo estaba alerta esperando un movimiento en falso que no llegaba. Se preguntó qué estaba tramando. Esa tranquilidad le ponía más nervioso.

Alberto reguló la temperatura de la bodega.

—No quiero que suba la temperatura, o los vinos más delicados se estropearán.

El sistema de enfriado se encendió e hizo un pequeño zumbido.

Jerónimo agarró la copa. Tenía las manos entumecidas y la camiseta pegada al pecho. Hizo como que bebía y se mojó los labios sin apartar la vista de Alberto, que regulaba el sistema de enfriado. El vino sabía a roble y frutas especiadas. Pensó que podría golpearle con la botella y salir corriendo. Podía correr muy rápido. Pero descartó la idea. No funcionaria. Los gorilas estarían fuera y lo atraparían. Se quedó mirando el sistema de enfriado. Por ahora le seguiría el juego.

Alberto se sentó a la mesa y abrió la bolsa de cacahuetes. Jerónimo lo observó mientras aplastaba la cáscara con el pulgar y el dedo índice.

—¿Quieres? —le preguntó.

Jerónimo negó con la cabeza.

—El buen vino me lo tomo con un buen queso, no con cacahuetes. —Dejó la copa en la mesa—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que hablemos. ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? ¡Puf! Desapareciste de la noche a la mañana.

Jerónimo bajó la mirada y sacudió la cabeza para así desechar los malos recuerdos. Se tocó la cara. La tenía dolorida.

—¿Me has traído hasta aquí para rememorar tiempos pasados?

La tarde del accidente, Jerónimo llegó a casa con los pantalones rasgados y sucios. Su madre se puso furiosa. Se duchó y estando sentado en el filo de la bañera mientras se secaba, decidió contarle que había visto a Josep arrollado por un tren. Cuando se levantó, tocaron a la puerta. Su madre abrió y una vecina le contó sobre la muerte de un niño en las vías del tren. Jerónimo lo escuchó desde el marco de la puerta. Parece ser que saltó el muro para recoger una pelota y cayó en las vías. Solo hubo un testigo. Otro niño presenció la tragedia, sentado en la tapia que separaba la estación del tren y las vías. La madre del niño se desmayó y el padre quedó en estado de choque. La familia estaba de camino para el velatorio. La casa de los Arnau era un enjambre de curiosos, vecinos y amigos que recogían los trozos de una familia rota por esta inesperada tragedia. Luego la conversación derivó hacia si estaba bien que los padres permitieran que los niños se fueran a jugar al fútbol en plena siesta. Jerónimo dejó la conversación de vecinas y entró en el comedor. Su padre estaba viendo el fútbol de los domingos. Le dijo que después del verano quería estudiar en el internado de Cheste, un colegio de renombre en Valencia. Su padre apagó la tele y le chocó la mano. Jerónimo nunca lo había visto tan orgulloso de él.

Levantó la vista y volvió al presente.

—Mis padres me metieron en el internado de Cheste.

Alberto masticó los cacahuetes con más fuerza.

—Nunca te despediste del grupo.

—Nunca tuve un grupo.

Jerónimo pasó todo el verano en el chalé de sus padres, alejado de chismes y habladurías. Cuando llegó septiembre, volvió a casa para coger la maleta y empezar el año académico en ese internado de renombre y lejos del pueblo. Ya no vio a Alberto ni a los otros niños.

—Nunca dijiste que yo también estuve.

Alberto paró de comer.

—Contar lo que pasó no traería de vuelta a Josep.

Jerónimo pensó en Carles.

—No contarlo ha hecho que Josep esté más presente que nunca.

—A Josep se le cayó la pelota. Fue a recogerla y ¡zas! Se lo llevó el tren.

Jerónimo apretó la mandíbula negando lo que escuchaba.

—No es exactamente cómo murió.

—Es así como yo lo recuerdo.

—Pero no es así cómo pasó.

—Sí que pasó así. —La voz de Alberto se elevó.

Jerónimo le lanzó una mirada de asco y prestó más atención a las botellas de vino colgadas de la pared.

Alberto continuó:

—Ahora que has conocido a su hermano pequeño, ¿por qué no te sinceras con él?

Los dos sabían bien que Jerónimo era incapaz. Es más, la culpabilidad que sentía por lo que pasó lo impulsó a ayudar a Carles a encontrar a su mujer y su hija. Enmendar de alguna forma el daño irreparable de la muerte de su hermano Josep.

—No le has dicho nada porque Josep no va a resucitar. ¿Sabes lo que le conté a la policía? Que lo llamé desde la tapia y le avisé que el tren se acercaba, pero no me hizo caso y se tropezó en las vías. Reaccionó demasiado tarde.

—¿Y se lo creyeron?

—La policía se lo creyó. Su madre me llamó mentiroso.

Jerónimo tenía grabada en la memoria la mirada de su propia madre cuando entró en el baño, más tarde. Recogió la ropa sucia por el polvo de las vías del tren y le preguntó si sabía algo. Jerónimo se puso nervioso y cuando se ponía nervioso miraba al suelo. Negó con la cabeza. Su madre no le llamó mentiroso. Simplemente no insistió. Su padre estaba demasiado contento con la noticia de que Jerónimo había decidido estudiar en el internado y hacerse un hombre de provecho.

—No sé por qué, pero le caías mal a Josep. Te tenía manía por lo que sea. Ya conoces el refrán, pequeño Jerónimo: unos cardan la lana y otros se llevan la fama. —Se frotó las palmas para quitarse las cáscaras de los cacahuetes.

Alberto transmitía una extraña serenidad.

Jerónimo continuó estirando el tiempo.

—¿Por qué te mandaron a prisión?

—Seguro que ya lo sabes.

—Pero no por ti. Quiero que seas tú quien me lo cuente.

Alberto lo miró unos segundos. Jerónimo esquivó la mirada y pensó en su hermano Gabriel. Desde la bodega no podía oír el ruido de la calle.

Cuando Alberto habló, su voz era tranquila.

—Me he pasado unos años en prisión por un puñado de mentiras. No tuvieron pruebas de cargo que afectase a mi derecho a la presunción de inocencia, solo pura especulación e indicios infundados. Aparecieron unos documentos falsos a última hora. Fueron admitidos. Era tan obvio que eran falsos… Falsos —repitió mientras retorcía las manos, haciendo incómodos sonidos con los huesos.

—Unos cardan la lana y otros se llevan la fama…

—Exacto, pequeño Jerónimo. Te he traído porque quiero que me cuentes todo lo que sabes de esa zorra. —Metió la mano en un cajón y puso sobre la mesa una pistola—. Y me lo vas a contar todo.

25

Jerónimo mantuvo la vista fija en la pistola mientras el corazón se aceleraba y la respiración aumentaba. Pensaba en su hermano Gabriel. Vendría, ¿no? Tenía que ganar tiempo. El vino le supo a metal, como la sangre.

—Me estoy meando.

Alberto miró la hora, vació la copa de vino y no se sirvió más.

—Ahí. La primera a la derecha. —Señaló a la puerta.

Jerónimo tenía las manos hinchadas y doloridas. Movió las muñecas y tuvo un calambre. Fingió que le costaba andar y fue absorbiendo cada detalle de la bodega y el pasillo. Se hallaban en un sótano. No había ventanas, pero podía oler el mar a través de las rendijas. Estaban muy cerca del agua, en alguna urbanización al lado de una playa, pero ¿dónde?

Alberto cogió la cuerda con la que Jerónimo estaba atado.

—Date prisa. Meas y vuelves. Tengo gente fuera y la ventana del baño es demasiado pequeña para que quepas, así que ni te molestes.

Jerónimo pensó que el miedo no lo iba a sacar de ese agujero. Entró, hizo pis mientras observaba a su alrededor. Simple. Nada especial. Se lavó las manos y se quedó mirando el jabón con olor a cítrico y aceite de oliva. Se le resbaló y cayó en el lavabo. Lo cogió, lo pasó suavemente por las manos y lo fue subiendo hasta el antebrazo. Ahora mismo lo que más le apetecía era darse un baño de burbujas. Le pareció la idea más tonta que podía tener en esos momentos. Continuó frotando las manos y las muñecas. Acercó el jabón a la nariz y lo olió. Tuvo un cosquilleo en la nuca y se le ocurrió otra idea tonta, una idea que podría ayudarle a escapar. Una idea absurda como toda esta situación.

Cuando volvió del baño, Alberto seguía machacando cacahuetes.

—¿Puedo cambiarme de camiseta? —dijo Jerónimo y un músculo de su mandíbula tembló.

Alberto lo miró a través de sus gafas sin montura, como si no entendiera la pregunta.

Jerónimo tiró de la camiseta e hizo una mueca con la nariz.

—La que llevo está muy sudada.

Alberto asintió y observó cómo Jerónimo abría la mochila con una mano y sacaba una camiseta limpia y una sudadera con capucha. El corazón daba golpes fuertes en el pecho cuando se puso de espaldas a Alberto y se colocó la sudadera con una de las manos cerrada y llena de virutas de jabón.

—¿También tienes frío?

Jerónimo giró solo la cabeza y respondió deslizando una mirada al regulador de temperatura, mientras les daba la vuelta a las mangas desde el interior, sin que lo viera. El corazón golpeaba fuerte sus costillas.

Alberto lo cacheó. Tenía vacíos los bolsillos y en la sudadera no había nada. Le cogió las manos y le ató las muñecas y los pies a la silla.

—Hueles bien —dijo con un tono en el que Jerónimo no supo distinguir si había sarcasmo y ajustó el último nudo. —¿Qué más llevas en esa mochila?

—Más ropa. ¿Dónde estamos?

—Soy yo el que hace las preguntas.

—Esta es la casa de tus padres, ¿verdad?

—Un chalé cerca de la playa. No te estoy contando nada que tú ya no hayas descubierto por ti mismo. Eres un chico listo, pequeño Jerónimo. Así que me vas a decir que sabes de Connie.

—No mucho.

—¿Alguna idea?

—No.

Alberto entrecerró los ojos y sus mejillas marcaban más su rostro enjuto.

—¿Dónde crees que puede estar? —acentuó cada palabra.

—No. Lo. Sé.

Alberto cogió la pistola.

Una gota de sudor entró en el ojo de Jerónimo, pero ni siquiera se atrevió a parpadear.

—Connie nunca voló a Copenhague —contestó dando rodeos para ganar tiempo.

—¿Qué más?

Jerónimo respiró hondo e intentó mantener la mirada alta.

—Mi hermano Gabriel iba a contármelo, pero tus matones fueron demasiado rápidos en atraparme y en salir huyendo.

—Mientes. —Alberto levantó la pistola en el aire.

La mandíbula de Jerónimo tembló y sus palabras salieron de su boca con urgencia:

—¿Sabes que cuando descubran que has sido tú, vas a pasar más añitos en la cárcel de dónde nunca debías haber salido?

Alberto apuntó a Jerónimo, que contuvo el aire y hasta su lengua quedó petrificada.

—Eso no va a pasar —le dijo y sus ojos brillaron y por extraño que pareciese, estaban tristes—. Tengo un plan. —Bajó la pistola y Jerónimo dejó escapar todo el aire, de golpe. Era un momento de tregua—. Mis chicos me han dicho que tu hermano y tú estabais muy entretenidos viendo un video en su móvil. ¿Qué había en ese vídeo? —Puso el móvil de Gabriel sobre la mesa.

—No sé —balbuceó—. ¿Lo has desbloqueado así de rápido?

—¿Crees que eso es lo difícil? Tampoco hizo falta ir a Dinamarca. De todas maneras, yo no hubiera podido pasar el control de pasaporte con la condicional. Pero sé cómo pinchar los mensajes de WhattsApp —dijo y se ajustó las gafas— y todavía es más fácil desbloquear un móvil. —Se acercó a Jerónimo—. Vamos a verlo juntos entonces.

Ver a su hermano Luis discutir con Connie le parecía surreal.

—¿Quién es el hombre que habla con Connie?

—No lo conozco.

Alberto se rascó la barbilla.

—Yo sí. Esa cara me suena. Estuvo en el juicio.

Jerónimo se quedó callado.

Durante el par de minutos que vieron el vídeo, solo tenía una meta: escapar. Salir corriendo y no mirar atrás.

Entonces Alberto hizo algo curioso. Metió la mano dentro de la mochila de Jerónimo y escarbó hasta que encontró lo que buscaba.

—Tienes el móvil apagado. ¿Cuál es la contraseña? —le preguntó Alberto mientras lo encendía.

Jerónimo se quedó callado mirando la pared.

Alberto cogió de nuevo la pistola y se la pegó en la sien. Jerónimo apartó la cabeza como un acto reflejo. Sintió el frío metal y cerró los ojos.

—No es lo que tú crees, pequeño Jerónimo. No es venganza lo que busco. —Quitó el seguro.

—Y me lo dices apuntándome con una pistola. —Los dientes le castañetearon. Nada iba a parar a Alberto. Le dio la contraseña entre tartamudeos—. No vas a encontrar nada.

Alberto ignoró el comentario. Se quedó pegado a la pantalla entrando y saliendo de aplicaciones.

Jerónimo no había encendido su móvil en las últimas veinticuatro horas. Ahora sería cuestión de tiempo que la policía lo rastreara, pensó mientras recuperaba el aliento.

Alberto fijó sus ojos en Jerónimo.

—Es más fácil de lo que pensaba. Carles te mandó un mensaje esta tarde: «Vuelve a Valencia. Connie y mi hija están conmigo».

—¿Dónde están? —preguntó Jerónimo, aunque sabía que nunca se lo diría.

Los ojos de Alberto se abrieron más y formó una sonrisa tan grande y grotesca que podría haber asustado al mismo demonio.

—Más cerca de lo que pensaba. Te pone en el mensaje que te encuentres con él y vayas solo. Es más raro que su hermano Josep. —Cerró los ojos. Cuando los abrió, su rostro parecía esculpido en piedra. Apagó el móvil, y se lo guardó—. No quiero dejar ningún rastro.

Jerónimo se revolvió en la silla.

—Eres un hijo de puta.

Alberto llamó a sus hombres.

—Chicos, iros a casa. Del resto me encargo yo. No quiero involucrar a nadie más. Es un asunto personal.

Los gorilas desaparecieron.

Alberto abrió un armario y sacó una foto vieja con un marco gastado.

—Antes de irme, quiero que sepas algo. Mi madre enmarcó esta foto del primer año que hicimos primaria, en párvulos. A mi padre le pareció una sensiblería, pero mi madre, que en paz descansé, la conservó. Él nunca fue una persona fácil y, sobre todo, siendo yo su único hijo. Las frustraciones de no poder comerse el mundo cayeron en

mí. Tenía mucha presión en casa. Tomé decisiones sin pensar y me equivoqué bastantes veces.

Jerónimo no le hizo caso a la foto. La rabia le comía por dentro.

Alberto continuó.

—Es fácil saber quién soy. —Y acercó el marcó hasta Jerónimo, que movió el cuello para atrás y apenas prestó atención a esos niños vestidos con baberos anchos, verdes.

—Este soy yo. —Apuntó con el dedo—. Cuando cumplí los doce años, mi madre me contó que fui fruto de una infidelidad. Un hijo bastardo. No me lo dijo con esas palabras, pero me lo explicó para que yo lo entendiera. El marido de mi madre hizo de padre adoptivo todos estos años. Sabía que yo no era su hijo biológico, puesto que no podía tener hijos… y mi madre, que siempre quiso uno, bueno, cometió un error y me tuvo a mí. Nunca conocí a mi verdadero padre. Ahora ya no tengo ningún interés. Mi padrastro me enseñó lo fácil que era conseguir cosas abusando de la gente que te quería. De puertas para dentro trataba a mi madre como a una mierda y a mí, más o menos igual, si me rebelaba. Llegué a odiarlo con todas mis fuerzas. Durante el tiempo que estuve en la cárcel me di cuenta de que yo había sido igual con mucha gente, con mis compañeros de colegio. —El rostro de Alberto se suavizó—. Contigo, por ejemplo.

Jerónimo encontró al joven Alberto en la foto y el corazón se le paró.

—A Connie le pagaron para robar unos documentos que luego falsearon. Trabajaba como secretaria en una inmobiliaria que prometía a daneses apartamentos en la Costa Blanca, tirados de precio. Nosotros teníamos una cartera de apartamentos a través de contactos con el ayuntamiento. Me calentó la bragueta y cuando me descuidé, robó documentos importantes que luego falsearon y… ya sabes cómo son estas cosas. Se busca a un culpable para tapar a otros delincuentes. Ya no supe nada más de ella hasta hace poco. —Tragó fuerte—. La sorpresa fue inmensa.

Jerónimo tardó unos segundos en asimilar la noticia.

—Y encontrando a Connie, encontraste a Laura.

Alberto asintió. Se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Antes de hablar, Jerónimo se adelantó.

—Laura sufre de estrabismo.

Alberto asintió otra vez.

—Se le irá en un par de años, cuando cumpla los seis.

Se hizo silencio en la pequeña bodega de luz tenue. Un silencio tan profundo, que aplastaba a Jerónimo y no le dejaba respirar. Un silencio que era casi un grito de desesperación.

—Laura es mi hija.

Alberto se agachó y se puso casi de rodillas mirando a Jerónimo.

—No te metas en esto. Es asunto mío y de Connie. No puedes salvar a Carles. Él no es el padre. Lo soy yo —repitió—. Laura es mi hija. Mi hija.

Se levantó.

—¿Qué les vas a hacer? —preguntó Jerónimo, desesperado.

Alberto no respondió.

—Alberto —insistió—, ¿qué estás planeando? —Levantó más el tono de voz.

Miró una última vez a Jerónimo.

—Siempre me has caído bien. Lo digo en serio. Te encontrarán pronto.

Lo amordazó y antes de desaparecer por la puerta, guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

26

Jerónimo estaba en el sótano de una bodega, atado de pies y manos a una silla. Se le quedó grabada una imagen en la cabeza, la imagen de la pistola. Nunca había visto una pistola real, pero aquello era real. Las cuerdas que lo ataban eran reales, el pañuelo que le tapaba la boca era real y la muerte también era real.

Sintió un sudor frío y un calor intenso al mismo tiempo. No conseguía controlar la mandíbula. Los dientes le castañeaban. La última vez que vio a Alberto hacia casi treinta años, hubo una muerte. La historia se repetía.

Según lo que contaba, Connie le robó unos documentos que fueron más tarde manipulados para inculparlo y meterlo en la cárcel. Connie, no solamente fue utilizada para su puesta en prisión, sino que también era la madre de su hija. Respiró hondo. Aún le costaba creer que Laura fuera la hija de Alberto. Una idea grotesca, pero al mismo tiempo era innegable que padre e hija sufrían de estrabismo.

Quería gritar, pero solo se quedó en un gemido desesperado. Respiró despacio. Gotas de sudor resbalaban por su frente. El miedo no lo iba a sacar de ese agujero. Sacudió su cuerpo e intentó controlar los temblores. Concentró su fuerza en hacer fricción con las muñecas. Tenía que salir de allí.

Le dijo a Alberto que tenía frío y se puso una sudadera. Se untó las muñecas con virutas de jabón y dobló las mangas por dentro, mientras Alberto estaba distraído hablando y no se dio cuenta de que ató a Jerónimo sobre el doblado de las mangas de la sudadera. El calor había derretido el jabón, que hacía efecto de lubricante.

Siguió friccionando las muñecas. No había forma de ceder el nudo. Parpadeó varias veces para quitarse las gotas de sudor que le irritaban los ojos. Si conseguía desdoblar las mangas por dentro, el nudo que ataba sus muñecas estaría más suelto.

Ahora sabía como colocar todas las piezas del rompecabezas. Connie tuvo más de una razón para huir. Cuando Luis la pilló en el aeropuerto, Connie cambió sus planes. Sabía que el bufete la buscaría

en Dinamarca y también sabía que Alberto seguiría los movimientos del bufete. Connie debió haber tirado el móvil a la papelera para no ser localizada y esconderse por Valencia todos estos días. Ganar tiempo. ¿Y Carles? Carles nunca supo nada. Quizás ni siquiera ella supo que estaba embarazada hasta que fue demasiado tarde, cuando ya había conocido al amor de su vida en un viaje por la India y no supo cómo contárselo. Después de la condicional de Alberto, tuvo miedo de que su secreto fuera desvelado, pero aún más miedo de que le quitasen a su hija. Alberto iba a por ella.

«Un poco más», se dijo mientras sentía en su piel una dolorosa ampolla. Tenía que darse prisa, pero la adrenalina se evaporaba de su cuerpo. Con un brote de rabia, se movió con fuerza y la silla se tambaleó y cayó de cara contra el suelo. Lo que más le dolió fue la nariz y el labio superior. Se mareó durante unos segundos. Parecía un feto atado a una silla.

Intentó abstraerse del escozor que le producía la piel de las muñecas al hacer fricción. Había conseguido un poco más de movimiento. La manga empezaba a ceder. La rabia le dio más fuerzas. Respiró más rápido. Siguió haciendo fricción. El nudo no aflojaba, pero la muñeca crujió y cedió un poco.

¿Qué haría Alberto con Carles? Era un padre desesperado y los padres desesperados hacen locuras.

El dolor en las muñecas era más intenso. Gritó por dentro. Pensó en mucha gente, pero sobre todo en Connie y su hija Laura. «Un poco más», se dijo. Parecía que se arrancaba una mano, pero por fin se liberó.

Estaba libre.

Libre.

Se quitó la cinta que le tapaba la boca. Las manos le temblaban. Respiró profundamente varias veces. Tragó, pero tenía la garganta seca como una piedra. El dolor era demasiado intenso y no conseguía desatar el nudo de los tobillos. Levantó los brazos. Gotas de sangre caían por las muñecas. Abrió y cerró las manos hasta que la sangre fue circulando y recuperó el sentido del tacto. Ahora sí que pudo quitar el

nudo del tobillo.

Se dejó caer al suelo y abrazó sus rodillas como si quisiera hacerse pequeño y desaparecer. «¿Qué coño hago ahora?», se preguntó. Miró la pared, trazando las arrugas de pequeñas grietas. Tenía que hacer algo. Se levantó y entró al baño. Puso las manos bajo el grifo y las movió con cuidado.

Cogió su mochila. Abrió la puerta despacio. No oyó ningún ruido. Subió las escaleras en sigilo y llegó a un comedor. Miró a los lados. No había nadie. La casa estaba vacía.

Entró en el comedor, diseñado con muebles viejos: un mueble vitrina, una mesa oscura, ovalada, de los ochenta y un sofá marrón que parecía que había sido elegido como el más feo de la tienda. En el mueble vitrina había un teléfono. Sintió un cosquilleo. Lo descolgó. Dio línea. ¿A quién llamaba? No se acordaba de ningún teléfono. Ni siquiera se sabía de memoria el número de Erik. ¿Llamaba a la policía?

Marcó y esperó. Desde la ventana vio el mar y casas unifamiliares. Estaba en alguna urbanización, pero no sabía decir dónde. Cuando salió una voz, dudó. Pensó en Alberto. Un padre desesperado era un animal peligroso, sobre todo si tenía un arma. Si la policía aparecía, podría hacer cualquier locura, si no la había hecho ya… Colgó. Se tocó el estómago y sintió mareos.

La vitrina tenía una enciclopedia de tomos marrones y letras en color oro. Hasta veinticuatro tomos. Una de esas enciclopedias que los padres compraban al vendedor de libros ambulante que pasaba tocando a la puerta, cuando ibas al cole en los ochenta y el internet era ciencia ficción. Al lado del último tomo había el directorio viejo de las páginas amarillas.

Miró por la ventana otra vez. Alberto dijo que Carles estaba más cerca de lo que pensaba. Jerónimo reflexionó. Se estrujó el cerebro y cantó bingo. Cogió las páginas amarillas y ojeó rápido hasta que encontró el número que buscaba.

La secretaría de dio las buenas tardes.

—Quisiera hablar con Luis Jara.

—¿De parte de quién?

—Soy su hermano Jerónimo.

—Ah, me acuerdo de ti. El hermano guapo de Luis. Cuando quieras nos tomamos un café.

Jerónimo movió las muñecas doloridas.

—Bueno, ahora mismo me pillas un poquito ocupado. A ti te lo puedo contar. Se me ha caído el móvil al retrete del baño y no tengo el número de Luis.

—Qué putada.

—Mucho.

A la secretaria le pareció graciosa la situación y le dio el número de móvil. Jerónimo le dio las gracias y le prometió pasar a tomar café. La prima de la secretaria planeaba ir a Londres y quería hacerle algunas preguntas. El peor sitio para aprender inglés era Londres, una burbuja llena de grupos que coexistían aislados del país. Allí encontraría españoles en la soledad de la urbe y se aislaría en esa ciudad de paso.

Miró el reloj del comedor. ¿Habría llegado Alberto hasta Connie y Carles? Se encogió y sintió una piedra en el estómago.

Tenía el número móvil de su hermano y el de la policía. Dudó.

Luis tenía mucho que explicarle, pero si llamaba a la policía, sería él quien tendría que explicar mucho más.

Por otra parte, si la policía intervenía, podría poner más nervioso a Alberto y cometer otra locura, pero si no hacía nada, alguien podría morir. Estaba solo en esto.

No podía confiar en Luis y tampoco era buena idea llamar a la policía. Ninguna de las opciones era buena. Fue al baño. Se cambió de camiseta y se echó agua a la cara. Respiró hondo. Se miró, pero no le gustó lo que vio. Entró en el comedor. Cogió el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Jerónimo —su voz era hielo.

—¿Jero? Jerónimo, ¿eres tú? ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando? Gabriel me lo ha contado todo.

—Espero que seas tú él qué me diga que está pasando. Conocías a Connie y no me dijiste nada.

—Claro que conocía a Connie. Es la mujer de Carles.

—Pero no me dijiste que la amenazaste el día que supuestamente cogió un avión a Dinamarca. —Las palabras de Jerónimo salían a borbotones de su boca.

—Yo no la amenacé. Se lo he repetido a Gabriel y a la policía un montón de veces.

—¿Qué le dijiste? —Jerónimo apretó más el teléfono—. Quiero la verdad.

—Le dije que allá dónde fuera, Alberto siempre la encontraría. Que hablase con su marido y que el bufete le podía dar protección.

—Pero Connie no confiaba en vosotros.

—No me incluyas a mí, Jero. Yo quería proteger a Connie. Mi intención…

—Quería irse pitando porque Alberto había descubierto que fue ella quien contribuyó a meterlo en prisión. Y supuestamente cogió un avión a Dinamarca. ¡No me dijiste nada!

—No me grites. Lo hice para protegerte. Te lo creas o no. ¿Qué quieres decir con que «supuestamente cogió un avión a Dinamarca»?

Gabriel no le había dicho nada sobre la información de la compañía aérea y Luís tampoco sabía que la razón de Connie para huir era Laura. No se lo había dicho a su marido y para Alberto sería solo cuestión de tiempo, descubrir que él era el padre biológico de la criatura.

—No, Luis. Estoy muy cabreado. Soy yo el que hace las preguntas.

¿Tiene Carles una casa en la playa?

—¿No te gusta la casa del abuelo?

—No me jodas y respóndeme a la pregunta.

Cuando Luis habló, parecía que sus palabras salían entre dientes.

—Carles tiene varios apartamentos, aparte de su casa.

—Debe tener uno por la costa.

—Una caseta por la zona de la Patacona. Ahora mismo está en el hospital en observación después de un accidente de coche.

Luís se equivocaba. Carles estaba con Connie. Le mandó un whatsapp a su móvil. Solo Alberto y él lo sabían.

—¿Dónde está la caseta exactamente?

Jerónimo apuntó la dirección que Luis le dio.

—Lo tienen en observación. Tuvo un accidente de coche.

—Y los dos sabemos quién está detrás de todo esto.

—Jerónimo, ¿dónde estás? Voy a buscarte, no te muevas.

Pensó que, si no se movía, podría morir gente inocente.

—Esto lo tengo que hacer yo solo —le dijo Jerónimo.

—¿No me vas a decir dónde coño estás? —insistió Luis.

—No. Yo también quiero protegerte.

Y colgó.

Antes de salir del chalé, guardó en la mochila el cuchillo más grande que encontró en la cocina. Afuera no había nadie, solo campos de naranjos, tierra seca y un sol intenso. La luz brillaba en el horizonte sobre el mar como cristales rotos. Estaba en una elevación de montaña a menos de un kilómetro de la costa. Se orientó mirando al mar. La

Patacona seguía la costa hacia el sur. No estaba lejos, pero tardaría mucho andando.

Al lado de la casa había un cobertizo de madera. Estaba cerrado con un viejo candado. Jerónimo cogió una piedra gorda y golpeó el pomo con todas sus fuerzas. Partió la madera y quedó la cerradura colgando.

Empujó la puerta, que chirrió. El cobertizo estaba lleno de herramientas de agricultura: rastrillos, palas, azadas, martillos y tijeras de podar. Olía a polvo y a fertilizantes. Sus ojos se iluminaron. Tuvo un golpe de suerte entre tanto desastre. Apoyadas en la pared, había un par de bicicletas viejas. Cogió la que le pareció estar en mejor estado y salió a toda velocidad.

Bajó el sendero y comprobó los frenos. Estaban duros, pero funcionaban. La bici era de manillar recto, de ruedas anchas y suspensión en la parte trasera. Una bici que le regalabas a un sobrino por su primera comunión. La cadena estaba en buen estado, pero el sillín era un plástico duro con forma de tubo. Bajó la cuesta y se orientó. Estaba seguro de que había pasado por esos campos cuando era niño y de que se había ido con los amigos en bici a comer melones y sandías debajo de un algarrobo en los días de verano.

Calculó que la urbanización estaba a menos de treinta minutos. Pedaleó con fuerza, como si le fuera la vida en ello. No pudo salvar a Josep, pero por lo menos lo iba a intentar con Carles.

27

Jerónimo pedaleaba tan rápido como los kilos le permitían bajo el cielo raso y la brisa marina, por caminos asfaltados y caminos de piedra con forma de serpiente enroscada. Subió y bajó por pequeñas ondulaciones de cuestas sobre un mapa de campos de huertas valencianas y casas de verano.

Era como volver a su infancia. Veranos húmedos, chapuzones y competiciones de bici descendiendo la pendiente más pronunciada, mientras esquivaban piedras y baches. El miedo era un concepto que todavía no había calado en la conciencia de los niños. Ahora la meta era salvar tres vidas y el miedo, el impulso que movía las piernas de Jerónimo.

Paró un momento. Solo se oía el ladrido de algún perro, dueño de la casa cuando el amo estaba ausente. Miró a su alrededor. Sabía que estaba en el lugar correcto, pero no sabía exactamente qué sendero seguir. Si Carles y Connie estuvieran allí, estarían bastante aislados de todos.

Encontró a un agricultor que pasaba con su tractor. Le preguntó cómo seguir hasta la dirección que le había dado su hermano Luis, el agricultor le indicó en valenciano. *Moltes gracies*, le respondió Jerónimo.

En cada finca aparecían un par de casas, pero no había signos de que hubiera alguien. Siguió el camino sin asfaltar que le había indicado el agricultor y al poco paró en seco. El corazón se le aceleró. No habría reconocido la casa de campo si no hubiera sido por el coche de Carles.

Era el mismo coche de lujo desde donde hizo la llamada al hotel de Copenhague hacia una semana. Se preguntó cuánto le costaría a Carles reparar el maletero abollado por la colisión que tuvo en el garaje de su casa. Debió de salir del hospital sin que le dieran el alta, sin que nadie supiese a dónde iba o con quien se iba a encontrar. El precio era más alto que la reparación de un coche de lujo.

La casa, o más bien caseta, estaba hecha de cemento y pintada en blanco, con ventanas de rejas de aluminio azules, situada en una

pequeña elevación de terreno que daba a la playa, unos metros más abajo.

Echó un vistazo alrededor y se le cortó la respiración. Debajo de unos olivos había un coche mal aparcado. Alguien tuvo prisa y se olvidó de cerrar la puerta del conductor. Gotas de sudor caían por su frente. Ese alguien tenía que ser Alberto. Ahora estaría en esa caseta y estaba armado.

Tragó. Dejó la bici en el suelo, sacó el cuchillo de la mochila y se acercó despacio hacia la parte trasera de la casa, alerta a cualquier sonido o movimiento. Estaba atardeciendo y el silencio le ponía aún más nervioso. No sabía lo que iba a encontrar. Con cada paso, apretaba más fuerte el cuchillo, al tiempo que su respiración y su pulso se aceleraban. Su plan era sacar de allí a Carles, Connie y su hija; el cómo, aún no lo sabía. Una vez que estuvieran a salvo, llamaría a la policía. Su única ventaja era que contaba con el factor sorpresa, para así pillar a Alberto desprevenido y evitar cualquier distracción que pudiera ponerlo nervioso y que cometiera alguna locura.

El olor a sal y el sonido de las olas del mar le acompañaron mientras pegaba la espalda a la pared y se movía con sigilo hacia la ventana. Se quedó debajo de esta, durante unos instantes. No se oía a nadie dentro de casa.

Levantó el cuello y echó un vistazo por una ventana, cubierta con una malla verde de las que se usan para protegerse de los mosquitos en verano. A través de la malla, pudo distinguir un armario y una cama. El corazón se le salió del pecho cuando vio dos cuerpos tumbados en la cama. Estaban quietos, puestos cara a cara en posición fetal y con los ojos cerrados. Se quedó sin aire en los pulmones. Uno de los cuerpos era el de Carles. Estaba atado de pies y manos y con cinta en la boca. El otro cuerpo era el de una mujer. Tenía que ser Connie. Pero había algo extraño. Ella no estaba atada.

Sacudió los hombros para mantener la calma. Miró a sus espaldas y a los lados. Jerónimo susurró el nombre de Carles, pero él no reaccionó.

Lo volvió a intentar.

Carles abrió los ojos.

Jerónimo respiró hondo. Pensó por un momento que había llegado tarde y que estaban muertos.

—Aquí. —Hizo señales con las manos desde la ventana.

Carles movió ligeramente la cabeza hasta que su mirada se encontró con la de Jerónimo. Parpadeó varias veces. Miró confuso. Intentó decir algo, pero solo emitió un pequeño gemido. Había miedo en sus ojos.

—¿Está Alberto dentro? —preguntó Jerónimo moviendo los labios sin emitir palabra.

Carles se tomó unos segundos y negó con la cabeza.

Jerónimo rodeó la casa y encontró la puerta abierta totalmente. Alargó el brazo y puso el cuchillo delante como si agarrase una antorcha. La casa tenía un comedor pequeño con cocina integrada, un baño en la parte derecha y el dormitorio donde Carles y Connie se hallaban tumbados cara a cara en la cama. Alberto no estaba en casa, pero lo que más le preocupaba era que Laura tampoco.

Cerró la puerta y fue hasta el dormitorio. Carles también estaba atado al marco de la cama por los pies.

—Ha sido Alberto, ¿verdad?

Miró a Jerónimo con desesperación mientras asentía con la cabeza.

Alberto no podía andar muy lejos. Se puso de rodillas al lado de Carles y guardó el cuchillo en el bolsillo. Le quitó la cinta de la boca.

—Laura. —Fue la primera palabra que pronunció Carles.

Jerónimo miró a la puerta. No había nadie.

—¿Dónde está Laura? —preguntó Jerónimo mientras lo desataba de pies y manos.

Sentó a Carles en la cama que no reaccionaba. Sus ojos negros,

perdidos en la nada, se llenaron de lágrimas que mojaron su barba fina. De su boca salían sonidos incoherentes.

—Carles, ¿dónde está Laura? ¿Qué ha pasado? —repitió más alto mientras le sacudía los hombros para que volviera a la realidad.

Entre un llanto incontrolado, Carles levantó la mano y señaló la puerta.

—En la arena… —la voz apenas le salía del pecho.

—¿Tu hija Laura está en la playa?

—Alberto… Se la di a Alberto. —Se tapó la cara con las manos.

Jerónimo abrió más los ojos. Apretó el labio inferior fuerte, pero la rabia le impedía sentir dolor. Rabia por lo que estaba presenciando y por ser incapaz de comprenderlo. ¿Por qué se iría Alberto a la playa con Laura? Era mucho más fácil coger el coche y escapar.

Rodeó la cama y se acercó a Connie, que seguía durmiendo, quieta como una bella durmiente. Por fin estaba delante de la mujer a la que había estado buscando todos estos días. Era realmente guapa. Alberto no la había atado.

Tenía que darse prisa. Levantó la cabeza de Connie y le dio unas palmaditas en la cara. No reaccionaba. Había un olor agrio en la habitación. ¿La había drogado Alberto? Puso la mano sobre la cara de Connie. La piel estaba fría al contacto. Jerónimo sintió la bilis subiendo por su garganta.

—¿Qué le ha hecho a Connie? ¡No responde!

Carles estaba de espaldas sentado en la cama. Jerónimo sacudió la cabeza y luchó por dentro para contener el dolor.

Le cogió la mano a Connie y le habló en danés.

—Me llamo Jerónimo. Despierta. Despierta, Connie.

Connie no reaccionaba.

Carles se puso las manos en la cara. Se contoneaba y vomitó.

Jerónimo vio sus dedos temblar cuando los acercó al cuello de Connie. Ahora entendía los llantos de Carles. Sintió una daga atravesándole el corazón. Sintió frío. Frío y asco. Asco y locura. Locura y una rabia contenida de muchos años. Connie no tenía pulso. Estaba muerta.

Sintió un picor en las mejillas. Apretó fuerte la mandíbula y escuchó sus propios dientes rechinar. Se le escapó un gemido. Agarró el cuchillo hasta que los nudillos se quedaron blancos.

Es curioso cómo la mente juega con la memoria. En ese mismo momento, Jerónimo recordó el colegio de primaria donde estudió. Un edificio pintado de color amarillo paja y techos marrones, con un patio para jugar durante el recreo. Cuando daba un paseo por Valencia, intentaba evitar esa calle, o quizás evitaba los recuerdos que ese colegio le traían. Ahora estaban más presentes que nunca.

Encontrarse con Alberto era como encontrarse con su pasado y recordó el día en el que Jerónimo lo retó por primera vez. Fue también el mismo día que se odió a sí mismo por lo que hizo.

Salió con prisas del colegio con su hermano pequeño de la mano. Le habían dicho en clase que lo esperaban a la salida.

La pandilla de Alberto los siguió con caras maliciosas de burla. Uno de ellos le preguntó si quería jugar al balón. A Jerónimo aún le picaba la nariz de un pelotazo que le dieron en la cara la última vez y la hinchazón no se había ido del todo.

No hizo caso de la oferta. Sabía que se estaban riendo de él. Agarró a su hermano Gabriel y agilizó el paso.

Recibió una colleja. Lo ignoró. Antes de torcer la esquina, alguien le lanzó el balón a la cabeza. Siguió andando rápido. Si paraba, no tendría ninguna oportunidad de enfrentarse a todos. Los cobardes siempre van en grupo.

Empezaron a gritarle que era un marica. Sintió vergüenza. Había gente en la calle, pero la gente del pueblo era experta en ignorar estas situaciones. Simplemente los niños estaban jugando entre ellos. Aunque el acoso nunca fue un juego de niños. Era un juego de tres: víctimas, cobardes y testigos pasivos.

Su hermano pequeño trotaba a su lado y le decía que andaba muy rápido y que le hacía daño en la mano. Jerónimo quería llegar a casa lo

antes posible.

Cuando entraron en el portal, nadie los seguía. Gabriel miró a su hermano mayor con cara seria y le dijo que lloraba como una niña y que se iba a chivar a papá. Cuando su padre se enteró aquella noche, después de pasar horas en el bar, le dio una charla a Jerónimo sobre cómo ser un hombre y luego le dio una bofetada.

El día en el que decidió no llorar como una niña y plantarle cara a Alberto, se fue con él y con Josep a las vías. Después del accidente, cuando salió corriendo y desapareció entre el polvo del tren, pensó que hubiese preferido que su padre le hubiera dado otra bofetada. Que otros lo odiasen por ser cobarde a que se odiara a sí mismo por provocar una muerte.

El llanto de Carles lo trajo al presente. Su cara y su barba de finas líneas negras se arrugaban con cada sollozo.

Habían pasado cosas terribles en las últimas horas.

Alberto le había secuestrado, interrogado… y había encontrado el paradero de Connie.

Dijo que había cambiado. Que ya no era el mismo. Mentira. Había matado a Connie.

Dijo que Laura era su hija. Mentira. Se la había robado a Carles.

Dijo que su padrastro le daba palizas y no sabía cómo controlar esa rabia cuando era un niño, pero que Jerónimo le caía bien y por eso nunca lo involucró en la muerte de Josep. Otra mentira. No lo involucró para que todo el mundo creyera que él estaba subido en la tapia y Josep estaba solo en las vías cuando fue arrollado. Es decir, Alberto nunca involucró a Jerónimo, para que todo el mundo creyera su mentira y salvar su propio pellejo.

La peor mentira no era la que le había contado Alberto. La peor mentira fue la que se contó a sí mismo. Creerse capaz de poder poner las cosas en su sitio, ahora en el presente, para así redimir el sentimiento de culpa por la muerte de Josep. Esa fue su peor mentira.

La historia se repetía. Esta vez más macabra.

Puso una mano sobre el hombro de Carles. Su mujer estaba muerta y su hija, con su peor enemigo.

Ahora parecía más pequeño, más niño. Hacía casi treinta años, su infancia se desmoronó cuando su hermano murió. Creyó ver el espectro de Josep en la cara de Carles y tuvo un escalofrío.

Las muñecas le escocían, pero más le dolía que Alberto hubiera matado a Connie y raptado a Laura.

Podía llamar a la policía y dejar que ellos se encargaran, pero la opción más fácil no era siempre la mejor.

Carles cogió su móvil. Jerónimo lo miró fijamente a los ojos, mientras le apretaba la mano. Sabía lo que tenía que hacer. Cuando habló, su voz era tan afilada como el cuchillo que tenía en la mano.

—No te muevas de aquí —le susurró a Carles—. Si no vuelvo con tu hija en veinte minutos, llama a la policía. Les dices que se den prisa o morirá más gente.

Carles lo miró confuso.

Acto seguido, Jerónimo salió por la puerta. Le temblaban las piernas, pero siguió andando.

A sus espaldas oyó a Carles sollozar otra vez y rápidamente, sus sollozos se convirtieron en un llanto fuerte e incontrolable.

29

Jerónimo siguió caminando por el sendero que desembocaba en la playa, con el cuchillo recto como una espada en un duelo a muerte. El sol descendía en el horizonte y se escondía en las aguas del Mediterráneo. Alguien le dijo una vez que, desde el mar, el último rayo de sol era verde. Verde como la esperanza, o verde como el olvido. La brisa y el sonido de las olas del mar golpeando la arena lo devolvieron a su infancia. Como si los años no hubieran pasado.

Al norte, pasando el barranco del Carraixet, se encontraba el pueblo de Alboraya y al sur, la playa de la Patacona. Aquí no había restaurantes, ni chiringuitos. Solo vio una pareja pasear a lo lejos. Y de cerca, unos metros más abajo, un hombre y una niña sentados cara a cara, jugaban con la arena en la orilla. Eran Alberto y Laura. Estaban solos.

Alberto les había dicho a sus hombres que se fueran a casa. Que era un asunto personal. También podría haber cogido el coche y escapar con Laura. «No», se dijo. No querría hacerle daño a su propia hija. Laura era más importante que su propio bienestar. Apretó más el cuchillo y también pensó que a él ya no le importaba hacerle daño a Alberto.

Terminó el sendero y pisó la playa. Se agachó y cogió un puñado de arena que dejó escapar entre los dedos. Aún estaba caliente del día. Le dio la vuelta al cuchillo y lo ocultó bajo el antebrazo. Laura no debía tenerle miedo. Solo Alberto.

Dio un paso despacio y luego otro. Vio unos cubos y unas palas de juguete. Laura construía un castillo de arena, mientras hablaba con Alberto.

—¿Viene papá? —preguntó la niña.

—Papá está aquí.

Laura arrugó su carita sin entender. La brisa jugaba con su pelo de hebras de oro.

Jerónimo estaba de espaldas a ella, que giró la cabezita, mirándolo

por un momento con un ojo grande, azul. El otro lo tenía tapado por un parche. Después continuó jugando con la arena. Estaba tranquila entre cubos y palas de juguete.

Jerónimo recordó la vieja foto que Alberto le enseñó de los niños de su clase de párvulos y sintió un escalofrío. No podía negar la realidad. Laura tenía que ser su hija.

—Deja a la niña. Todo ha terminado.

Alberto no se inmutó. Laura, de espaldas a Jerónimo, lo copió y los dos continuaron creando un castillo de arena que se desmoronaba por los lados.

Jerónimo se pasó la mano por la frente y se quitó el sudor. Escuchó los graznidos de las gaviotas, que subían de intensidad como si chillasen en el cielo. Le quedaban diez minutos.

—Haz lo que te digo. —Levantó el brazo y le mostró el cuchillo.

Solo lo vio Alberto, que paró.

—Sabía que escaparías, pero no tan pronto. Te até fuerte a la silla.

—No. Me ataste fuerte a las mangas de la sudadera.

Alberto se tocó la barbilla y sonrió cansado.

—Pequeño Jerónimo, chico listo…

—Escúchame. Deja a la niña. La policía está de camino —insistió Jerónimo.

Alberto siguió llenando un cubo de arena. Le dio la vuelta y creó una torre.

—Cuidado. Que no se caiga. —Se dirigió a Laura y luego clavó la mirada en Jerónimo—. Te repito que quería conocer a mi hija, aunque fuera solo un momento. Aunque tenga que pagar el precio más alto, ya me da todo igual.

—Las cosas no funcionan así —dijo Jerónimo.

—Dime tú cómo funcionan. ¿Cargarle la culpa a otra persona? ¿Así es como funcionan las cosas? ¿Privar a un padre de su hija? Porque de ser así —su voz era hielo—, Carles y la loca de Connie tienen mucha mierda que tragar.

—¿Cuándo viene mamá? —preguntó Laura, con voz inocente.

Alberto suavizó su rostro.

—Mamá está durmiendo. ¿Te acuerdas? Está echando la siesta.

—¿Y papá?

Alberto sacó del bolsillo el arma y la puso debajo de su pierna.

Jerónimo sintió el corazón en la garganta.

—¿Cuándo viene papá? —insistió Laura.

—Papá vendrá cuando tengas el castillo terminado. Iremos juntos y lo traeremos aquí para que lo vea. ¿Vale?

Laura asintió mientras llenaba otro cubo con arena y Alberto le rozó la mejilla.

—¿Sabes lo que he aprendido estando en la cárcel, pequeño Jerónimo? Uno es siempre el protagonista de su propia película. Pues bien, vosotros sois los malos de mi película.

Apuntó a Jerónimo, que dejó caer el cuchillo. La respiración se le cortó. Abrió la boca, pero fue incapaz de que le salieran las palabras. Al final, balbuceó algo incoherente.

—No, no, no lo hagas, Alberto. No. Te arrepentirás.

Alberto habló más fuerte.

—¿Más de lo que me he arrepentido? —su voz parecía aullar—. Perdí amigos, familia. Me quedé en la ruina. Me he pasado años en la cárcel y sé que pasaré unos cuanto más. —Su mandíbula temblaba—. Me habéis quitado tanto en esta vida… ¡Tanto!, que ya no me queda nada más que me podáis quitar! —Tomó aire por la boca y cuando

habló, su voz era un susurro—: Quería conocer a mi hija. Aunque fuera un rato. Aunque tenga que pagar un precio muy alto. Me da ya todo igual.

Laura se asustó. No entendía lo que estaba pasando.

Alberto levantó el gatillo preparado para disparar.

Para Jerónimo, el mundo se paró. No pudo decir nada. Había verdad en las palabras de Alberto. Miró al mar y vio un velero que paseaba tranquilo. El sol en el horizonte era una media naranja roja. Nunca pensó que su última emoción antes de despedirse de este mundo fuese la serenidad. Realmente nunca pensó en la muerte hasta en ese momento. Después de todo, quizás mereciese morir.

Se acercaron los coches de policía. Despertó. Pensó en Erik y quiso vivir.

—Alberto, no la jodas. Deja el arma y entrégate.

Sus miradas quedaron suspendidas en el tiempo. Jerónimo pareció ver el alma de Alberto y se preguntó cómo podía haber tanta tristeza en esos ojos tan vacíos de vida.

Laura empezó a llorar.

Tres coches de policía aparcaron a varios metros. Las luces azules y rojas centelleaban y eran más intensas al atardecer.

Jerónimo levantó los brazos en cruz y dio un paso más hacia Laura, sentada en la arena.

—No pasa nada —le dijo con los ojos fijos en el arma de Alberto—. Voy a coger a la niña. —Se puso de espaldas haciendo escudo entre Alberto y la niña. Estaba temblando—. Me llamo Jerónimo… Soy amigo de mamá… Mamá habla un lenguaje secreto. ¿A qué sí? Yo también… Ella me lo enseñó… *Mit navn er* Jerónimo.

Laura se rascó el parche. Tenía la cara manchada con arena y lágrimas. Su llanto se fue calmando en los brazos de Jerónimo, que se repetía que seguía vivo. Escuchó reír a Alberto cuando habló en danés. Una risa gutural y descontrolada. Jerónimo abrazó más a Laura, como

si la protegiera. Giró la cabeza despacio y se le congeló la sangre. Alberto se apuntaba a la sien.

Varios policías armados formaban un semicírculo apuntando a Alberto, que seguía de rodillas en la arena.

Jerónimo no se movió. Bajó la cabeza de Laura a su hombro.

—Cierra los ojos y te contaré un secreto —le susurró a la niña.

Laura obedeció.

Alberto presionó más el arma contra la sien. La mano le temblaba tanto que parecían más espasmos que temblores.

—¡Me lo habéis quitado todo! —gritó.

Jerónimo estaba quieto como una piedra, con los ojos fijos en Alberto, mientras sostenía a Laura y le susurraba en danés que el último rayo de luz en la playa era verde y solo lo vería si tenía los ojos cerrados, unos segundos antes de la puesta de sol. Él le avisaría.

—Alberto, no lo hagas, por favor. Saldrás de esta. No lo hagas —le suplicó Jerónimo mirándolo mientras tenía la mano sobre la cabeza de Laura.

—Dame una razón. ¡Dame una puta razón para no acabar con mi vida!

«¿Una razón?» pensó Jerónimo… y entendió algo de esta historia: que no había malos ni buenos. Recordó que su amigo Christian decía muchas veces que *hurt people hurt people* (las personas heridas hieren a otras). Sosteniendo a Laura, extendió el brazo con la mano abierta, como hizo con Josep antes de ser arrollado por el tren, por su culpa.

—La razón es que nunca me lo perdonaré. Nunca. —Laura abrió los ojos y lloró—. Pero la principal razón es tu hija, lo tienes que hacer por ella.

Entre tanto temblor, la pistola cayó al suelo. El resto fue cuestión de segundos. Varios policías atraparon a Alberto, lo sometieron y lo esposaron.

Detrás de un coche patrulla estaba Carles.

Jerónimo se acercó y le pasó a Laura, que hacía señas con las manitas para que su padre la cogiese en brazos. Carles no reaccionaba a la llamada de su hija. Estaba en estado de choque. Jerónimo dejó a Laura en el suelo y ella se agarró a la pierna de su padre, que la miraba como si no la reconociera.

A través de los cristales del coche patrulla, Alberto observaba a Laura y Jerónimo leyó en sus labios que le decían otra vez:

—Unos cardan la lana y otros se llevan la fama.

Jerónimo se agachó y recogió el cuchillo. Se quedó quieto. Presionó fuerte el dedo índice sobre la punta. La mano de un policía le tocó el hombro y le ayudó a incorporarse.

El sol acababa de desaparecer. Jerónimo no vio ningún rayo verde.

30

Al día siguiente, Jerónimo despertó temprano. Había dormido poco y mal, pero tenía una energía inquieta, que no lo dejaba quedarse en la cama. Los policías tomaron nota y Luis se encargó del resto. Su hermano también quiso aclarar la grabación del vídeo. No podía borrar de su mente la imagen de Alberto de rodillas en la arena y el continuo sonido de las sirenas martilleaba su cerebro como un disco rayado.

Se sentó en la cama y observó su barriga. Tenía la sensación de tener una resaca de elefante. Fue al baño por inercia y sacó de su bolsa de viaje un par de tabletas efervescentes. Se sentó a la mesa de la cocina y apoyó la barbilla delante del vaso, cautivado por el poder hipnótico de las tabletas burbujeando al disolverse en el agua.

Dio un trago y se quedó sentado mientras giraba el móvil sobre la mesa como un trompo. Escribió a Christian y a Erik que volvía Londres. A los pocos minutos, Erik lo llamó, pero Jerónimo no cogió el móvil. No estaba preparado para una conversación en la distancia. Se lo contaría todo cuando volviera a casa.

También mandó un mensaje a Carles. No se atrevía a llamarlo. Le dijo que volvería a Londres al día siguiente, por si necesitaba cualquier cosa. Carles le respondió que quería estar solo y recordar a sus seres queridos allá donde los perdió. Jerónimo no entendió qué quiso decir. Se preguntó cómo le explicaría Carles a su hija Laura, que su madre no iba a despertar más. Estaba completamente conmocionado. No registraba lo que estaba pasando a su alrededor.

Giró el móvil con más fuerza, hasta que lentamente fue perdiendo velocidad y paró con el frontal de la pantalla señalando un punto en los quemadores.

Curioseó por la cocina. Abrió los armarios y los cajones. Probó el gas. Todo estaba como lo recordaba de cuando era niño. Sacó una cazuela y un molde para bizcochos. Hizo memoria y se dijo que sí, que podía hacerlo. Mandó un mensaje a Luis, Gabriel y Eva. Minutos más tarde, Eva respondió que sí y él llamó a Luis para preguntarle si iba o no a confirmarle el mensaje que le había enviado, lo cual hizo entre

palabrotas relacionadas con la hora temprana de llamar, en un fin de semana.

Había invitado a sus hermanos a comer y no hacía falta encontrarse en ningún restaurante. Ahora tenía una razón para darse una ducha. Salió temprano y tomó el autobús dirección al Mercado Central de Valencia.

Unas horas más tarde, tenía la coca en el horno, la verdura sofrita en la cazuela y la mochila lista para volar de vuelta a casa.

Unas horas más tarde, tocaron a la puerta. Eran sus hermanos y Eva, con bolsas de bebida y aperitivos. Gabriel preparó la mesa, Luis se tumbó en una hamaca en el patio, tomando una cerveza y Eva se quedó en la cocina, sentada en una silla, observando las habilidades culinarias de Jerónimo, mientras comía patatas fritas de una bolsa.

—¿Qué tienes en el horno, que huele tan bien? —preguntó Eva.

—Bizcocho de yogurt con limón y canela por encima, para el café —dijo Jerónimo, mientras le daba un beso en la frente a su sobrino, que dormía en la cuna portátil. Después le quitó a Eva la bolsa de patatas fritas—. No vas a comer.

Gabriel entró en la cocina, sacó unas cervezas de la nevera y olfateó el aire antes de salir por la puerta.

—Cuando cocinas, me acuerdo del restaurante Don Pepe.

Lo que Gabriel quería decir es que se acordaba de su madre, que trabajó como cocinera muchos años en un restaurante en la playa de las Arenas. Allí pasaban las tardes los hermanos, haciendo los deberes y jugando a la pelota, antes de mudarse de la casa del abuelo.

Jerónimo sonrió con nostalgia.

—Yo cuando cocino me acuerdo de mamá.

Eva prestó más atención a la expresión de Jerónimo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Jerónimo sabía cómo estaba, pero se tragó su tristeza.

—No suelo cocinar para tanta gente —respondió dándole la espalda a Eva.

—¿Te ayudo? —Se levantó ella—. No tenías que haberte molestado, después de todo lo que ha sucedido.

—Cocinar me relaja.

—¿Qué estás preparando?

—Arroz meloso con anguilas.

Como su madre le enseñó.

—¿Anguilas de verdad?

—¿Es que hay anguilas de mentira en el Parque de la Albufera?

Eva miró la cazuela con las verduras.

—¿Y las anguilas?

—Las anguilas y el arroz son lo último.

Jerónimo se dio cuenta que Eva observaba sus movimientos nerviosos y notó como ella ponía la mano sobre su brazo y le secaba los ojos con una servilleta.

—El verde de tus ojos es más bonito cuando lloras.

Jerónimo evadió la mirada de Eva.

—No lloro —dijo y carraspeó—. El humo me irrita los ojos. No hay extractor en esta vieja cocina.

Eva cogió suave las manos de Jerónimo y miró sus palmas. Tenía un pequeño vendaje en el dedo índice y ampollas rotas en las muñecas.

—¿Te duelen? —le preguntó Eva.

Jerónimo se quedó pensando una respuesta que no encontró. Miró al suelo y simplemente dijo:

—Todo duele.

Eva no insistió. Como si esas dos palabras fueran suficientes para entender su estado mental y físico. Acarició las palmas de las manos de Jerónimo, que agachó más la cabeza.

—Eva, ¿puedo pedirte algo?

—Claro.

Jerónimo tragó.

—Necesito irme —susurró—. ¿Te enfadarías si vuelvo a Londres?

Eva se tomó unos segundos antes de responder.

—Tú debes hacer lo que tienes que hacer.

—¿Y Gabriel?

—Yo se lo diré a Gabriel.

Jerónimo suspiró como si hubiera aguantado el aire bajo el agua durante un largo tiempo.

—Me quitas un peso de encima.

Eva lo buscó con la mirada.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

Jerónimo miró al bebé y luego la miró a ella, pero antes de decir algo, Gabriel entró en la cocina y abrió el frigorífico.

—¿Hay más cervezas?

Jerónimo se puso de espaldas y siguió cocinando. Echó el arroz y las anguilas. Comerían en veinte minutos.

—Oye, ¿quién conduce hoy? —preguntó Eva a Gabriel.

—¿Hay que hablarlo?

—No. Creo que ya sé la respuesta.

Jerónimo acompañó a Eva al cuarto y dejaron al bebé en su cuna portátil, encima de la cama. Al lado estaba su mochila de viaje, preparada. Eva apretó los labios. Jerónimo apretó el estómago al verla.

—La hermana de Erik me ha invitado a mí y a vosotros muchas veces a pasar unos días con ellos.

—¿En la granja, en Dinamarca? —preguntó Eva

—Viven en Jutlandia, cerca de la ciudad de Århus.

—¿Y nos reuniríamos todos allí?

Jerónimo asintió.

—Te lo prometo.

Durante la comida en el patio, Jerónimo les contó sobre su viaje a Dinamarca y los acontecimientos que desencadenaron el encuentro en la playa con Alberto y su posterior arresto.

—A Connie se le dio asistencia jurídica en el momento en que estalló el caso de los concursos, hace años. Cuando desapareció, tras la condicional de Alberto, el bufete me pidió que la encontrara y que no dijera nada.

Se enteraron de que a Alberto le habían chivado quien fue la persona que robó los documentos y quisieron ponerse en contacto con Connie. Había demasiados intereses en juego. Pero Connie no quiso aceptar la ayuda del bufete. Guardaba un secreto más grande que el robo, tan grande que no podía compartirlo con su marido, así que quiso volver a Dinamarca y aclarar su relación con sus padres y tomar una decisión. Pero se asustó y se escondió con su hija en un albergue en Valencia. Cuando el dinero se le acabó, se quedaron en la caseta de campo. No había ni luz, ni agua. Carles ya había buscado en la caseta, así que no se le ocurrió volver a buscar allí.

—Y no dijiste nada —reiteró Jerónimo.

Luis conocía esa mirada de reproche.

—Yo no sabía la relación que tú tenías con Alberto. Tú mismo lo viste en el vídeo. No tenía ni puta idea de lo que se le pasaba a Connie por la cabeza. —Se acercó más a su hermano—. Si hubiera sabido la relación que tenías con Alberto, te hubiese dicho algo.

—Alberto y yo no hemos tenido ni tenemos ninguna relación.

Gabriel dejó de masticar. Miró a Jerónimo y luego a Luis.

—Alberto les hizo la vida imposible a muchos críos en el colegio. No solamente a Jero.

—Está bien. —Luis levantó las manos.

No podía saber algo que Jerónimo no se atrevía a contar: el vínculo que tenía con Alberto por la muerte de Josep.

—Está bien —repitió Jerónimo, asintiendo varias veces, y se levantó —. Voy a por el bizcocho y el café.

—Carles llamó a la policía —explicó Gabriel.

—¿Qué os dijo? —preguntó Eva.

—Mis compañeros me contaron que repetía que Alberto había matado a su mujer y luego insultó a la policía.

—¿Qué hizo qué? ¿Por qué os insultó? —preguntó Jerónimo.

Gabriel se encogió de hombros.

—¿Y Alberto bajó a la playa con esa niña después de lo que le hizo a su pobre madre? —dijo Eva, con voz incrédula.

Jerónimo recordaría esa noche por mucho tiempo, aunque no quisiera, sobre todo la mirada de Alberto, unos ojos atormentados, de animal acorralado, que le decían que no le quedaba nada en esta vida.

—Quería ver a su hija. Todo lo demás le daba igual.

Eva se tapó la boca.

—¡Pobre hombre!

Luis puso el paquete de cigarrillos en la mesa.

—Ese pobre hombre pasará unos años más en prisión. —Contó con los dedos—. Homicidio premeditado, coacción, acoso, amenaza, detención ilegal…

—Nos hacemos una idea —dijo Jerónimo.

Eva negaba incrédula con la cabeza.

—Y más —continuó Luis—. Le echarán la culpa de todo lo que ha hecho y de lo que no. Ese no sale de prisión en años.

Jerónimo se quedó pensando unos segundos.

—¿También de lo que no hizo?

Luis echó azúcar al café.

—Ya me entiendes, Jero.

Jerónimo no tenía hambre. Eva miró a Luis.

—Luis, por favor, no fumes con la criatura aquí al lado.

Luis miró a Gabriel con una sonrisa burlona y le respondió a Eva:

—Mi hermano tiene los huevos negros.

—No tiene gracia —dijo ella.

—Está bien. Lo hago por mi sobrino. —Cogió el café, se sentó en el portal y se encendió un cigarrillo—. Ahora pasamos a la pregunta del millón. ¿Cómo mató Alberto a Connie?

Todos miraron a Gabriel, que puso los ojos en blanco.

—Lo están investigando.

—¿Y? —insistió Luis desde el portal con un cigarrillo en la mano.

—No puedo decir nada.

—No puedes decirnos el contenido del informe, porque en teoría, tú no estás involucrado —matizó Luis.

—Exacto —dijo Gabriel mientras se echaba otra porción en el plato —. Este arroz está cojonudo.

Luis se terminó el café.

—Pero si no lo sabes oficialmente, no hay nada que estés incumpliendo. Nos cuentas lo que oyes en la cafetería de la comisaría.

Gabriel dejó suspensa la cuchara en el aire. Eva se acercó más a su marido, con interés. Jerónimo reconoció la mirada insistente de Eva. Gabriel bufó.

—Envenenada. Eso es lo que se habla en comisaría. Connie murió envenenada. Tenía el estómago lleno de veneno.

—¿Marcas de agresión? —preguntó Luis.

—No. Es difícil mostrar marcas si te apuntan con una pistola.

—¿Veneno de qué? —dijo Eva.

Gabriel retiró su plato.

—No sé más.

—¿Te dijo algo a ti? —preguntó Eva a Jerónimo.

Se rascó la barba.

—Cuando lo arrestaron, dijo algo así como que unos cargan las culpas de los otros.

Todos miraron a Jerónimo.

—«Unos cardan la lana y otros se llevan la fama» —recitó en voz alta mientras miraba a su pasado y pensó que ahora tenía la oportunidad de contar qué relación tenía con Alberto. Ahora era el momento. Miró a sus hermanos y echó la cabeza hacia atrás. Dudó.

¿Para qué? ¿Qué iba a ganar? Era ya tarde. Estaba de acuerdo con él en una cosa: Josep no iba a resucitar—. Alberto estaba delirando y Carles estaba en estado de choque. —Y no se atrevió a decir más.

—Vaya fama que está cogiendo tu pueblo —dijo Luis.

«¿Fama?», pensó Jerónimo. Entendía a qué se refería Alberto. La madre de Carles lo acusó de matar a su hijo. Esa culpa la llevó toda su vida. Jerónimo sabía que no fue así. No del todo.

Y en ese momento, sintió que se caía de la silla y se daba de bruces con la realidad. Entendió las palabras de Alberto. Entendió a lo que se refería. Todo estaba más claro. Todo cobró sentido. Como si de una imagen se tratara, contempló el cuadro completo y lo que vio no le gustó. Una imagen muy macabra.

Más tarde, se despidieron de Jerónimo.

—¿Seguro que no te quieres quedar unos días más? —le preguntó Gabriel.

Negó mientras miraba al suelo y acariciaba la mejilla de su sobrino, que dormía plácidamente.

—Ya lo hemos hablado, Jerónimo y yo —intervino Eva—. Es lo mejor. Necesita descansar y desconectar.

—Está bien —dijo Gabriel, desanimado.

—La próxima, en Londres —añadió Luis dándole un abrazo de despedida.

—Bueno, pues aquí termina todo —se despidió Eva.

O casi, pensó Jerónimo.

Cuando sus hermanos se fueron, tomó un taxi y se dirigió a las vías del tren. Allí, donde la pesadilla comenzó cuando era un niño. Allí estaba la respuesta que buscaba.

31

Cerca de las vías del tren, los edificios se habían encogido con los años. Estaban viejos. Jerónimo pasó la esquina y se encontró con la calle que daba a la estación de trenes y terminaba en el campo de naranjos. A esas horas de la noche, parecía una calle olvidada y la tenue luz de las farolas era su acompañante. Caminar por esa acera otra vez, le hacía sentirse un extranjero. Nunca había vuelto desde la muerte de Josep.

Llegó al final de la calle. Seguía en pie un viejo garaje que hacía las veces de portería. La pintura se había desgajado como la cáscara de un huevo cocido, dejando a la vista manchas de óxido. Enfrente del garaje se alzaba una tapia pintada en cal, que separaba la calle de las vías del tren.

Parecía verse a sí mismo de niño contra el muro rodeado de otros niños. Alberto quería que escalase la tapia para recoger un balón de las vías del tren. Tenía que hacerlo si quería ser parte del grupo. El recuerdo era tan vivo que podía escuchar los vítores de los otros niños, que lo encerraban y lo animaban a subir. Una vez arriba, tuvo miedo de bajar él solo. La pandilla había desaparecido. Lo intentó y cayó al suelo. Sus manos estaban llenas de rasguños, y pequeñas gotas de sangre resbalaban de los antebrazos. El dolor fue intenso, como el chirrido de los raíles del tren de cercanías, que lo devolvió al presente. Se miró los brazos, pero no había rastro de ninguna herida. La herida la llevaba por dentro.

Levantó la mano, pero no llegó hasta el final de la tapia. Se fijó que ahora tenía un alambrado en la parte superior. Pasó las yemas de los dedos por la pared áspera, buscando aquellas ranuras entre los ladrillos, que los niños habían limado para hacer espacio a sus pequeños pies. No encontró los agujeros. Dudó por un momento si se estaba imaginando su pasado.

Rodeó la tapia y llegó a una rendija vallada de metal, en apariencia rota. La empujó y entró. Encontró restos de cigarrillos y latas de cerveza.

Había alguien sentado en el suelo, con los brazos sobre las rodillas,

mirando las vías. La luna de Valencia brillaba como cristales rotos y la luz hacia esa figura más grotesca.

La última vez que Jerónimo se sentó delante de las vías, tenía solamente once años.

Se acercó.

La figura movió ligeramente la cabeza, notando la presencia de Jerónimo, pero no mostró sorpresa.

—Lo sé todo —dijo Jerónimo.

—Sabía que vendrías —respondió sin levantar la vista de las vías.

—Quiero saber por qué lo hiciste.

Carles estiró los labios y su barba de juguete parecía aún más infantil.

—Me llamó desde una cabina del pueblo. Cuando se le acabó el dinero, se quedaron en la caseta de la playa. Me lo contó todo. Que estuvo enredada en el juicio de Alberto. Que estuvo liada con esa escoria. Que Laura… —Se quedó unos segundos callado y luego continuó—: ¿Era esa Connie, la mujer de la que me enamoré en un viaje a la India? —Negó con la cabeza—. Robó por dinero antes de conocerme… y estoy seguro de que se enamoró de mí por la misma razón. Me traicionó. A mí. —Se golpeó con fuerza el pecho—. ¡Con todo lo que le di! —Respiró varias veces—. Me suplicó que la perdonara. ¿Perdón? —escupió la palabra como si fuera veneno—. Como si el perdón borrase todos estos años de mentiras. —Clavó la mirada en Jerónimo—. Se lo di todo y ella solo me dio mentiras. Mentiras y una hija bastarda.

—Y como no la perdonaste, tu opción fue matarla.

Carles relajó los músculos de la mandíbula. Cuando habló, parecía más calmado. Tan calmado que a Jerónimo se le congeló la sangre.

—Estaba tan nerviosa, que se le cayó al suelo el bote de *visine*, las gotas hidratantes para los ojos de Laura. ¿Necesitaba escapar con un bote tan grande? A veces parecía tonta. Le dije que se quedara fuera

con la niña, que yo lo recogería todo. Obedeció. Estaba tan tranquilo que yo mismo tenía miedo de mí. Pasé la bayeta por el suelo y el olor fue una señal. Fue el momento más lúcido de mi vida. Sabía lo que tenía que hacer. Ingerido, *visine* era una droga mortal. Nos la había advertido el médico cuando vio a Laura. Les preparé un vaso de zumo y me senté fuera con ellas. Hice que se bebiera su propio veneno. Le mentí y le dije que le perdonaba. No hacía falta hablar más. Miramos el sol que caía despacio en el horizonte. Connie me cogió del brazo, pero su mano tembló. Le dije que no se asustara, que parecía cansada… y la llevé a la cama. La abracé y le tapé la boca para que no hiciera ruido y no vomitara. Cuanto más temblaba, más fuerte la abrazaba. Todo eso tenía que terminar. La vida es muy cruel a veces. El motor de un coche me devolvió a la realidad y vi mis propios brazos sujetando a Connie. Ya no se movía. Quité mi mano de su boca y la tenía manchada con sus lágrimas. Me di cuenta entonces de que la había matado. A mi mujer. La tumbé en la cama y le cerré los ojos. Luego llegó Alberto y vio a Connie muerta. Me apuntó con un arma, me juzgó con la mirada y me ató. ¿Quién coño era él para juzgarme? Hipócrita. Cuando tú me desataste, entendí lo que había hecho y me vine abajo. Duró poco. Lo hecho, hecho está, me dije.

Jerónimo se levantó y puso las manos en la cara como si así pudiera borrar un mal sueño.

—Alberto será acusado de la muerte de Connie.

Carles asintió.

—El mundo está lleno de oportunidades. Los ganadores no las dejan pasar. Esa fue mi oportunidad. Se quedó grabado en la llamada que hice a la policía. Le repetí varias veces al policía gilipollas de turno, que Alberto había matado a mi mujer. Sabía que, aunque Alberto lo desmintiera, siempre me creerían a mí. —Sonrió con malicia—. Y supongo que él eso también lo sabía.

«Unos cardan la lana y otros se llevan la fama».

—¿Y Laura?

Carles se encogió de hombros de una forma casi grotesca.

—Ni en su familia, ni en la mía había casos de estrabismo. —Lanzó una piedra contra las vías y se oyó un golpe metálico—. Tenía que haberlo imaginado.

—¿Qué va a pasar con Laura? —Insistió Jerónimo.

—Se quedará conmigo —dijo con tono tan obvio que rozaba el cinismo.

—Vas a utilizarla como objeto de venganza.

—No vengas a darme lecciones de moral. Laura se quedará a mi lado.

—No es tu hija.

—Yo la crie.

—Pero no es tuya.

—La he querido como a una hija.

Jerónimo tenía la imagen de Laura agarrándose a la pierna de su padre, buscando su atención.

—Ahora la ves con otros ojos, ¿verdad? Te estás engañando. Laura siempre te recordará a ellos… y eso te comerá por dentro. Vi como la ignorabas la otra noche, cuando arrestaron a Alberto. Más tarde entendí tu reacción. Un padre que quiere a su hija, nunca la dejaría a un lado. Le harás pagar por ser la hija de quien es.

Carles aplaudió con sarcasmo.

—Bravo. Tú dando clases de moral.

—Sentir que tu vida ha sido una mentira desde el día que conociste a Connie, no te da derecho a matar a nadie.

Carles sonrió. Más que una sonrisa, parecía un movimiento de músculos faciales. Y entonces lo dijo:

—Mi vida ha sido una mentira desde el día que mataste a mi

hermano. —Su mirada era una daga que atravesaba las entrañas de Jerónimo. No consiguió mover un solo músculo. La luz de la luna difuminaba la cara de Carles y en ella veía reflejos de Josep.

«Tenía que haberme dado cuenta antes», pensó Jerónimo. Estaba en el lugar del accidente, por primera vez después de todos estos años… y no era coincidencia. Apenas pudo juntar las palabras.

—¿Cómo…?

—Siempre lo supe. —Un tren regional pasó con la velocidad de un rayo y levantó un polvo seco. Jerónimo carraspeó, pero Carles no se inmutó—. Alberto vino a casa y recogió a mi hermano, pero mamá no me dejó irme con ellos. Era demasiado pequeño. Me quedé sentado en el balcón. Tú también estabas allí. Fuera, en la calle, esperándolos. Erais tres. Esa fue la última vez que vi a mi hermano con vida. —Movió la cabeza a un lado—. ¿Cómo lo matasteis?

Jerónimo sintió un puño aprestándole el cuello.

—Se resbaló y se golpeó con una de las piedras.

—No me lo creo. ¿Por qué no dijiste nunca nada?

Jerónimo deslizó la mirada hasta las vías.

—No lo sé. Miedo, quizás.

—Mentira. La mayor crueldad en esta vida es perder a un hijo. Eso es lo que Alberto y tú hicisteis con mis padres. He vivido rodeado de mentirosos toda mi vida —dijo levantando la voz—. Alberto y tú me quitasteis a mi hermano; Connie me quitó la ilusión de tener una familia.

—Y ahora tú le vas a quitar la hija a Alberto. Ojo por ojo…

—Y diente por diente. Me pasé mi infancia escuchando llorar a mi madre y aplacando los comentarios absurdos de un padre borracho. Mato dos pájaros de un tiro.

Jerónimo apretó los puños.

—Te voy a denunciar. Tu negocio se irá a la mierda. Acabarás en prisión, te quitarán a Laura y… —Paró. Le dolía la mandíbula y tenía la garganta seca, como la arena de las vías. Ahora entendió el juego de Carles y sintió el estómago revolverse.

Carles empezó a reír. Fuerte, con desprecio. Sus ojos negros brillaron con maldad. Esa mirada le recordaba a Josep, burlón y malicioso. Se puso de pie y se alisó el pantalón.

—Te voy a decir yo lo que vas a hacer. Nada. Porque nada puedes hacer. Connie no volverá. Alberto se pudrirá en la cárcel, de donde no tenía que haber salido. Y tú, tú volverás a Londres y callarás como callaste hace veintiocho años.

—¿Y si no me callo? —Pero antes de terminar la pregunta, ya sabía la respuesta.

—No lo podrás demostrar. —Cruzó los brazos e hinchó el pecho. Jerónimo sabía que era cierto—. Yo sí que podré demostrar tu implicación en la muerte de mi hermano.

—Tu tampoco podrás.

Carles levantó una ceja.

—La gente no es tonta, Jerónimo. Necesitan que alguien les confirme sus sospechas. Rumores. —Movió los dedos como si fuera un mago esparciendo purpurina—. Valencia es un pueblo a veces. Tu familia. Tu hermano Gabriel atará cabos. Todo el mundo sabrá que Alberto y tú fuisteis testigos de la muerte de mi hermano. Fuisteis cómplices. Lo matasteis.

Jerónimo agachó la cabeza y bajó los hombros, derrotado.

—Además —añadió Carles—, ¿qué más te da? Alberto es quien es.

—Quieres que sea testigo de una venganza, porque sabes que no diré nada. —Las palabras se evaporaban de la boca de Jerónimo mientras miraba al suelo—. Eres un hijo de puta. Un hijo de puta, doble.

—¿Doble?

—Porque lo sabes disimular muy bien. Ahora entiendo a qué se refería Alberto con el refrán de «Unos cardan la lana y otros se llevan la fama»: Carles carda la lana y Alberto se lleva la fama. —Lo miró e intentó no parpadear, pero no pudo. Tenía lágrimas de rabia a punto de explotar y la vista se le difuminó. Dio la espalda a Carles. No quería que lo viera así. Sintió un tic nervioso en la pierna derecha. Miró las vías y levantó la vista al horizonte. Parecía un túnel negro sin luz al fondo. Tuvo unas ganas tremendas de correr. Y corrió en la misma dirección en la que corrió hace casi treinta años.

Veintiocho años antes…

Jerónimo contó los segundos que faltaban para que pasara el tren y habló rápido.

—¿No me llamaréis marica?

—Ya te he dicho que no. Pasa ya —dijo nervioso Josep mientras miraba el tren que se acercaba.

—¿No? —preguntó inocente.

—¡Qué no! —gritó Josep nervioso.

Jerónimo lo miró desafiante.

—Pues yo quiero que lo sepa todo el colegio. Que lo sepan todos. Quiero que sepan que me agaché, te bajé la cremallera y te la chupé. Y también quiero que sepan que me dijiste que siguiera. Que lo hacía mejor que tu novia.

Los ojos de Josep saltaban del tren a Jerónimo.

—¿Qué coño estás diciendo?

La cara de Alberto estaba llena de sorpresa.

—¿De verdad? —dijo con una sonrisa pícara y se acercó al oído de Jerónimo y le insistió que le siguiera provocando. Que era muy divertido.

A Jerónimo le hubiera gustado salir corriendo. Escaparse de esos dos matones. Si conseguía que Josep saltara antes que él, ganaría la apuesta y así tendría un poco más de respeto de sus enemigos. Giró la cabeza y miró a Alberto.

—Hay más. Me tocó la polla. Quería probar.

—¡Eres un marica mentiroso! —dijo Josep escupiendo las palabras.

Jerónimo sintió otro golpe de adrenalina. Ahora era él quien movía los hilos del juego. Jugaba con la misma baraja de cartas y estaba

seguro de que iba a ganar la apuesta.

—Te gustó.

Alberto tuvo una risa nerviosa. El sonido del tren hacía difícil escucharse.

—Si paso yo antes, te parto la cara, maricón de mierda.

«Eso era lo que quería», pensó Jerónimo.

—Me lo ha pedido varias veces ya.

—¡Hostia! —dijo Alberto.

Josep apretó los puños.

—¡Te voy a matar!... —El grito se cortó cuando se resbaló sorteando las piedras de la vía y se golpeó la cabeza con uno de los pedruscos. De la frente brotó un hilo de sangre.

La respiración de Jerónimo también se cortó. Parpadeó confundido. Calculó la distancia del tren en segundos. Diez o doce a lo más.

—¡Mierda! —gritó Alberto.

El corazón de Jerónimo palpitó fuerte. Se agachó e intentó reanimar a Josep. Lo agarró del antebrazo y tiró de él.

—Venga, muévete —le suplicó.

Josep balbuceó algo.

El sonido del tren aumentó.

Jerónimo tiró desesperado de la camiseta de Josep con una mano y con la otra arañaba fuerte su brazo, pero era demasiado pesado. El corazón bombeaba fuerte. Le agarró los brazos con fuerza hasta que sintió clavar las uñas en la carne y sangrar. Hizo un último esfuerzo, que le hizo perder el equilibrio.

—¡Muévete!

Apenas quedaban unos segundos.

Oyó en su cabeza la cuenta atrás. Tres, dos y ahora todo habría terminado.

Alguien lo agarró del cinturón del pantalón y lo sacó de la vía. Era Alberto. Cayeron rodando.

Y ahí llegó el desastre.

El polvo del tren pasando creó una imagen surreal. Jerónimo se tapó los ojos con el brazo y dejó de respirar. Miró al suelo. Tierra seca, blanca y polvorienta y un sol de justicia.

El sonido del tren disminuyó hasta que desapareció. ¿Había muerto? Tuvo un golpe de tos y reaccionó. Estaba lleno de polvo y en las uñas de una mano tenía sangre. La sangre de Josep. Lo iban a castigar.

Alguien lo cogió del brazo.

—Tenemos que largarnos —dijo Alberto.

Jerónimo se levantó despacio, pero la mano de Alberto lo arrastraba.

—Date prisa.

Jerónimo sorteó las piedras blancas, con la mirada fija en la mano que apretaba su brazo y tiraba de él con fuerza. Se imaginó mil pedazos de Josep esparcidos por las vías y quiso vomitar.

—Sigue caminando —dijo Alberto—. No se te ocurra mirar a la vía.

Llegaron hasta el muro de más de dos metros que separaba el solar de la estación del pueblo.

—Ayúdame a subir —dijo Alberto.

Jerónimo estaba conmocionado. Hizo como le ordenó y cruzó los dedos. Sus manos temblaban. Creyó por un momento escuchar los balbuceos de Josep y entendió ahora lo que decía. Le estaba pidiendo

ayuda.

—¡Te he dicho que no mires a la vía! —le gritó Alberto—. Tenemos que escapar. Ayúdame.

Jerónimo reaccionó. Tensó las manos. Alberto apoyó el pie, se impulsó y subió con agilidad. Una vez que estuvo encima del muro, extendió las manos para subirlo.

Jerónimo estaba demasiado nervioso para coordinar. Alberto le dio más instrucciones.

—Agárrate a mis manos. Date prisa antes de que alguien venga.

Se agarró fuerte e intentó escalar la tapia rascando la pared con los pies. El pantalón se le bajaba, pero eso era lo menos importante en ese momento. Tenía que escapar.

Alguien gritó desde el otro lado de la tapia. Era la voz de un hombre, que llamaba la atención a Alberto. A Jerónimo no lo habían visto todavía. La voz se hacía más fuerte y le preguntaba qué estaba pasando.

Las manos de Jerónimo perdieron fuerza. Se soltó y cayó al suelo, de cuclillas. ¿Qué hacía ahora? Miró la vía y sintió la bilis quemarle el esófago como la gasolina. Empezó a hiperventilar y comenzó a correr a través del solar, pero se tropezó, cayó y se llenó de más polvo. Tenía un agujero en la rodilla del pantalón. Su madre le iba a matar cuando llegara a casa. Se levantó y siguió corriendo sin mirar atrás. Y no paró hasta llegar al otro pueblo.

Cuando llegó a casa, de noche, su madre vio el pantalón, pero antes de que insistiera en saber qué había pasado, celebraban en casa que Jerónimo iba a estudiar en un internado de renombre. Ese fue el castigo por la muerte de Josep.

Veintiocho años después…

Jerónimo corrió hasta que sus piernas no le obedecieron y tuvo que parar. Miró al suelo, con las manos agarradas a las rodillas y jadeó intentando controlar la respiración. La sangre le golpeaba las sienes.

Continuó andando hasta la casa de su abuelo. Entró cojeando y se quitó la ropa mojada de sudor. Se dio una ducha rápida y se tumbó en la cama. Cerró los ojos. Respiró hondo y aguantó el aire.

Sintió su corazón relajando poco a poco el pulso, mientras caía en un interminable agujero negro. Se sentía tan pequeño como la cabeza de un alfiler en un océano. Se quedó dormido.

A la mañana siguiente, se preparó un café y se sentó en la silla de la cocina a esperar el taxi. Llegaría en media hora. Estaba solo. Sus hermanos trabajaban. Se había despedido de ellos y de Eva el día anterior.

No había nada ya que hacer. La historia había terminado como tenía que terminar. Alberto seguiría en prisión y Laura, ahora huérfana de madre, seguiría con Carles, fuera o no el padre biológico.

¿Llegaría alguna vez a sentirse culpable de la muerte de su mujer, cómo se sentía Jerónimo por la muerte de Josep? Se rascó la barba. Eso tenía que importarle poco ahora. Connie no volvería, como tampoco Josep.

Valencia le había dejado agotado. Suspiró. Regresaría a Londres a organizar su vida, su presente, no su pasado. El pasado no podía cambiarlo.

El taxi lo llevó al aeropuerto de Manises. Christian lo recogería en Gatwick esa tarde y se quedaría en su casa de campo unos días más, hasta tener las cosas claras y hablar con Erik. Ese sería otro capítulo en su vida.

Por inercia, se puso en la cola de salidas. Las agujetas le perforaban hasta el alma. Observó las cámaras de circuito cerrado de seguridad. Hacía un par de semanas que Connie y su hija Laura habían estado en la misma cola esperando a pasar el control de seguridad.

Sacó del bolsillo de la mochila de viaje el sobre con el dibujo y la foto de Laura, como si fuera un regalo que ella le hizo. Un dragón decapitado por un caballero con el nombre de «papá». Sacó su móvil y le hizo una foto al dibujo para tenerlo de recuerdo. Luego observó el retrato de Laura. Pasó el dedo por las facciones: rizos de oro, un parche de pirata y expresión inocente.

¿Cómo le explicaría Carles que su madre no volvería a casa? ¿Pueden los sentimientos de un padre cambiar así, cuando descubre que no es su hija biológica? Cerró los ojos y apretó los labios.

Tenía pocas esperanzas de que Laura recibiera el cariño que cualquier hija se mereciese. Además, los abuelos paternos no estaban y los maternos vivían demasiado lejos. Esa niña siempre le recordaría a Alberto y Connie.

Ahora veía claro que alguien como Carles, tan preocupado por su aspecto físico y éxito profesional, nunca tuvo la empatía de ser padre ni antes ni después. Todo eran apariencias. Carles consideraba a su familia como objetos. Una extensión de su propia vida. Un éxito personal.

Descubrir que Connie tenía un pasado y que había criado a la hija de su enemigo fue la peor provocación a su frágil ego y la muerte de su mujer, un estallido de furia.

Culpar a otros de sus desgracias era la mejor arma de ataque que tenía Carles.

Jerónimo le había fallado a Connie y Laura. Se había fallado a sí mismo.

Alguien le hizo señas de que había taponado la cola. Se apartó y dejó pasar a la gente. Guardó el dibujo y la foto con mucho cuidado.

Entendió que la peor condena no era necesariamente la de pagar por tus errores, porque de esta manera, de alguna forma había redención. La peor condena era no poder redimir tus errores y arrastrar el peso de la culpa toda tu vida.

Paró. Respiró tan hondo que notó un pinchazo en los pulmones.

Ahora lo veía claro. Ahora todo tenía sentido. Jerónimo nunca redimió sus errores y arrastró el peso de la culpa todos estos años y entonces, justo entonces, supo lo que tenía que hacer y no había tiempo que perder.

Se puso en contacto con el Departamento M de Psiquiatría en Roskilde. Pidió hablar con el doctor Knudsen. Acto seguido tomó un taxi y llamó a su hermano Luis.

—Necesito que nos encontremos.

—Hasta el verano, no puedo ir a Londres.

—Sigo en Valencia.

—¿Y ahora qué pasa?

—Tengo que verte.

—¿Dónde?

—En la comisaría.

—¿Para qué?

—Voy a confesar una muerte y me tienes que ayudar.

—¿Qué vas a hacer qué? ¿Estás loco?

Jerónimo sostenía en la mano el dibujo de Laura. Presionó como si su cuerpo absorbiera una energía mística.

Se dijo que la vida estaba llena de baches y giros impredecibles.

De coincidencias y errores, de claroscuros…

A veces, la verdad y la mentira se parecen demasiado para que puedan ser diferenciadas. Qué más da quien dice la verdad o quien miente, o incluso quien oculta la verdad. Lo importante para él en esos momentos era hacer lo correcto, de acuerdo con sus principios. Porque Jerónimo era un hombre de palabra y cumplía lo que prometía, o por lo menos lo intentaba. Y ahora lo intentaría por última vez.

—¿Loco? —dijo Jerónimo—. Nunca he estado más cuerdo.

34

El despacho del inspector de la Policía Nacional de la Comunidad Valenciana no tenía ventanas. Se oía el zumbido de un ventilador portátil que solo daba aire en una dirección, hacía el inspector de policía. Un hombre con cara de campesino valenciano y autoridad local.

Jerónimo estaba sentado enfrente de la mesa del despacho, al lado de Luis.

—Tenías que haber hablado conmigo primero. ¿Qué coño vas a confesar? —le susurró su hermano, enfadado, y luego se acomodó en la silla con una postura demasiado relajada para estar enfrente de una autoridad local.

Jerónimo acarició el anillo que llevaba colgado al cuello y escribió un whatsapp a Erik: «Pienso en ti».

Tocaron a la puerta y entró otro policía más joven, que se sentó en una silla plegable, con un boli y un bloc de notas, detrás de Jerónimo y Luis.

El móvil vibró con un mensaje.

«Yo pienso en nosotros».

Lo apagó. Tenía tantas posibilidades de volver a Londres como de quedarse en Valencia. Y si se quedaba, sería por la imposición de un juez.

Habló el inspector de policía:

—Jerónimo, ¿qué tienes que contarnos?

Luis intervino negando con el dedo índice.

—No, no, no. Así no se juega.

—Queremos que colabore —explicó el inspector de policía abriendo las palmas de las manos.

—Solo los detenidos y los gilipollas colaboran. Los primeros porque no les queda más remedio y los segundos, como dice la propia palabra, son gi-li-po-llas. ¿Acusáis a Jerónimo de algo?

—Hace unos minutos, tu hermano nos ha contado que Alberto no mató a Connie.

—¿Matar a Connie? —dijo con tono sarcástico—. Como si la mata el Papa.

El policía ignoró el comentario de Luis y se dirigió a Jerónimo, que tenía la mirada puesta en el suelo.

—¿Puedes explicarnos por qué dices que Alberto no mató a Connie?

—No contestes —intervino Luis.

El inspector de policía respiró hondo.

—Queremos hablar.

—¿Hablar? —repitió Luis—. Y yo quiero un yate y dos putas que me la mamen. Vamos a hacer una cosa. —Se acercó más al inspector de policía, deslizando por la mesa su agenda y un boli—. Ya que estamos «hablando» me vas a poner aquí el nombre de tu superior y del superior de su superior y el de la madre que lo parió, y cualquier nombre de utilidad que me sirva para poner una denuncia por detención ilegal.

—Aquí no hay nadie detenido —dijo el inspector de policía apretando los dientes.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es esto? ¿Una reunión de amigos? Venga Jerónimo, saca el karaoke y las patatas fritas y nos ponemos a cantar. —Se levantó y se ajustó el nudo de la corbata—. Nos vamos.

Jerónimo le puso una mano encima para que volviera a sentarse. La mirada de Luis lo podría haber matado.

El inspector de policía observó a Jerónimo, que evitaba mirarlo. Entonces le pidió al policía más joven que cerrase la puerta del

despacho.

—Te lo repito. Aquí no estamos deteniendo a nadie. Solo le queremos hacer unas preguntas a Jerónimo.

—¿Esto es una cita a ciegas entonces? —continuó Luis con tono provocador.

El policía puso la espalda recta.

—Mira, tío listo. —Carraspeó—. Vamos a hablar claro. Tu hermano estuvo en el lugar de un delito y quiere contarnos algo, pero tú nos lo estás poniendo difícil.

Luis se hundió más en la silla fingiendo indiferencia.

—«Tío listo». ¿Qué crees que quiere? ¿Confesar?

Jerónimo sabía que su hermano estaba nervioso.

—Vamos a hacer las cosas bien —dijo el inspector de policía forzando un tono amable.

—Las estás haciendo cojonudo. Sigue así y te adelantan la edad de jubilación. A ver, ¿tiene el cadáver algún tipo de agresión?

El inspector de policía negó con la cabeza.

—Muerte por envenenamiento… y queremos saber cómo sucedió.

—Y mi hermano se pasó casi una semana buscando a Connie y a su hija en Dinamarca y se dijo a sí mismo: ¿qué mejor manera de pasar el rato, que envenenando a la mujer de su amigo? Que, por cierto, todo el mundo la daba por desaparecida, para luego descubrir que la señora Connie decidió pasar unos días escondida por las playas de Valencia, porque no se atrevía a contarle a su marido que su hija era bastarda. Se da en las mejores familias, o que le pregunten a la realeza. ¿Me he dejado algo? —Miró a Jerónimo levantando una ceja.

El rostro de Jerónimo no había cambiado. Seguía serio y preocupado.

—La policía tiene que saber toda la verdad.

Luis parpadeó varias veces. Una gota de sudor le corría por la sien.

—Adelante, Jerónimo —dijo el inspector de policía—. ¿Cómo llegaste hasta la caseta de campo de Carles?

Luis bajó la mirada y se mordió el labio inferior.

Jerónimo se fijó en el policía más joven, que sostenía un boli con el que jugaba nervioso. Luego se dirigió al inspector y dijo despacio:

—Alberto me llevó.

Luis juntó las manos y puso los ojos en blanco. El inspector de policía se acercó más a Jerónimo.

—No mencionaste nada cuando llegaron mis compañeros.

—Tampoco me preguntaron. Yo solo pensaba en Laura… y en que Alberto no se pegara un tiro.

El inspector de policía asintió.

—¿Cómo explicas que tu hermano Gabriel nos pusiera en aviso de que dos gorilas de discoteca y un taxista te llevaron a la fuerza?

Jerónimo era incapaz de mover un solo músculo de su cuerpo.

—¿A la fuerza? —fingió incredulidad—. Mi hermano Gabriel es un poco exagerado. Después de ser padre se ha vuelto super protector y un poco posesivo. Pregúntele a Luis.

Su hermano no habló esta vez, solo respiraba ruidosamente.

—No me convence —dijo el inspector de policía—. ¿Y los gorilas y el taxista?

—Pin y Pon.

—¿Cómo?

—Los muñecos Pin y Pon de los años ochenta. ¿Se acuerda?

—¿Y ahora a dónde vamos?

—Son hermanos. Me recogieron del aeropuerto. Alberto quería hablar conmigo.

—¿Hablar contigo de qué?

—Ya me había llamado cuando estaba en Dinamarca. —Paró unos segundos—. Un asunto delicado.

—¿Qué asunto delicado? —dijo el policía levantando las cejas.

Luis apretó el muslo de Jerónimo.

—¿Quieres hablar conmigo primero?

—Luis, no tengo nada que ocultar. La policía tiene que saber lo que sucedió.

Su hermano suspiró y se pasó la mano por la cara.

—Nuestro Jerónimo no solo nació gilipollas, sino que es un cúmulo de sinceridad y transparencia.

El policía hizo una señal discreta al policía más joven para que empezara a tomar notas, mientras se acercaba más a Jerónimo.

—Cuéntanos qué pasó.

Hacía un calor inusual dentro de la oficina. Se tomó unos segundos antes de responder.

—Alberto quería ver a su hija.

El inspector de policía abrió la boca, pero tardó unos segundos en hablar.

—¿Laura? ¿Laura es su hija? —preguntó con sorpresa.

Jerónimo asintió.

—Carles me mandó la dirección donde estaba.

—¿Lo puedes demostrar?

Le enseñó la llamada de Alberto y el mensaje de Carles.

—Eso es una prueba. ¿No? —preguntó mirando a Luis y al inspector de policía.

Su hermano asintió despacio sin levantar la vista de ese punto en la nada, que solo él veía.

—Hasta ahora todo bien —confirmó el policía—, pero hay una contradicción. Una gran contradicción.

Jerónimo sintió calor.

—Carles dice que Alberto lo ató y mató a su mujer.

—No —su voz tembló ligeramente—. No ocurrió así —Guardó un momento de silencio. Cuando habló, sabía que se jugaba todas las cartas—: Nadie lo ató. Al llegar, le dije a Alberto que esperase en el coche. Yo hablaría con Carles y Connie, primero. Laura jugaba en el porche. Ellos estaban dentro de la caseta. Discutían. Todo pasó muy rápido. Connie quería quedarse sola en la habitación y descansar. Bueno, ahora sabemos por qué. Se envenenó. —Paró unos segundos. Respiró y continuó—. Carles y yo fuimos al pequeño cobertizo al lado de la caseta para hablar, pero Laura y Alberto habían desaparecido. El coche seguía aparcado. Pensé que no se habían ido muy lejos. Entonces le dije a Carles que iba a bajar a la playa solo.

Luis interrumpió a Jerónimo.

—Mejor me deja que haga unas llamadas y traiga a un amigo abogado criminalista…

—¿No podría decirnos…? —persuadió el inspector de policía.

—Ya conoces el procedimiento en estos casos así. Se deja al cliente con su abogado, antes de hacer la declaración oficial —le cortó Luis.

—No, Luis. No necesito a ningún abogado. —Y continuó con la historia—. Todos estaban muy alterados. Sabía cómo hablar con Alberto. Todo iba a ir bien. Si no volvía con Laura en veinte minutos,

tenía que llamar a la policía. Cuando llegó la policía, Connie estaba muerta. Carles acusó a Alberto como podía haber acusado a cualquiera. Sufría una conmoción. Escapó del hospital. Insultó a la policía. Lloró. Alberto nunca entró en esa casa. Eso es. Le dije a Carles que llamase a la policía si no aparecía con Laura en veinte minutos.

—Eso es lo que nos confirmó Carles —dijo el inspector de policía.

—Tus compañeros también pueden confirmar que cuando llegaron, él estaba en un estado absoluto de *shock*. Su mujer se había quitado la vida.

El policía juntó las palmas de sus manos y tamborileaba con los dedos, mientras ordenaba sus ideas.

—¿Te acuerdas de lo que discutían?

Jerónimo miró fijamente al policía y asintió varias veces.

—Me acuerdo muy bien. Discutían sobre la paternidad de Laura. Carles acusaba a su mujer de no haber sido sincera con él. Connie lloraba. La dejamos sola y fuimos al pequeño cobertizo al lado de la caseta.

El policía se dio un masaje en la sien.

—Déjame que todo me quede claro. Laura es la hija biológica de Alberto.

—Correcto.

—Connie se va unos días para pensar cómo decírselo a su marido.

—Correcto.

—Lo llama y se lo cuenta.

—Correcto.

—Mientras Connie está sola descansando y Carles y tú habláis, Alberto está con Laura en la playa haciendo castillos de arena.

—Quería conocer a su hija —continuó Jerónimo—, con todas las consecuencias.

—Hasta me da pena ese pobre muchacho —dijo el inspector de policía moviendo la cabeza a los lados. Jerónimo mantuvo la calma—. Corrígeme si me equivoco: Connie se envenenó bebiendo un cuarto de litro de líquido de gotas para los ojos, mezclado en un zumo de naranja. No pidió auxilio y al poco tiempo perdió la conciencia y murió.

Jerónimo apretó los labios y asintió despacio.

—¿Nos vamos, Jerónimo? —preguntó Luis resignado.

—No tan rápido —dijo el inspector de policía levantando un dedo —. La autopsia no miente. ¿Mientes tú, Jerónimo?

—No, señor.

Jerónimo no había movido un solo músculo.

—¿Sabes que se está tomando nota de lo que dices y voy a pedir que se redacte una declaración y la firmes? ¿Estás de acuerdo?

—Sí. —Asintió Jerónimo.

El inspector de policía se reclinó imitando la posición de Luis y miró a los dos hermanos.

—El problema es que no puedes demostrar lo que cuentas.

Luis jugaba nervioso con el paquete de cigarrillos. Se lo pasaba de una mano a la otra con la mirada baja, mientras decía entre labios y en un susurro apenas audible.

—Eres un gilipollas.

Jerónimo sintió ahora gotas de sudor correr por su frente. Tragó. Tenía la garganta seca. Metió la mano dentro de la mochila y puso unos documentos encima de la mesa.

—Sí que puedo demostrarlo. Esta es una copia del historial médico

de Connie. Aquí dice que sufría cuadros de depresión desde que era muy joven. Trastorno bipolar. O cambios de ánimo intensos e incontrolables.

Luis miró a su hermano con la boca abierta.

—¿Cómo? —exclamó el inspector de policía. Se llevó las manos a la cabeza—. Joder…

—Alberto será acusado de muchas cosas —continuó Jerónimo—, pero no mató a Connie.

Hubo un largo silencio dentro de esas cuatro paredes. Luis se levantó con cierta arrogancia y miró al policía.

—Le mandáis este paquetito a la juez para que lo revise mientras se toma la leche y la magdalena de la mañana. Jerónimo y yo tenemos mucha prisa.

—No tan rápido. ¿Un informe médico? —El inspector de policía levantó la mano mientras ojeaba los documentos—. ¿De dónde has obtenido…? Están en alemán.

—Danés —respondió Jerónimo.

El policía puso el dedo índice en el documento, antes de dirigirse a él.

—¿Y dices que aquí pone que Connie sufría de trastorno bipolar?

—Fue ingresada en un centro mental cerca de Roskilde en Dinamarca, del que escapó. Intentó quitarse la vida varias veces. No estaba estable. Nunca lo estuvo.

—Eso es prueba suficiente para no culpar de nada a mi hermano.

—Ni a Alberto —añadió Jerónimo—. A nadie.

El policía se quedó largo rato meditando, mientras su mirada se movía del historial médico de Connie a los ojos de Jerónimo. Se rascó la barbilla y le dijo al policía más joven que dejase el bloc de notas encima de la mesa y saliera del despacho. Una vez que estuvieron solo

ellos tres, arrancó la hoja y la tiró a la papelera.

—¿Tu hermano el fanfarrón es el que te da consejo legal?

—Sí a la primera parte de la pregunta… y también sí a la segunda.

—Entonces, déjanos solos.

Jerónimo salió de la comisaría y cuando estuvo en la calle, respiró hondo.

Ahora Carles viviría sabiendo que Alberto no iba a ser condenado por un crimen que no cometió; en cambio, él viviría sin poder redimir sus pecados y arrastrando el peso de la culpa.

35

Quince minutos más tarde, Luis se encontró con Jerónimo en la calle. Tenía un cigarrillo en la mano. Lo encendió y dio una larga calada.

—El poli chocho quiere que le hagas una traducción "informal" del historial médico de Connie, antes de pasarlo a un traductor jurado y presentarlo como prueba al juez. —Dio otra calada—. Estás libre como una paloma. No van a poner cargos contra ti, ni contra Alberto. Esa loca se tomó unos chupitos de más.

—No estaba loca.

—¿Desequilibrada mental suena más políticamente correcto?

—Connie quería mucho a su hija.

—¿Y por eso se suicidó?

Jerónimo no dijo nada. Luis se acercó más a él.

—Como se enteren en el bufete de que voy a dar representación legal a Alberto, tendré que pagar mis facturas con billetes del juego del *monopoly*.

Jerónimo formó una sonrisa traviesa.

—Ya lo hemos hablado. Lo haces extraoficialmente. Como lo hiciste con Carles. Algo entre tú y yo.

Luis torció los labios ante el comentario irónico de Jerónimo.

—¿Y si al policía no le hubieran parecido suficientes las pruebas que diste?

Jerónimo se encogió de hombros.

—No lo sé. Es lo menos que podía hacer. Lo más importante era que el policía creyera cada una de mis palabras.

—Y fuiste muy convincente.

—Tú también fuiste muy convincente —le dijo a Luis, que se quedó pensando.

—¿Me has utilizado en el interrogatorio?

Jerónimo se quedó callado.

Luis entrecerró los ojos.

—Ahora lo entiendo. —Resopló—. Has jugado al poli bueno y al poli malo. —Cruzó los brazos—. Te has negado a hablar con un abogado antes de hablar con la policía. Así te daba más puntos para que se creyera lo que le contabas y tu declaración fuera más honesta. —Movió la cabeza a los lados—. Siempre te has salido con la tuya. —Hizo una mueca agría y pisó la colilla. Leyó un mensaje del móvil y levantó la mano llamando a un taxi que pasaba—. Me han confirmado la visita. Date prisa o llegarás tarde, hermanito.

Jerónimo se metió en el taxi, para ir a la prisión de Picassent en Valencia. Tenía un mensaje para Alberto.

36

Llegó a la prisión de Picassent justo a la hora prevista para despedirse de Alberto. Tenía algo importante que darle. Luis había hecho un par de llamadas y había movido unos cuantos hilos. A veces se preguntaba con quién tomaba café su hermano, otras veces prefería no saberlo.

Dio sus datos, rellenó un formulario y pasó el control de seguridad.

—¿Es la primera vez que visita la prisión de Picassent? —le preguntó el agente, sin levantar la mirada del ordenador.

—Es la primera vez que visito una prisión.

Jerónimo acompañó a otro agente barrigudo por un pasillo largo de paredes blancas y rodapié verde esperanza. Olía a comida de cafetería y a lejía.

—¿Qué relación tiene con Alberto Martí?

—Compañeros de colegio en primaria.

Subieron unas escaleras y llegaron a un comedor grande. El agente abrió la puerta y dejó pasar a Jerónimo, que se sentó en la pequeña mesa delante de Alberto. Se quedaron solos.

—Mi hermano dice que habrá juicio, pero se encargará de que salgas de esta.

—Carles mató a Connie. Cuando llegué, ella estaba muerta. Sabía que me echarían las culpas a mí. Es un hijo de puta.

—Quería vengarse de su mujer, de ti, de mí, del mundo…

—«Mala hierba nunca muere». —Se quedó pensando—. Cuando llegué a la caseta, vi a Connie muerta encima de la cama y Carles sentado al lado, mirando la pared. Lo apunté con el arma, lo até y lo tumbé al lado. No dijo nada y yo tampoco le dije nada a él. Creo que mi mirada de asco lo decía todo. Sabía que me pillarían, pero me daba todo igual. Quería conocer a mi hija. Estar un rato con ella. Vi a Laura

y algo dentro de mí se movió. Como un músculo que nunca supiste que existía, hasta que te pones a ejercitarlo. —Alberto miró a través de sus gafas sin montura—. ¿Lo entiendes?

Jerónimo se ajustó la camiseta.

—Sí —afirmó con cierta duda—. Supongo.

—¿Y sabes lo que pasó? Laura no estaba asustada. Se acercó a mí y me enseñó un cubo y unas palas para jugar en la arena. No estaba asustada —repitió con un tono más alto—. Le di la mano y nos fuimos a la playa. ¿No te parece extraño? Estaba nervioso. Una niña de cuatro años me ponía nervioso.

—¿Nunca te imaginaste que?…

—No. ¿Yo, una hija? Nunca. Fue el polvo de una noche y estaba medio borracho.

«El romanticismo ha muerto», pensó Jerónimo.

—Cuando cogí la manita de Laura, me dio todo igual. Luego llegaste tú y la policía. —Alberto sacudió la cabeza como si quisiera borrar esa parte del cuento de hadas—. Sabía que me iban a encontrar y ya me daba todo igual. Quería conocerla, aunque solo fuera una vez.

Jerónimo apoyó los codos en la mesa y se acercó más a Alberto.

—Tengo que preguntarte algo y quiero que me digas la verdad. Necesito saberlo para seguir adelante. —Tomó aire—. ¿Por qué nunca dijiste nada?

Se dio un tiempo para responder sin apartar la mirada.

—Josep planeó la apuesta, si te sirve de consuelo. No le caías bien. Insistió. Quiso que te presionara para llevarte a las vías y a mí la idea me pareció divertida.

—¿No fuiste tú? —volvió a preguntar Jerónimo como si necesitase confirmar lo que estaba escuchando.

—No.

Jerónimo abrió los ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no le caía bien?

Alberto se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé por qué hacía lo que hacía de niño. ¿Cómo voy a saber los motivos de Josep? A mí, simplemente me parecía divertido. Se puso como un demonio por lo que le dijiste.

—No debí haberle provocado así.

—Las verdades duelen.

Jerónimo levantó una ceja.

—¿Insinúas que Josep era gay?

—Había algo que le molestaba de ti. Presionaste un botón y explotó.

Jerónimo nunca sabría qué le pasó por la cabeza a Josep para actuar así.

—Provoqué su muerte… —Bajó la mirada.

—Y yo te provoqué a ti. —Alberto se acercó más a Jerónimo—. Y te equivocas. Fue él quien decidió saltar.

Jerónimo pensó en las palabras de Alberto.

—¿Te sientes culpable? —le preguntó.

—¿Qué importancia tiene esto ahora?

—Quizás no la tenga.

—Ya no la tiene para mí. ¿Y para ti?

Jerónimo no respondió.

La mirada de Alberto era seria.

—Si no me has perdonado, ¿por qué has hecho lo que has hecho?

Jerónimo se tomó una pausa.

—Quizás porque no me he perdonado a mí.

—Sentirte culpable no va a hacer que Josep vuelva. En la prisión aprendí que es justo que paguemos condena por las acciones que cometemos, pero no por las acciones que otros cometen. Y tú te sientes culpable.

Jerónimo levantó la vista y resopló.

—Creo que la cuestión es que nunca me he sentido inocente.

Reflexionaron durante unos instantes sobre lo que se había dicho.

—He venido también porque quiero darte algo. —Abrió la mochila y puso un sobre encima de la mesa—. Es para ti.

Alberto sacó un dibujo y una foto de Laura. Sus ojos brillaron.

—¿Lo ha dibujado ella?

—Sí, un dragón decapitado por un caballero. Para mí fue como un amuleto.

Alberto pasó los dedos con suavidad sobre el dibujo, como si tocara una obra de arte. Jerónimo vio por primera vez una gran sonrisa en la cara de Alberto. La sonrisa de un padre orgulloso.

—Aquí pone «papá».

Jerónimo asintió.

—Creo que tú tienes el derecho de quedártelo. Después de lo que ha hecho Carles con su madre, no se merece el cariño de una hija.

—Esos hermanos siempre fueron mala hierba. Carles es una persona peligrosa. Y aún más cuando la gente piensa lo contrario.

—Espero que Carles sufra durante mucho tiempo por lo que ha hecho, como lo he hecho yo estos años. —Se pasó las manos por la cara, cansado—. «Unos cardan la lana y otros se llevan la fama».

—Sí, pequeño Jerónimo. —Alberto sonrió otra vez—. La he cagado muchas veces en mi vida, y otras muchas, me han colgado un cartel.

Ahora dudaba si Alberto fue realmente su enemigo o fue otro niño víctima del maltrato en casa. Miró el dibujo de Laura.

—Ya te he dicho que mi hermano Luis se ha comprometido a darte representación legal durante todo este proceso. Es muy bueno y tiene contactos. Conseguirás volver a ver a tu hija. No la cagues esta vez. —Se levantó—. Ahora, tengo que irme, o perderé el avión de vuelta a Londres.

Alberto guardó el dibujo y la foto.

—Gracias.

37

Gabriel había insistido en llevar a Jerónimo al aeropuerto, después de recoger el coche del taller. Llegaron demasiado pronto. Los dos hermanos estaban sentados uno al lado del otro, observando los aviones que despegaban o aterrizaban.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Jerónimo.

—Bien, aunque llora demasiado.

—¿Y Eva?

—En casa.

—¿Y tú?

Gabriel no respondió. Jerónimo observó de reojo a su hermano. Parecía una estatua con la mirada perdida. Buscó ese punto en el cielo donde su hermano estaba concentrado.

—¿Estás bien? —preguntó otra vez.

Gabriel parpadeó un par de veces, pero no respondió. Bajó la mirada y Jerónimo vio de perfil la nuez que se movía despacio. Entonces pasó algo extraño. Sintió la mano de Gabriel encima de la suya. Apretaba.

—Jerónimo. —La voz de su hermano parecía un susurro—. ¿Por qué te fuiste?

Tampoco se atrevió a mirarlo a los ojos. Se quedó quieto y recordó la primera vez que se montó en un avión.

Durante todos estos años, Jerónimo había conocido a otros españoles viviendo en el extranjero. Todos tenían en común una motivación personal: la de mejorar en la vida. En el caso de Jerónimo, su motivación era diferente: la de salvar su vida.

Los recuerdos le atizaron la espina dorsal con un escalofrío. ¿Se perdonaría alguna vez por lo que hizo hace veinte años? Su reflejo

sobre el cristal de la ventana parecía rejuvenecer por momentos. Era tan joven y estaba tan desesperado… No podía esconderse en Valencia. Lo encontrarían. Además, hubiera puesto a su familia en peligro. Tuvo que escapar sí o sí. Y bueno, escapó. Una desaparición a tiempo fue su mejor victoria. Para él y para todos.

—No quiero hablar de ello —respondió Jerónimo.

Gabriel apretó más su mano. Era el único músculo de su cuerpo que movió. No necesitaba más palabras para expresar cómo se sentía.

—Nunca quieres hablar de ello. —La voz de Gabriel parecía la de un niño.

Es curioso como la memoria juega con los recuerdos. Apareció en su mente la imagen del azulejo roto que hay en uno de los baños del aeropuerto. Él lo rompió cuando escapaba de Valencia hacía veinte años.

—Es que no hay nada de lo que hablar. —Jerónimo no supo muy bien por qué respondió de esa manera.

—Ya…

Gabriel soltó la mano y Jerónimo se levantó.

—Tengo que embarcar.

Su hermano asintió ligeramente sin levantar la vista.

—Te vas pronto, pero siempre llegas tarde.

Jerónimo forzó una sonrisa.

—Como en una buena película de acción.

—La vida no es una película.

—No, la realidad supera muchas veces la ficción.

Gabriel lo miró unos segundos.

—Y la realidad es que no te conozco, Jero, y no sé si alguna vez te

conocí. —Bajó la mirada otra vez—. Te fuiste demasiado pronto para conocerte.

A Jerónimo se le formó un nudo en la garganta. No supo qué decir. Era tan extraño escuchar a Gabriel hablar de sentimientos. Tener un hijo lo había conectado con sus emociones, pero él no quería ver a su hermano triste.

—Eva quiere ir a Dinamarca. Dile que sí. Iros una semana. Allí nos encontramos. ¿Te parece?

—Eva no está para viajar.

—Ella misma lo propuso. Eres tú el que no quieres volar. Podéis ir en caravana.

Gabriel puso cara de querer decir algo, algo importante. Abrió la boca, pero no salieron las palabras. Sus labios formaron una sonrisa, demasiado recta, más bien amarga y terminó diciendo:

—Es más complicado de lo que parece.

—Es tan complicado como tú lo quieras hacer.

Gabriel no respondió. Se levantó y le dio un abrazo fuerte a Jerónimo, que se dirigió a la cola de salidas. Se dio la vuelta para decir adiós con la mano, pero Gabriel ya no estaba.

Jerónimo pasó el control de seguridad ante la mirada indiferente del policía de turno y se fue directo hasta los baños. Entró en el último. Cerró la puerta, se agachó y pasó el dedo índice por el azulejo que rompió hace muchos años. Presionó y una pequeña gota de sangre resbaló. Se chupó el dedo. Los recuerdos eran demasiado dolorosos. Veinte años después de escapar de Valencia y nadie había cambiado ese maldito azulejo… Seguía roto.

Meses más tarde…

El otoño se despedía de Londres y el invierno tocaba a la puerta.

Jerónimo se encontró con su amigo Christian en la estación de Great Portland Street, un poco antes de las once de la mañana, para asistir a la misa danesa de los domingos.

La iglesia estaba situada en St Katharine's Precinct, entre el barrio de Camden y el parque Regent's Park. Para Jerónimo, asistir a una misa luterana era más una excusa social que un evento puramente religioso. Tenía la oportunidad de relacionarse con la comunidad danesa en Londres y mantener sus lazos con el país que lo adoptó durante diez años.

Después de la misa, su amigo Christian y él solían comer el *brunch* en la terraza de un jardín interior cerca del concurrido parque, pero alejado del enjambre de los turistas. El *brunch* consistía en huevos, beicon y pan de centeno, acompañados de tortitas con sirope de arce y zumo de naranja natural, con un café con leche largo de café.

Jerónimo le mostró a Christian una copia de la llave del apartamento de Erik y Christian abrió más los ojos y esbozo una sonrisa pícara.

—Vaya, vaya, marinero —dijo guiñándole un ojo—, el comienzo de una nueva aventura.

Jerónimo le devolvió el guiño y dio un gran sorbo al café. Sobraban las palabras. Dejó la taza encima de la mesa y cogió el periódico.

Su amigo Christian solía comprar el suplemento de fin de semana de un periódico danés y traía otro suplemento español para Jerónimo. Los dos suplementos llegaban al quiosco local por correo aéreo de madrugada. Era el ritual de los domingos por la mañana: misa danesa, almuerzo extra calórico y lectura del suplemento de fin de semana.

Jerónimo ojeó el periódico y le llamó la atención un artículo en particular. Contaba la macabra historia del hallazgo del cuerpo sin vida de un empresario valenciano, cerca de un conocido prostíbulo en las afueras de Madrid. La policía sospechaba que era un ajuste de

cuentas entre bandas.

Las hojas caían de los árboles creando un manto naranja oscuro. Pequeñas nubes en un cielo raso se movían inquietas. La camarera retiró los platos. Jerónimo dio un sorbo de café y continuó leyendo. Una ligera brisa despeinó su pelo y tuvo un escalofrío. El cuerpo del empresario había sido decapitado. Se quedó pensado. Sacó su móvil y contempló la foto con el dibujo de Laura: un dragón decapitado por un caballero con el nombre de «papá». Respiró hondo y soltó el aire despacio. Se inclinó desde la silla y arrancó un manojo de hierba seca del jardín. Se deshizo entre sus dedos como polvo y pensó que la mala hierba, a veces, sí que muere.

Agradecimientos

Esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo de personas a las que tengo mucho que agradecer.

Me gustaría empezar dando las gracias a mis tres lectores cero:

Gracias a Leticia Martín Hernández por esa habilidad de ver más allá de la historia y señalar aquellos lugares que necesitaban un brochazo extra de pintura.

Gracias a Alberto Meneses por sus buenos consejos y experiencia que me han ayudado en el proceso de entender mejor qué es eso de ser escritor.

Gracias a Miguel Ángel Alonso Pulido por esos comentarios mordaces, cargados de razón, que me han ayudado a abrir los ojos y a ser aún más crítico con mi escritura. He aprendido mucho, pero también me he reído aún más.

También quiero dar las gracias a Pablo Poveda por animarme a seguir escribiendo a lo largo de estos años e intentar dejar el perfeccionismo a un lado.

Gracias a todos los escritores independientes que nos conocimos en el encuentro 20BooksTo50K en Madrid y que seguimos apoyándonos en nuestro trabajo. Sabíamos que era nuestro primer encuentro, ahora también sabemos que no será el último.

Y para terminar, quiero dar las gracias a mi familia.